

Frances Hodgson Burnett

La princesita

I

SARA

Una niebla espesa cerraba las calles de Londres. Era un día de invierno, triste y frío. Un cabriolé recorría a paso lento las grandes calles de la ciudad. En el coche, sentada junto a su padre iba Sara Crewe, una niña excepcional.

Sara sólo tenía siete años, pero se comportaba como una niña mayor, pues su vida había transcurrido entre adultos. Pasaba gran parte del tiempo echando a volar su imaginación. Siempre observaba todo y reflexionaba sobre las personas mayores y acerca del mundo a que pertenecían.

Mientras miraba por la ventanilla del coche, iba recordando el viaje que acababa de hacer desde Bombay, con su padre, el capitán Crewe. Pensaba en el gran barco, en sus compañeros de viaje, en sus conversaciones, en la ciudad hindú que había dejado, en los niños que jugaban en el puente soleado, y en algunas jóvenes esposas de oficiales que solían llamarla para hacerla hablar y reírse de sus ocurrencias. En fin, todos esos recuerdos se arremolinaban en su cabeza.

Pero, sobre todo, pensaba en lo curioso que resultaba hallar-se tan pronto en la India, bajo un sol abrasador, como en un gran buque en medio del océano, y luego encontrarse recorriendo calles extrañas, en un vehículo desconocido para ella, y, además, en una ciudad donde el día era tan oscuro como la noche. Todo esto la intimidaba y se acurrucó junto a su padre.

—Papá —dijo en voz baja y llena de misterio.

—¿Qué sucede hijita? —contestó el capitán Crewe, estrechándola cariñosamente—. ¿En qué está pensando mi niña?

—¿Estamos ya en «ese país lejano»? —murmuró la niña apretándose más contra su padre.

—Sí, hija. Hemos llegado por fin —respondió el padre no sin tristeza.

A Sara le parecía que habían transcurrido muchos años desde que su padre la venía preparando para ese «país lejano», así decía siempre él cuando se refería a Inglaterra. Allí transcurriría una etapa muy significativa de su vida y la de su padre.

Su madre murió al nacer ella, y como no la había conocido, nunca la echó de menos. Su joven padre, apuesto, rico y muy cariñoso, era toda la familia que tenía en el mundo, siempre habían estado juntos.

Su vida había transcurrido en una hermosa casa, llena de sirvientes que le hacían reverencias y que al dirigirse a ella la llamaban señorita. Tenía todo lo que podía desear, pero por sobre todas las cosas, Sara había tenido un ama que la adoraba.

Sólo una cosa le había preocupado durante su breve existencia: era ese «país

lejano» donde algún día la llevarían. El clima de la India era malsano para los niños, por ese motivo se los enviaban a un colegio en Inglaterra tan pronto como fuera posible. Sara había visto a varias de sus amiguitas desaparecer de esa manera, y luego oía que sus padres hablaban de ellas y de las cartas que recibían. Sabía que algún día llegaría el momento en que ella también debería irse. Por eso le gustaba tanto escuchar los cuentos del viaje y de «ese lejano país», que su padre le narraba. Pero la entristecía la idea de tener que separarse de su ser más querido.

—¿No podrías quedarte allá conmigo, papá? —había preguntado en cierta ocasión.

Su padre le respondió que su ausencia no se prolongaría mucho tiempo. Y agregó:

—Estarás en una casa hermosa donde hay muchas niñas como tú, y jugarás con ellas, y yo te enviaré muchos libros y todo lo que tú desees. Crecerás tan rápido, que no te darás cuenta que el tiempo ha pasado, cuando ya seas lo suficientemente mayor y lo bastante instruida para regresar a la India a cuidar a tu papá.

A Sara le agradaba la idea de atender su hogar. De sentarse a la cabecera de la mesa junto a su padre y conversar y leer sus libros preferidos, y si para ello debía ir a Inglaterra, estaba decidida a partir. La consolaba pensar que podría leer y estudiar, ya que no había otra cosa en el mundo que le gustara tanto. No le atraía mucho estar con otras niñas, pero si disponía de suficientes libros, pensaba que no le sería difícil acostumbrarse.

A veces Sara inventaba historias de cosas bellas, que solía contarse a sí misma y también se las contaba a su papá, que los encontraba maravillosas y sorprendentes.

—Bueno, papá —dijo Sara suavemente— ya que estamos aquí, lo mejor será resignarnos.

El padre sonrió ante tal comentario, más propio de un adulto que de una niña, y la besó con ternura. Pero a él le costaba resignarse a separarse de su pequeña Sara y volvió a abrazarla con cariño.

Por fin, el coche entraba en la plaza grande y melancólica, donde se levantaba el edificio del colegio.

Era una casa de ladrillos, de aspecto tristón, igual a las otras casas de la calle. Sólo la diferenciaba una placa de bronce en la puerta de entrada, donde se leía en letras negras:

Señorita Minchin

Internado selecto para señoritas.

—Ya hemos llegado, Sara —dijo el capitán Crewe, tratando de dar a su voz el tono más animado posible.

Entonces, la levantó para bajarla del coche, subieron unos peldaños y tiraron de la

campanilla.

Fueron introducidos a un gran salón. El lugar parecía respetable, aunque a juicio de Sara tenía muchos muebles de mal gusto. Al sentarse en un incómodo sillón de caoba, echó una de sus penetrantes miradas en derredor.

—No me gusta, papá —observó—; pero, después de todo, creo que a los soldados, aun a los más valientes, tampoco les gusta ir a la guerra.

El capitán Crewe lanzó una carcajada celebrando la ocurrencia de su hija. Era un hombre muy alegre y jovial.

—No sé qué voy a hacer sin tus comentarios tan alegres y tan solemnes —comentó el capitán—. Eres tan graciosa.

La besó con ternura y sus ojos se llenaron de lágrimas. Fue justamente en ese instante cuando la señorita Minchin hizo su entrada en el salón, sonriendo al ver al capitán y su hija. Al observarla, a Sara se le antojó muy en consonancia con la casa: alta y desabrida, a la vez que respetable y fea. Tenía ojos grandes y fríos, y una sonrisa insípida en sus labios. La señorita Minchin se había enterado de muchas cosas, a través de la señora que recomendara al capitán; por ejemplo, que el padre de Sara era un militar joven, inmensamente rico, y bien dispuesto a gastar mucho dinero en la educación de su hijita.

—Será para mí un gran honor hacerme cargo de tan bella y prometedora niña, capitán Crewe —dijo, tomando la mano de Sara y acariciándola—. Lady Meredith me ha hablado de su extraordinaria inteligencia y talento. Una niña inteligente es, en verdad, un tesoro en una institución como la mía.

La niña, sentada junto a su padre, miraba fijo a la señorita Minchin y, como de costumbre, pensaba en algo poco común para una chica de su edad. Según Sara, había dicho cosas que no eran verdad: no se consideraba hermosa, aunque la gente la encontraba bonita; más bien se encontraba feúcha, por eso le habían molestado los halagos de la señorita Minchin. Sara era ágil y delgada, algo alta para su edad y su cara era pequeña, pero atractiva. Sus ojos, grandes de color verdegrisáceos mostraban una mirada intensa bajo tupidas pestañas negras. Su pelo era negro y abundante.

Con el tiempo, la muchachita descubrió que la señorita Minchin repetía los mismos halagos a cada familia cuya hija ingresaba al colegio.

Su padre la había llevado al internado porque las dos hijitas de lady Meredith habían sido educadas en él, y el capitán Crewe apreciaba mucho la experiencia de esa señora. Sara iba a ser lo que solían llamar una pupila especial, y gozaría de mayores privilegios que los usuales en el internado; dispondría de un bonito dormitorio con salita bien amueblados; tendría su coche con un poni y una doncella para ocupar el lugar del ama que la había criado y que había quedado en la India.

—Su educación no me preocupa en lo más mínimo —decía el capitán Crewe

mientras acariciaba a su hija—. El problema consiste en que aprende con mucha rapidez. Está siempre con su naricita enterrada en los libros. Debería jugar más con las muñecas y salir de cabalgata o salir de compras.

—Papá —advirtió Sara—, si yo saliese a menudo a comprar muñecas, pronto tendría tantas que no podría quererlas a todas. Las muñecas son amigas íntimas, como lo será Emilia, por ejemplo.

El capitán Crewe miró a la señorita Minchin y ésta a él.

—¿Quién es Emilia? —preguntó extrañada la señorita Minchin.

—Cuéntale a la señorita, Sara —dijo el capitán con una sonrisa.

La mirada de los ojos de color verde gris de Sara se tornó dulce y grave al mismo tiempo, al responder:

—Es una muñeca que aún no tengo, pero que papá está decidido a comprarme. Saldremos juntos para ver si la encontramos. La llamaré Emilia y será mi amiguita cuando papá se haya ido. La necesito para conversar con ella y contarle mis cosas.

La sonrisa agria de la señorita Minchin se volvió muy lisonjera.

—¡Qué niña más original! —aduló—. ¡Y qué graciosa!

—Así es —asintió el capitán Crewe, rodeando a Sara con el brazo—. Es una personita preciosa; cuídemela mucho, señorita Minchin.

Sara se alojó con su padre en el hotel, hasta el día en que él se embarcó para la India. Pasearon por la ciudad y visitaron varias grandes tiendas comprando una enorme cantidad de cosas, muchas más de las que Sara necesitaba. Entre los dos armaron un guardarropa demasiado abultado para una niña de siete años: vestidos de terciopelo, otros de encajes o con ricos bordados, sombreros con plumas, abrigos de armiño, cajas de guantes, pañuelos y medias de seda. Era tal la cantidad y la calidad de las compras, que las vendedoras de las tiendas murmuraban entre sí: ¿«Quién será esta niña un tanto extraña y con una mirada tan solemne? Tal vez sea una princesa extranjera».

Visitaron muchas jugueterías buscando la muñeca soñada por Sara. Vieron unas que eran grandes; otras pequeñas; con ojos negros, con ojos azules; de diferentes colores de pelo, con ropa y sin ella.

Visitaron muchas jugueterías

—Quiero que Emilia sea no como si fuese una muñeca de verdad —insinuó Sara—. Tiene que mirarme cuando le hable, como si me escuchara. Lo que pasa con las muñecas, papá —e inclinó la cabeza a un lado, reflexionando—, es que nunca parecen escuchar.

Después de mucho buscar, decidieron continuar la búsqueda caminando y observar mejor los escaparates mientras les seguía el coche. Pasaron por dos o tres establecimientos, sin entrar. Cuando al aproximarse a una tienda que en realidad no parecía muy importante, Sara se sobresaltó y oprimió el brazo de su padre.

—¡Oh, papá —exclamó—, allí está Emilia!

Su rostro enrojeció y sus ojos brillaban como si acabase de tropezarse con su mejor amiga.

—¡Debe estar esperándonos! —dijo—. Entremos a buscarla.

Cuando Sara tuvo a la muñeca en sus brazos, le pareció que ambas se habían reconocido inmediatamente y con la mayor naturalidad dijo:

—Emilia, te presento a mi padre.

La expresión de ojos de la muñeca era particular; de color azul claro y de mirada inteligente, suaves y espesas pestañas, verdaderas pestañas y no meras líneas pintadas. Era grande, aunque no lo suficiente para resultar incómodo llevarla; tenía el cabello rizado de color castaño dorado.

—Por supuesto, papá —dijo Sara, admirando el rostro de la muñeca, que tenía sentada en las rodillas—. ¡Claro que ésta es Emilia!

Por lo tanto, compraron a Emilia. La llevaron a una casa de modas infantiles donde le tomaron las medidas para hacerle una serie de trajes tan suntuosos como los de la propia Sara. Tendría abrigos, blusas y faldas, una hermosísima ropita interior adornada de encajes; también tendría guantes, pañuelos y pieles.

—Desearía que pareciese una niña que tiene una buena madre, y su mamá soy yo; pero más que eso, quiero que sea mi compañera.

El capitán Crewe había gozado enormemente con el paseo, pero la angustia atenazaba constantemente su corazón. Se acercaba el momento en que debía separarse de su adorada y singular compañerita. Esa noche no consiguió conciliar el sueño y se levantó a contemplar a su hija que dormía abrazada a la muñeca. Emilia parecía una niña de verdad, así que el capitán se sintió reconfortado al contemplar ese cuadro.

«¡Ay, Sarita! —pensó—. No creo que te imagines cuánto ha de echarte de menos tu padre».

Al día siguiente, Sara y su padre se dirigieron al colegio de la señorita Minchin, para el ingreso definitivo de la niña. El padre, que se embarcaría a la mañana siguiente, explicó a la señorita Minchin que sus abogados, los señores Barrow y Skipworth, eran sus representantes legales en sus negocios en Inglaterra. Ellos

estarían a su disposición para cualquier eventualidad, con orden de satisfacer las cuentas que se les enviara por gastos de Sara. Escribiría a su hija dos veces por semana. Además, dio instrucciones a la señorita Minchin para que atendiera a todos los deseos y necesidades de su hija.

—Es una pequeña muy razonable y nunca pide nada que sea inconveniente para ella —dijo.

Luego el capitán Crewe se retiró con Sara a un saloncito. La despedida fue triste. Se miraron y se abrazaron con fuerza. La niña se sentó en sus rodillas, y asiéndole por las solapas, le contempló el rostro, atenta y cariñosamente.

—¿Me vas a aprender de memoria, Sarita? —dijo él, acariciándole el cabello.

—No... —contestó la niña—; eso ya me lo sé desde hace años porque estás en mi corazón.

Luego Sara subió a su cuarto para observar alejarse el coche que llevaba a su padre. Cuando el coche se alejó de la puerta, Sara estaba sentada en el suelo de su habitación, con ambas manos bajo el mentón y lo siguió con la mirada hasta que dobló la esquina. Emilia estaba a su lado, mirándolo igual que ella.

Cuando la señorita Minchin envió a su hermana Amelia para ver qué hacía la niña, se encontró con la puerta cerrada con llave.

—Yo la he cerrado —dijo una vocecita cortés, desde adentro—. Con su permiso, ahora deseo estar sola un rato.

La señorita Amelia era una mujer rechoncha, de poca estatura y siempre temerosa de su hermana. En verdad, tenía el carácter mucho más agradable que ella y nunca se le ocurrió desobedecerla. Volvió, pues, al piso bajo un tanto alarmada.

—En mi vida he visto una niña tan extraña y de modales tan sensatos —dijo—. Se ha encerrado en su habitación y no hace el menor ruido.

—Es mejor, de todos modos, que gritar y patalear como hacen algunas —respondió la señorita Minchin—. A decir verdad, temía que, tan mimada como está, me alborotara la casa, pues si existe una niña que pueda hacer lo que se le antoje, es ella.

—Quizás ha estado abriendo sus baúles y puesto las cosas en el ropero —continuó Amelia—. Jamás he visto nada semejante: piel de marta y armiño en sus chaquetas y encaje de Valenciennes en toda la ropa interior. ¿Te das cuenta de cómo ha venido vestida?... ¿Qué te parece?

—Que es ridículo —replicó la señorita Minchin ásperamente.

Y pensó para sus adentros que aquélla era una conducta extraña, con toda esa ropa ridícula. «Aunque lucirá perfecta encabezando la fila para ir a la iglesia el domingo. Parecerá una pequeña princesa».

Arriba, en la habitación cerrada, Sara y Emilia, sentadas en el suelo una al lado de la otra, tenían los ojos fijos en la esquina por donde desaparecía el coche, mientras el

capitán Crewe miraba hacia atrás y saludaba con la mano, tirándole besos.

II

UNA LECCIÓN DE FRANCÉS

A la mañana siguiente, Mariette, la doncella francesa para atender a Sara, vistió a la niña con su uniforme azul y le arregló el cabello con una cinta también de color azul. Cuando estuvo lista, Sara se dirigió a Emilia que estaba sentada en una silla adecuada a su tamaño, y le entregó un libro.

—Puedes leer esto mientras yo estoy en clases —le dijo.

Al ver que Mariette la miraba extrañada, agregó:

—¿Sabes Mariette? Yo creo que las muñecas tienen un secreto. Ellas pueden hacer muchas más cosas de las que nosotros creemos. Es probable que Emilia lea, hable y camine, pero sólo cuando no hay nadie en la habitación.

«¡Qué niña más extraña!», —pensó Mariette—, pero en el fondo ya había comenzado a apreciarla por su inteligencia y sus modales tan finos. Sara era una niña muy bien educada, con una manera encantadora de decir «Por favor, Mariette», «Gracias, Mariette», esto le había valido conquistar el cariño de la doncella y una fama muy especial, que llegaba hasta la cocina.

—Esa pequeña tiene aires de princesa —solía comentar Mariette con sus compañeras de trabajo.

Las demás niñas estaban expectantes. Todas habían oído hablar de ella, desde Lavinia Herbert, que tenía casi trece años y ya se sentía mayor, hasta Lottie Legh, que no tenía más de cuatro y era la menor del colegio. Tenían gran ansiedad de conocer a esa niña que contaba con una doncella que la ayudaba a vestirse sacando ropa de una enorme caja.

Cuando Sara entró a la sala de clases, las que serían sus compañeras la miraban con curiosidad y hacían comentarios, mientras simulaban leer la lección de geografía.

—¡Tiene una caja llena de enaguas de encaje! —murmuró Lavinia a su amiga Jessie.

—Oí decir a la señorita Minchin que sus vestidos son demasiado lujosos para su edad —comentó otra chica.

—Creo que ni siquiera es bonita. Sus ojos tienen un color muy extraño —agregó otra.

—No es que sea bonita como otras personas, pero es atractiva.

—Tiene unas pestañas larguísimas y sus ojos son verdosos.

Y así, cada una de las niñas quería decir algo con relación a Sara.

Cuando Sara entró a la sala, se sentó en el lugar que le había asignado, y permanecía esperando pacientemente que comenzaran las clases. La habían ubicado cerca de la señorita Minchin y contemplaba a sus compañeras, sin preocuparse por sus miradas curiosas. Se preguntaba en qué estarían pensando, si sentirían afecto por la señorita Minchin, o interés por las lecciones y si alguna tendría un padre como el suyo. De pronto, la directora dio una palmada en su escritorio para llamar a las alumnas al orden.

—Niñas, deseo presentarles a su nueva compañera. Espero que sean muy amables con la señorita Crewe, que viene desde muy lejos, de la India. Y en cuanto termine la clase, me gustaría que se acerquen a conversar con ella.

Todas las chicas se levantaron para saludarla ceremoniosamente. Sara también se levantó y respondió con una reverencia.

—Sara, venga aquí —ordenó la señorita Minchin con su terco tono habitual—. Su padre ha decidido que usted tenga una doncella francesa a su disposición. Supongo, pues, que desea que se dedique al estudio de la lengua francesa, de modo especial.

La chica no sabía cómo responder sin parecer insolente o soberbia.

—Creo que la intención de mi padre fue que yo me sintiera más protegida, señorita Minchin.

—Me parece —contestó la señorita Minchin con una sonrisa irónica— que usted es una niña muy consentida y que siempre imagina que las cosas se le brindan para darle placer.

Ante la dureza de las palabras de la directora, Sara enrojeció y se sintió desconcertada. Ella hablaba francés, como idioma materno. Su madre era francesa y su padre amaba el idioma de su esposa, de modo que siempre se dirigía a su hija en francés.

—Nunca estudié francés, pero... —trató de explicar la niña.

—Suficiente, —acotó en forma imperativa la directora— deberá comenzar ya, el profesor Dufarge estará aquí en unos minutos más. Mientras tanto, lea este libro.

Sara se sintió confundida, miró el libro y se confundió más aún. Se trataba de un libro elemental que comenzaba por decir que *le père*, significa el padre y *la mère*,

significa la madre, etc.

—Parece enojada, —dijo la señorita Minchin, dirigiéndole una mirada amenazadora— lamento mucho que no le guste la idea de aprender francés.

Sara se esforzó por iniciar una respuesta que no resultara impertinente:

—Me gusta mucho, pero...

—No comience con «peros» cuando se le indique lo que tiene que hacer — interrumpió la señorita Minchin. Continúe leyendo el libro.

«Cuando llegue el señor Dufarge, podré hacerle comprender que yo hablo francés desde mis primeros años». Pensó Sara y siguió leyendo: *le fils*, significa el hijo; *le frère*, significa el hermano... etc.

Pronto llegó el señor Dufarge. Era un francés de edad madura, amable e inteligente. Se alegró al ver que Sara estaba interesada en el libro.

—¿Tengo una alumna nueva, señorita Minchin?

—El capitán Crewe, padre de esta niña, desea que su hija aprenda francés, pero me temo que ella se niega a hacerlo.

El señor Dufarge, se dirigió a Sara y dijo:

—Lo siento. Quizás cuando comencemos a estudiar juntos, pueda demostrarle que se trata de una hermosa lengua.

Sara se puso de pie, y, mirando a los ojos al señor Dufarge comenzó a explicar, en un fluido francés, que nunca había aprendido este idioma con textos de gramática, pues su padre y otras personas cercanas, siempre lo habían hablado y que ella podía hablar y escribir con facilidad.

—Sin embargo, me gustaría aprender más, lo que el señor Dufarge quiera enseñarme —concluyó y agregó que eso era lo que había querido explicarle a la señorita Minchin.

El señor Dufarge sonrió complacido ante el encanto y la sencillez de la pequeña y comentó con ternura que la niña hablaba el idioma a la perfección y con un acento exquisito.

Al escucharla, la directora no pudo ocultar su ofuscación, al reconocer íntimamente que ella le negó la posibilidad de explicarse. Su ira aumentó aún más al notar que las alumnas Lavinia y Jessie se reían burlescamente ocultándose en sus libros.

—¡Silencio, señoritas! —gritó con severidad.

III

ERMENGARDA

En el primer encuentro de Sara con las niñas que serían sus compañeras, le quedó claro cuál sería el estilo de relaciones que establecería con ellas. Aquella mañana, cuando Sara se sentó al lado de la señorita Minchin y el salón entero se dedicaba a observarla, muy pronto se dio cuenta de que una niña aproximadamente de su edad, la miraba fijo con un par de ojos azules, un poco tristes.

Era una niña regordeta, al parecer, poco inteligente, pero dotada de una expresión simpática y bondadosa. Estaba encantada mordiendo la cinta de su trenza. Cuando el señor Dufarge se dirigió a Sara, la chica se atemorizó; pero al ver que Sara respondía en francés con gran naturalidad, se sorprendió mucho; ella ni siquiera recordaba que «la madre» se decía *la mère*. Le maravillaba escuchar que una niña, casi de su misma edad, pudiera juntar tan fácilmente todas aquellas palabras en francés. La mirada intensa y el nervioso mordisqueo a su cinta, llamaron la atención de la señorita Minchin, que, muy molesta le dijo:

—¡Señorita Saint John! ¿Cómo se atreve a observar semejante actitud? ¡Baje esos codos! ¡Quítese la cinta de la boca! ¡Siéntese derecha, inmediatamente!

La pobre niña se sintió muy avergonzada y cuando escuchó las risitas burlescas de Lavinia y Jessie se puso roja y parecía que las lágrimas iban a brotar de sus ojillos asustados. Cuando Sara la vio, se compadeció de ella y sintió que le gustaría ser su amiga. Era una característica de Sara. Siempre estaba dispuesta a acudir en ayuda de quien se viera en apuros o estuviera pasando momentos amargos.

«Si Sara hubiese sido varón y vivido unos cuantos siglos atrás —solía decir su padre—, habría recorrido los países blandiendo su espada en defensa de cuanto ser viviente se encontrara en dificultades. Cuando ve a alguien en desgracia, se siente impulsada a la acción».

Así, pues, la hija de Saint John, conmovió el corazón de Sara y siguió observándola durante el transcurso de la mañana. Advirtió que las lecciones no eran cosa fácil para ella. Su lección de francés fue lastimosa; tanto que hasta el profesor Dufarge sonrió al oír su pronunciación. Lavinia, Jessie y otras alumnas se codeaban riendo y mirándola con desdén. A Sara, eso le dolía.

—No es gracioso, en realidad —dijo entre dientes, inclinándose sobre su libro—. No deberían reírse.

Al terminar la clase, las alumnas se reunieron en corrillos para charlar; Sara buscó a la señorita Saint John, la halló hecha un ovillo y desconsolada en un rincón, se acercó a ella y le habló. Las palabras eran las que cualquier chicuela le habría dicho a

otra al proponerse hacerse amiga. Pero en Sara había ese algo particularmente delicado y afectuoso, que todos advertían desde el primer momento.

—¿Cómo te llamas? —dijo Sara.

La pequeña se asombró al escuchar esas simples palabras.

Una alumna nueva es siempre motivo de expectación y ésta en particular. La noche anterior, todo el colegio había tejido comentarios sobre ella, hasta que el sueño las venció, exhaustas por la curiosidad y las versiones contradictorias: una compañera con un coche, doncella particular, un ponny, y un viaje desde la India, no era algo que sucediera todos los días.

—Me llamó Ermengarda Saint John —contestó cohibida.

—¡Tu nombre es muy bonito! ¡Parece de cuentos! Yo me llamo Sara Crewe.

—¿Te gusta mi nombre? —dijo Ermengarda, halagada—. A mí... a mí me agrada el tuyo.

El mayor problema en la vida de Ermengarda era que su padre era un hombre muy inteligente. Hablaba siete u ocho idiomas, tenía una enorme biblioteca y parecía que había leído todos esos libros y que no podía comprender cómo una hija suya era tan torpe, que jamás sobresalía en nada. «Hay que obligarla a aprender». Había dicho a la señorita Minchin.

—¡Santo cielo! —había exclamado su padre más de una vez mirándola sin consuelo—. Hay veces en que pienso que es tan tonta como su tía Elisa.

La tía Elisa había sido dura de entendimiento y olvidaba las cosas tan pronto las había aprendido. Ermengarda era de una semejanza sorprendente. Era la peor alumna de la escuela, y nadie podía negarlo.

Ermengarda se pasaba la mayor parte de sus días afligida y bañada en lágrimas. Estudiaba las lecciones y las olvidaba, o si podía repetirlas, no las comprendía. Era natural pues, que al trabar conocimiento con Sara se quedara mirándola confusa, presa de profunda admiración.

—¡Tú eres tan inteligente! Tú puedes hablar en francés, ¿verdad? —preguntó con tono de respeto Ermengarda.

Sara, mirando por el amplio ventanal, se sentó con las piernas recogidas y puso los brazos rodeando las rodillas, le dijo que a menudo la gente decía eso, pero que ella se preguntaba si sería cierto.

—Puedo hablar francés, porque lo he oído toda mi vida —contestó—. Tú también podrías, si siempre te hubiesen hablado en ese idioma.

—¡Oh, no! ¡No podría! —dijo Ermengarda—. ¡Jamás podría!

—¿Por qué? —preguntó Sara con curiosidad.

Ermengarda sacudió la cabeza tan enérgicamente, que su trenza se movió de lado a lado.

—Me acabas de escuchar en la clase —declaró—. Soy siempre así. No puedo

decir las palabras. ¡Son tan raras!

Y entonces, viendo la expresión de desencanto en la cara de su compañera, Sara se echó a reír y cambió de tema.

—¿Te gustaría conocer a Emilia? —preguntó.

—¿Quién es Emilia?

—Sube a mi dormitorio y lo sabrás —dijo Sara, tomándola de la mano.

Juntas corrieron escaleras arriba.

—¿Es verdad? —murmuró Ermengarda cuando cruzaban el vestíbulo—. ¿Es verdad que tienes un cuarto para jugar tú sola?

—Sí —respondió Sara—. Papá le pidió a la señorita Minchin que me lo permitiera, porque... bien, porque cuando juego, invento historias y me las cuento a mí misma, y no me agrada que la gente me escuche. Si me doy cuenta de que hay personas que escuchan, no me salen bien.

Y posando su mano en el brazo de su amiguita, en señal de cautela, murmuró en voz baja:

—Acerquémonos despacito a la puerta... y entonces abriré de repente. Quizá logremos sorprenderla.

Su sonrisa misteriosa y un dejo divertido en su voz, intrigó a Ermengarda, que no entendía a quién iban a sorprender y por qué. Pero fuera lo que fuera, estaba segura de que sería algo interesante, y la siguió hasta la puerta en puntas de pie. Entonces Sara empujó bruscamente la puerta y la abrió de par en par. Se vio el salón ordenado y tranquilo, con un hermoso fuego ardiendo en la estufa, y al lado, una maravillosa muñeca sentada en una silla que parecía estar leyendo un libro.

—¡Oh! ¡Se ha vuelto a sentar antes de que pudiéramos sorprenderla! —exclamó Sara—. Tú sabes que siempre hace lo mismo: es rápida como el relámpago.

Ermengarda miraba a Sara y a la muñeca.

—¿Es que... puede andar? —preguntó sin aliento.

—Sí —repuso Sara—. Al menos, así lo creo. Es decir, yo imagino que creo que puede. Y eso vuelve las cosas como si fueran ciertas. ¿Tú nunca inventas cosas?

—No —dijo Ermengarda—. Nunca. Yo... Sigue contándome.

Tan hechizada estaba por esta singular nueva amiga, que se quedó contemplando a Sara en vez de contemplar a Emilia, por más que ésta fuera la muñeca más linda que nunca había visto.

—Sentémonos —dijo Sara—, y te contaré. Imaginar es algo tan fácil que cuando comienzas cuesta detenerse. Sólo es cuestión de empezar. ¡Es maravilloso! Emilia, escucha tú también. Ésta es Ermengarda Saint John. Ermengarda, ésta es Emilia. ¿Te agradecería tenerla en brazos?

—¡Oh! ¿Me permites? —dijo Ermengarda—. ¿De veras? ¡Qué linda es! —y tomó a Emilia en sus brazos.

Ermengarda estaba encantada. Nunca había soñado con un momento tan delicioso durante su breve vida exenta de encantos.

Sara, sentada hecha un ovillo sobre la alfombra delante del fuego, comenzó a contarle historias increíbles de un mundo desconocido para ella. Relatos de su viaje, descripciones de la India, etc. Pero mucho más interesantes aún fueron las fantasías acerca de las muñecas que caminan y hablan y pueden hacer cualquier cosa que quieran, siempre que los humanos no se hallen presente porque les gusta mantener sus poderes en secreto y cuando escuchan que alguien se acerca, corren a sus lugares y se quedan muy quietas.

—¡Es algo mágico! —dijo Sara muy en serio.

Cuando Sara relataba la aventura de la búsqueda de Emilia, Ermengarda, vio que se alteraba su rostro. Algo como una nube veló la luz brillante de los ojos. Se quebró su voz tan repentinamente que produjo un sonido como un sollozo, luego cerró la boca y apretó los labios.

A Ermengarda se le ocurrió que de haber sido otra niña, se habría echado a llorar. Pero no lo hizo.

—¿Te... te duele algo? —se aventuró a decir.

Después de una larga pausa, Sara contestó:

—Sí. Pero no el cuerpo. —Luego añadió con una voz que se esforzó en mantener firme—: ¿Quieres tú a tu padre más que a nadie en el mundo?

Ermengarda se sorprendió y no sabía qué responder, pues ella hacía cualquier cosa por evitar la compañía del suyo y no era propio de una educanda de un gran colegio, confesar que nunca se había preguntado si amaba a su padre.

—Apenas le veo —balbuceó turbada—; siempre está en la biblioteca... leyendo cosas.

—Yo lo amo tanto, que me duele pensar que se haya ido —dijo Sara apoyando la cabeza sobre sus rodillas—. Quiero al mío diez veces más que a nadie en el mundo —dijo Sara—. Eso es lo que me duele... que se haya ido.

Callada, hizo descansar la cabeza sobre sus rodillas encogidas, y se quedó muy quieta por espacio de unos minutos.

«Va a ponerse a llorar fuerte» —pensó Ermengarda, azorada.

Pero no lo hizo. Los negros rizos cortos caídos sobre la cara no se movían. Luego habló sin moverse.

—Le prometí que aceptaría su partida, que aprendería a soportarlo. Hay que ser fuertes... ¡Piensa en lo que aguantan los soldados! Papá es uno de ellos. Si hubiera guerra, tendría que soportar marchas y sed, y tal vez graves heridas, y él nunca diría una palabra... ni una palabra.

Ermengarda la miraba azorada, sintiendo una profunda admiración. ¡Era tan maravillosa y diferente de las demás! Sara no tardó en reponerse y pronto, sonriendo

con picardía dijo:

—Mejor continuemos con nuestro juego de imaginarnos cosas, así se hace más tolerable la ausencia de un ser querido.

A Ermengarda se le hizo un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo con timidez:

—Lavinia y Jessie son íntimas amigas. Desearía que nosotras también lo fuésemos... ¿Quieres que seamos tan amigas como ellas? Tú eres inteligente, y yo la más tonta del colegio, pero ¡oh, te he tomado tanto cariño...!

—¡Claro que sí! —Respondió Sara—. Cuando una se siente querida, una se siente más feliz. Sí... seremos amigas. Y, además, —añadió con un súbito rayo de dicha iluminando su rostro—, te ayudaré en las lecciones de francés.

IV

LOTTIE

Si Sara hubiera sido una niña común y corriente, la vida que llevó en ese colegio de la señorita Minchin durante el transcurso de los años siguientes, no habría resultado bueno para ella. La trataban más como a una huésped distinguida, que como a una alumna. Si su carácter hubiese sido egoísta y dominante, con tantas lisonjas se habría convertido en una niña insoportable. Y de haber sido indolente, nada habría aprendido. En su fuero interno, la señorita Minchin no la estimaba demasiado, pero como mujer de negocios se abstenía muy bien de hacer o decir nada que pudiera desagradar a la discípula más adinerada del colegio. Sabía perfectamente que si Sara le escribía a su padre manifestándose a disgusto o desdichada, el capitán Crewe la retiraría de allí enseguida. La señorita Minchin sabía también que si a los niños se les mimaba mucho y no se les prohibía hacer lo que quisieran, se encontrarían a gusto en el lugar donde recibían tal tratamiento. Por lo tanto, Sara siempre era elogiada por sus excelentes lecciones, por sus buenos modales, por su afectuosidad hacia sus condiscípulas, por la generosidad con que daba a un mendigo una moneda de su bolso bien provisto. El acto más simple que hiciera era considerado como una virtud, y si no hubiera tenido tanto sentido común y una cabecita lúcida, Sara se habría convertido en una personita egoísta e insoportable. Pero esa niña juiciosa veía con mucha lucidez y tino las circunstancias, y muchas veces hablaba de ello con Ermengarda.

—Las cosas suelen suceder por azar —decía—. A mí me ha rodeado una serie de circunstancias afortunadas. La casualidad ha hecho que siempre me haya agradado el estudio y los libros, y que recuerde lo que aprendo. El azar hizo que naciera en una familia con un padre hermoso, bueno e inteligente, que me puede dar cuanto quiero. Yo no sé —y aquí su semblante era muy serio— cómo podré descubrir si realmente soy una niña buena o aborrecible, si aquí me encuentro sólo con gente que me trata tan bien. Tal vez yo tenga un carácter espantoso y odioso, pero nunca he tenido la oportunidad de demostrarlo, porque nunca he pasado contrariedades.

—Lavinia nunca pasa contrariedades —comentó Ermengarda—, y, sin embargo, sus modales son horribles.

Sara se frotó la punta de su naricita, meditando sobre la respuesta de su amiga.

—Bien —dijo por fin—; tal vez... tal vez la causa esté en que Lavinia crece demasiado deprisa.

Este comentario era el resultado de haber oído decir a la señorita Amelia que Lavinia estaba creciendo tan rápidamente, que ella creía que le afectaba a la salud y

al carácter.

Lavinia era rencorosa y sentía envidia de Sara. Hasta entonces, era la líder del colegio, pero había logrado tal liderazgo a costa de actuar como mandona. Era bonita y gozaba del prestigio de ser la niña mejor vestida hasta la llegada de Sara con sus abrigos de terciopelo y plumas de avestruz. Esto había sido espantoso para Lavinia, pero la situación empeoró al comprobar que la simpatía de Sara atraía la amistad de sus compañeras.

—Sara Crewe tiene algo especial —reconoció un día Jessie sinceramente a su amiga íntima—, nunca se hace sentir superior, y bien podría hacerlo, Lavinia. Yo creo que me costaría trabajo no hacerlo, aunque sólo fuese un poquito, si tuviera cosas tan preciosas, e hiciesen tanto ruido conmigo. Es fastidiosa la manera cómo la señorita Minchin la pone como ejemplo cuando los padres de otras niñas vienen de visita.

Entonces Lavinia, imitando la forma de hablar de la directora, contestó.

—«Nuestra querida Sara debe contarnos de sus experiencias en la India...». «Querida Sara, muéstrale tu exquisito francés a la señora Pitkin». No entiendo cuál es el mérito de todo lo que sabe, ya que hablaban francés en su casa. Tampoco entiendo por qué su padre es tan importante; eso de ser funcionario en la India...

—Bueno, cazó tigres —contestó Jessie—. La piel que tiene Sara en su habitación, ésa que tanto le gusta y con la que habla como si fuese un gato, pertenecía a un tigre que cazó su padre.

—Siempre está haciendo tonterías —interrumpió Lavinia—. Mi mamá dice que esa manía que tiene de imaginarse cosas es una tontería, y que cuando sea mayor será una excéntrica.

Que Sara nunca se daba importancia, era muy cierto. Tenía una almita afectuosa, y compartía gustosa sus privilegios y sus pertenencias. A las pequeñitas, a las que desdeñaban y tiranizaban nunca las hacía llorar. Con dulzura maternal pese a sus pocos años, cuando una se caía y se arañaba las rodillas, corría a ayudarlas a levantarse y les daba una palmadita cariñosa, o descubría en su bolsillo algún bombón o alguna otra golosina para calmarlas. Las pequeñas adoraban a Sara. Se sabía que más de una vez les había ofrecido té en su propio cuarto y habían jugado con Emilia, utilizando su servicio de té, con flores azules. Ninguna había visto hasta entonces un juego de té de muñecas tan verdadero.

Lottie Legh la idolatraba a tal punto, que sólo gracias a su inclinación maternal se libraba Sara de hallarla fastidiosa. Su joven madre había muerto y la llevó a la escuela un padre joven, más bien frívolo, que la trataba como a una mascota y la había convertido en una niña intratable. Él pensaba que la orfandad de su hija era digna de inspirar lástima, ardid que la niña utilizaba con bastante frecuencia. Cuando quería alguna cosa o se le negaba algo, lloraba o gritaba, y como siempre quería cosas inadecuadas, y aborrecía hacer lo que era conveniente, por lo común, su aguda vocecita resonaba chillando por todos los rincones de la casa. La primera vez que Sara la tomó a su cargo fue una mañana en que al cruzar delante de una salita, oyó a la señorita Minchin y a la señorita Amelia tratando de acallar los irritados gritos de una niña que, al parecer, se negaba a sosegar. Y alborotaba tan furiosamente, que la señorita Minchin casi se veía obligada a gritar, en una forma imponente y severa, para hacerse oír:

—¿Por qué estás llorando?

—¡Oh! ¡Ah! ¡Ah! —oyó Sara—. ¡No tengo ma... má...!

—¡Oh, Lottie! —suplicaba señorita Amelia—. ¡Basta, querida! ¡No llores!

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! —aullaba Lottie a pleno pulmón—. ¡No... tengo ma... má!

—¡Habría que castigarla! —afirmó la señorita Minchin—. ¡Te mereces una tunda, por mala!

Lottie lloró más fuerte que antes. La señorita Amelia empezó a sollozar. La voz de la señorita Minchin se elevó como un trueno, mas, luego se levantó furibunda de la silla, en un arranque de indignada impotencia, y salió del cuarto.

Sara se había detenido en el vestíbulo, pensando si debería entrar en el salón, ya que últimamente había hecho buenas migas con Lottie y quizá le fuera posible calmarla. Al salir la señorita Minchin y ver que Sara estaba allí, quedó desconcertada, comprendió que su voz, al traspasar las paredes, no debía haber sonado ni digna ni afectuosa.

—¡Oh, Sara! —exclamó tratando de esbozar una sonrisa diplomática.

—Me detuve —explicó Sara— porque sabía que era Lottie, y pensé que quizá... por casualidad, tal vez podría hacerla callar. ¿Puedo hacer la prueba, señorita Minchin?

—Si te animas... Tú sabes, hacer las cosas —añadió con tono aprobatorio—. Sí, tú podrás dominarla. Entra —y se alejó, seguida de la señorita Amelia.

Cuando Sara entró en la sala, Lottie estaba tirada en el suelo, gritando y pataleando. Sabía, por experiencia adquirida en su hogar, que el pataleo y los gritos a la larga la favorecerían, siempre que insistiera.

Sara se le acercó despacito, sin saber lo que iba a hacer. Luego se sentó en el suelo a su lado y esperó. Excepto por los irritados gritos de Lottie, el cuarto no podía estar más tranquilo. Esto era algo desconocido para la pequeña Lottie, que cuando

protestaba, estaba acostumbrada a oír a los demás suplicarle, amenazarla y mimarla alternativamente. Lottie creyó conveniente comenzar de nuevo, aunque la quietud del ambiente y la carita pensativa de Sara restó a sus gritos la mitad de fuerza.

—¡No... ten... go... ma... ma... a... a... a! —chillaba, pero su voz no era tan penetrante.

Sara la miró con una luz de comprensión en los ojos y más interés aún.

—Tampoco yo tengo mamá —contestó Sara.

Esto era tan inesperado para Lottie, que sin dejar de llorar del todo, preguntó sorprendida:

—¿Dónde está?

—Se ha ido al cielo —dijo Sara—. Pero estoy segura de que a veces viene a verme, aunque yo no me dé cuenta. Y tu mamá lo mismo. Tal vez en este mismo momento nos miran. Tal vez estén en este cuarto las dos junto a nosotras.

Lottie se sentó de un salto, y miró a su alrededor en busca de su madre. Era una linda criatura de cabellos rizados y grandes ojos redondos y azules como la flor nomeolvides. Sara continuó con su historia; casi un cuento de hadas, pero tan real era para su propia imaginación, que Lottie empezó a prestar atención a pesar suyo. Le habían contando cuentos de ángeles vestidos de blanco que tenían alas y corona. Pero Sara describía un país verdadero y hermoso donde había personas reales.

—En aquel lugar hay prados extensos llenos de flores —narraba Sara, como si lo estuviera soñando— lirios mecidos por la brisa y en su ondular emanan un suave perfume que llega a todas partes. Hay cientos de niños que arman guirnaldas y ríen..., nunca se cansan, parecen flotar... los muros de oro y de perlas son bajos para que las personas se puedan reclinar y mirar hacia la tierra con una sonrisa y un mensaje de amor.

Cualquier cuento habría sido hermoso para la pequeña Lottie, pero éste tenía una atracción especial. Se sentó más cerca de Sara y escuchaba embelesada, sin embargo, el final llegó demasiado pronto y un puchero asomó a sus labios.

—Yo quiero ir allá —sollozó—. En este colegio no tengo mamá.

Sara advirtió la señal de peligro, y con una sonrisa se acercó aun más a la niña. Asiéndole su manito regordeta, la abrazó con cariño y le dijo:

—Yo seré tu mamá... jugaremos a que eres mi hijita... Emilia será tu hermanita.

Los hoyuelos volvieron a aparecer en las mejillas de Lottie.

—¿De veras?

—Sí —contestó Sara, poniéndose de pie de un salto— vamos a decírselo. Y después te lavaré la carita y te peinaré.

Lottie aceptó muy contenta; salió con sus pasitos cortos detrás de Sara y subió con ella. Ya ni recordaba que toda la escena anterior había sido causada precisamente porque no quería lavarse la cara ni peinarse para ir al almuerzo.

Desde aquel día Sara se convirtió en su madre adoptiva.

V BECKY

El mayor poder de atracción que poseía Sara, era su habilidad para contar historias. Sus narraciones parecían cuentos de hadas. Tenía una asombrosa facilidad para inventar situaciones e investirlas con una apariencia de cuento, lo fuese o no.

Sara no solamente era una narradora entretenida, sino que adoraba imaginar cuentos. Se sentaba en medio de un círculo de sus amiguitas, comenzaba a inventar cosas maravillosas. Sin darse cuenta siquiera, comenzaba a dramatizar y sus mejillas se arrebolaban a medida que daba rienda suelta a su fantasía. El tono de su voz subía o bajaba, en sus ojos brillaba la chispa de la inspiración, sus manos y su cuerpo iban expresando lo que ella iba contando. Personajes del mundo de las hadas, reyes, reinas, hermosas señoras daban vida a sus cuentos y Sara se transformaba en cada uno de los personajes que inventaba, cuyos actos ensalzaba. Concluía entusiasmada, casi sin aliento, entonces decía:

—Cuando yo estoy narrando, no me parece pura fantasía. Se me figuran hechos y seres reales y verdaderos... más reales que las personas que me rodean, más auténticos que el cuarto en que nos hallamos. Me siento sucesivamente transfigurada en las personas de la historia, una tras otra. Es curioso, pero es cierto.

Hacía ya más de dos años que había ingresado en el colegio de la señorita Minchin. Una mañana de invierno de intensa neblina, al descender de su coche envuelta en su abrigo de terciopelo, Sara vio una pequeña figura sucia y harapienta que la miraba con ojos asombrados por entre la reja de la entrada del edificio. Algo en la timidez y el ansia que reflejaba esa carita le llamó la atención y le sonrió. Tenía por costumbre sonreír a todos. Pero la pequeña de cara tiznada y ojos asustados se escurrió como una lauchita a la cocina. Desapareció tan de repente que Sara se hubiera reído de la ocurrencia si no se hubiese tratado de una chiquillita tan merecedora de compasión.

Esa misma noche, mientras Sara narraba una historia en medio de un círculo de niñas en la esquina del salón, entró en el cuarto la misma muchachita que había encontrado esa mañana a la entrada del edificio. Ahora acarreaba un cesto lleno de carbón, demasiado pesado para sus brazos; se arrodilló delante de la chimenea para limpiarla de cenizas y avivar el fuego.

No iba tan desaseada como cuando en la mañana mirara por la reja. Pero sus facciones revelaban el mismo temor. Bien se veía que se empeñaba en pasar inadvertida y escuchar lo que allí se narraba. Echó los pedacitos de carbón con el mayor cuidado para no hacer ruidos molestos, y de igual manera, limpió las cenizas. Sara se dio cuenta del gran interés de la niña por escuchar siquiera alguna frase del cuento. Al punto, Sara alzó un poco la voz y habló en forma algo más clara y pausada.

Era una historia maravillosa acerca de una princesa que era amada por un Príncipe del Mar, con quien se casó, yendo a vivir con él en las grutas y cavernas submarinas pobladas por sirenas y rebosantes de perlas e iluminadas de todos colores.

La pequeña, delante de la estufa, se esmeró una y otra vez en la limpieza alrededor de la chimenea, y al hacerlo por tercera vez, el desarrollo de la historia la tenía tan encantada que olvidó que carecía del derecho de escuchar.

De repente, cayó estrepitosamente el atizador de las manos de la pequeña criada. Entonces Lavinia Herbert volvió la cabeza y advirtió:

—¡Esa sirvienta estaba escuchando!

La culpable tomó de prisa su escoba y se incorporó agitada, tomó el cesto y se escabulló del salón como un conejito asustado.

El incidente indignó a Sara.

—Sabía que estaba escuchando —observó irritada—. ¿Por qué no habría de hacerlo?

Lavinia sacudió su cabeza con un movimiento de elegante desprecio.

—Pues —protestó—, yo no sé si a tu mamá le agradaría oírte contar cuentos a las criadas, pero sí sé que la mía se opondría decididamente.

—¡Mi mamá!... —exclamó Sara para sí, a media voz—. No creo que me riñera por tal cosa; ella sabe que las historias son propiedad de todo el mundo.

—Yo creía —replicó Lavinia, mordaz— que tu mamá había muerto. ¿Cómo puede entonces saber nada?

—¿Tú crees que no sabe las cosas? —insinuó Sara con tono grave, como algunas veces solía hacerlo.

—La mamá de Sara lo sabe todo —declaró de repente la pequeña Lottie—, y mi mamá también; aquí en el colegio Sara es mi madre, pero mi otra mamá lo sabe todo... ¡todo! Allá en el cielo las calles están pavimentadas con chapas de plata reluciente y hay campos enteros llenos de lirios blancos, que todo el mundo puede coger. Me lo cuenta Sara cuando me lleva a dormir.

—Tú eres una mentirosa —reprobó Lavinia, volviéndose a Sara— inventando cuentos acerca del cielo.

—Pues en la Biblia hay muchas historias aún más maravillosas —advirtió Sara—. Puedes leerla y ya lo verás. ¿Cómo sabes tú que son cuentos? Pero te diré —concluyó

en un raptó de verdadero enojo—: tú en tu vida nunca lo sabrás si no enmiendas los malos modos que tienes. Ven conmigo, Lottie.

Luego Sara se alejó, mirando en derredor suyo para ver si se encontraba con la pequeña sirvienta. Mas no la vio en ninguna parte.

—¿Quién es esa chiquilla que enciende las chimeneas? —preguntó esa noche a Mariette, su doncella.

—¡Ah! Por cierto que no me extraña su pregunta, Sarita.

Resultó que era una pobrecilla poco menos que abandonada, que acababa de ser admitida como ayudante de cocina, aunque a decir verdad, sus tareas no se limitaban a eso. Debía limpiar las estufas y chimeneas, y llevar y traer los cestos de carbón, lustrar los zapatos, fregar pisos y ventanas y ejecutar las órdenes de todo el mundo. Tenía catorce años, pero su desnutrición le daba apariencia de tan sólo doce. La misma Mariette se compadecía de ella viéndola tan tímida, que al hablarle se asustaba hasta no poder articular palabra.

—¿Cómo se llama? —inquirió Sara, que, sentada a la mesa, el mentón en la mano, había escuchado la explicación de Mariette.

—Su nombre es Becky. Abajo se oye gritar a cada momento: «¡Becky, haz esto...! ¡Becky, haz aquello!».

Sara se quedó largo rato contemplando el fuego que ardía en su habitación. Pensaba en Becky como en la heroína maltratada de una historia, recordaba sus ojos de hambre y deseaba volver a verla.

Unas semanas después, en una tarde húmeda y nublada, al entrar Sara en su saloncito particular, se encontró frente a un cuadro patético. Vio a Becky acurrucada en su sillón preferido delante de la chimenea, con la nariz manchada de tizne y el cesto de carbón vacío muy cerca de ella. Dormía profundamente, se la veía fatigada; cansada, sin duda por el esfuerzo superior al que su desnutrido cuerpo podía soportar.

La habían mandado a arreglar los dormitorios para la noche. Los dos aposentos de Sara los había dejado para el final. No eran iguales a las demás habitaciones de las niñas, que por regla general estaban amueblados de modo muy sencillo. Las internas comunes debían conformarse con lo estrictamente necesario. Así, el saloncito confortable de Sara se le figuraba a Becky un palacio lleno de objetos curiosos cuyo origen desconocía. Se alegraba cuando entraba en esas habitaciones y siempre abrigaba la esperanza de poder sentarse por un par de minutos en aquel sillón tan blando, poder curiosear alrededor y pensar en la maravillosa buena suerte de la niña que era dueña de semejantes cosas.

Esa tarde, se sentó en el sillón, la sensación de alivio que experimentaron sus piernas doloridas había sido tan deliciosa que calmó y reconfortó todo su cuerpo. El cálido resplandor del fuego la había invadido como un encantamiento y, por fin, mirando y mirando los leños ardientes, una sonrisa fue insinuándose en su cara

tiznada; empezó a cabecear, se cerraron sus pesados párpados y se quedó dormida.

No habrían pasado más de diez minutos cuando entró Sara, pero aquel sueño era tan pesado como el de la Bella Durmiente. Mas, ¡ay, pobre Becky!, su desgarrada y agotada figura estaba lejos de parecerse a la Bella Durmiente.

—¡Oh! —se dijo Sara al verla—. ¡Pobre criatura!

No se incomodó al hallar su sillón preferido ocupado por aquella figurita sucia. Al contrario, se alegró de encontrarla allí, pues cuando se despertara, podría conversar con ella. Se deslizó a su lado con cautela y se quedó de pie, mirándola. No quería despertarla. Sabía que la señorita Minchin se enojaría mucho si la descubría, y temía por ella, pero la encontraba tan cansada que le daba pena.

—Desearía que se despertase sola —se dijo Sara—; pero está tan cansada... y duerme tan profundamente...

Un trozo de carbón encendido resolvió su dilema al desprenderse de otro más grande y caer sobre la rejilla chisporroteando. Becky abrió los ojos, sobresaltada, con una expresión de temor.

De un salto se incorporó y echó mano de su gorro. Lo sintió caído sobre una oreja y, azorada y temblando, trató de enderezarlo.

«¡Oh!, buen castigo le había de costar la imprudencia que acababa de cometer —pensaba—. Dormirse sin reparo ninguno en el sillón de aquella señorita. La echarían sin pagarle un penique». De su garganta brotó un hondo sollozo.

—¡Oh, señorita! —balbuceó—. ¡Le pido perdón!

—No temas —la tranquilizó, como si se dirigiera a una niña pequeña—. No fue tu culpa, estabas tan cansada... No tiene importancia.

Becky, acostumbrada a recibir reprimendas, no salía de su asombro por la forma tan amable en que Sara le hablaba.

—¿No está enojada conmigo, señorita? ¿No se lo va a contar a la señorita Minchin?

—¡No! —exclamó Sara—. ¡Claro que no! ¿Acabaste con tu trabajo? —preguntó enseguida—. ¿Te animas a quedarte conmigo un par de minutos?

El susto que se pintaba en el rostro de Becky, despertaba compasión.

—¿Con usted..., señorita...? ¿Yo? ¿Aquí?

Sara corrió a la puerta, la abrió y miró al pasillo, escuchando.

—No hay nadie —explicó—. Si terminaste de arreglar los dormitorios, creo que podrías estar aquí un ratito. Pensaba, que, quizá, te gustaría comer un pedazo de torta.

Los diez minutos siguientes, Becky los vivió en una especie de delirio. Sara abrió un armario y le dio un buen pedazo de torta, viendo con regocijo cómo la pobre niña hambrienta lo devoró con deleite. Mientras le hablaba, Sara hacía preguntas y se reía. Los temores de Becky se evaporaron y hasta llegó a hacer ella misma unas cuantas preguntas.

—Este vestido... —dijo Becky, mirando al que Sara tenía pues-to—, es uno de los más bonitos.

—Es uno de los que tengo para las lecciones de baile —respondió Sara—; a mí me gusta mucho... ¿y a ti?

Por unos minutos, Becky no acertó a dar una respuesta; luego declaró con un tono entre asombrado y respetuoso:

—Es como si estuviera viendo una princesa. Una vez vi una. Yo estaba entre la multitud, frente a Covent Garden, mirando a la gente que entraba para ver la ópera. Y todos comentaban la presencia de una niña que se decía ser princesa. Saltaba a la vista que era de verdad; era una señorita, vestida de rosa y adornada con flores. No pude menos que acordarme de ella en cuanto la vi a usted... tan preciosa, que se parece a ella.

—Muchas veces he soñado que me gustaría ser princesa... —respondió Sara— y me pregunto cómo me sentiría. Creo que empezaré a imaginarme que lo soy.

Becky la miró con admiración sincera, sorprendida y feliz.

—Becky —dijo—, ¿estabas tú escuchando esa historia que conté el otro día?

—Sí, señorita Sara —confesó la niña, un tanto alarmada otra vez—. Sé que no debí hacerlo, pero era tan linda que... que no podía dejarla...

—Pues a mí me encantó que escucharas —comentó Sara—. Cuando una está contando un cuento, nada es tan halagador como ver que todos prestan oído. ¿Te gustaría saber cómo termina?

—¿Yo, señorita? ¿Escuchar un cuento como si fuera una de las alumnas?

—Creo que ahora no tienes suficiente tiempo para quedarte.

Dime a qué hora arreglas las piezas y yo vendré aquí para narrarte un poco cada día hasta que termine.

—Entonces no me importará que los cajones de leña sean tan pesados y que la cocinera haya regañado todo el día. Sólo pensaré en el cuento.

La Becky que bajó a la cocina no era la misma que había salido vacilante, cargada bajo el peso del cesto de carbón. Tenía guardado en el bolsillo un pedazo de torta como reserva; había comido y ya no tenía frío; pero su bienestar no sólo se debía a las golosinas y el fuego, sino al trato cariñoso de Sara.

En tanto, Sara se había quedado en su habitación soñando con la fantasía de ser princesa, una princesa de verdad.

«Aunque no fuera más que una princesa inventada, podría hacer cosas por los demás, cosas como éstas por ejemplo...» pensaba Sara.

VI

LAS MINAS DE DIAMANTES

Poco tiempo después, sucedió algo que sacudió no sólo a Sara, sino a todo el colegio, convirtiéndose en el tema principal de conversación durante varios días. En una de sus cartas, el capitán Crewe contaba una historia increíble. Un amigo de infancia fue a visitarlo inesperadamente a la India. Dueño de una gran extensión de tierras donde se habían descubierto diamantes, se había lanzado a la explotación de las minas y lo invitaba a asociarse en la empresa.

Eso fue lo que Sara entendió de la carta. Si hubiera sido una operación comercial cualquiera, ni la niña ni sus amigas hubieran prestado mayor atención al asunto. Pero las minas de diamantes les recordaban a *Las mil y una noches* y no quedaron indiferentes.

Sara dibujaba laberintos en las profundidades de la tierra para Ermengarda y Lottie, con paredes cubiertas con piedras preciosas y unos extraños hombrecitos oscuros que cavaban con picos muy pesados.

Lottie y Ermengarda estaban encantadas; pero, Lavinia sentía envidia y no pudo menos que mofarse, y le comentó a su amiga Jessie que no creía en la existencia de tales minas de diamantes.

—A mí me parece que tú la odias —dijo Jessie.

—No, claro que no —retrucó Lavinia— pero no creo en tales minas llenas de diamantes. Mi mamá tiene un anillo con un diamante que costó cuarenta libras. Y ni siquiera es grande. Si hubiera minas llenas de diamantes, la riqueza de los dueños llegaría a una cifra ridículamente grande.

—Tal vez Sara llegue a ser ridículamente rica —se rió Jessie.

—Ya es bastante ridícula sin ser muy rica —replicó Lavinia.

—Yo creo que tú la odias —reiteró Jessie.

—No, de veras —insistió Lavinia—; pero no creo en que haya minas llenas de diamantes.

—Bien, pues la gente tiene que sacarlos de alguna parte —reflexionó Jessie—. ¿Tú qué crees?

—Yo no sé ni me interesa. Siempre están hablando de Sara y de sus minas... ya me aburren. Ahora juega a que es una princesa. Dice que así aprende mejor sus lecciones. Quiere que Ermengarda también lo sea, pero Ermengarda dice que ella es muy gorda para ser princesa.

—Sara dice que eso nada tiene que ver. Ni el aspecto ni el dinero. Uno puede ser lo que quiera ser.

—Supongo que cree que una mendiga puede ser princesa aunque esté muerta de hambre —dijo Lavinia— ¿por qué no empezamos a llamarla «Su Alteza Real»?

Las clases habían terminado y las alumnas gozaban de su tiempo libre frente al fuego, conversando e intercambiando secretos. La señorita Minchin y la señorita Amelia tomaban té en la salita. Justo cuando Lavinia se burlaba de Sara, ésta entró seguida por Lottie, como si fuera un perrito faldero.

—Ahí está Sara con esa pequeña insoportable. ¿Por qué no se la llevará a jugar en su pieza? Seguro que se va poner a llorar en cualquier momento —dijo Lavinia.

Sara se acomodó en un rincón a leer un libro sobre la Revolución Francesa, mientras Lottie jugaba con sus compañeras. De repente, la chica soltó un chillido. Había hecho bastante barullo y había molestado a las alumnas más grandes, como Jessie y Lavinia. En ese momento Lottie se hallaba tendida en el suelo con un rasguño en la rodilla.

—Basta ya, llorona —le reprendió Lavinia.

—Cállate —dijo Jessie—. Si te callas, te daré un penique.

—No quiero tu penique —sollozaba Lottie que al ver una gota de sangre en su rodilla, lloraba más fuerte.

Sara atravesó la sala de un salto, se arrodilló y tomó a la niña entre sus brazos.

—Vamos Lottie, me prometiste que te portarías bien.

—Ella me dijo que soy una llorona —gimió Lottie.

—Si sigues llorando, le darás la razón a Lavinia. Recuerda lo que me prometiste —le dijo Sara con firmeza.

Lottie lo recordaba, pero prefirió levantar el tono de la voz.

—Yo no tengo mamá —dijo desafiante.

—Sí la tienes. ¿Lo has olvidado? ¿Ya no quieres que yo sea tu mamá? Ven, siéntate conmigo y te contaré un cuento.

—Cuéntame acerca de las minas de diamantes —pidió la pequeña.

Pero Lavinia interrumpió:

—¿Las minas? ¡Qué malcriada! Me gustaría darte una palmada.

Sara se puso de pie de golpe:

—Yo soy la que quisiera pegarte, pero no lo voy a hacer. No somos chicas de la calle y tenemos edad suficiente para saber que eso no se hace.

Lavinia vio su oportunidad y le contestó:

—Por supuesto, Su Alteza Real, somos princesas, creo. Al menos una de nosotras lo es. ¡Qué distinguido se ha puesto nuestro internado, ahora que tiene una princesa entre sus alumnas!

Sara se abalanzó sobre Lavinia como para tirarle de las orejas. Jugar e interpretar distintos personajes era su máxima diversión, pero jamás hablaba de ello con las que no eran sus amigas. Esta fantasía de ser una princesa era algo muy íntimo y le habría

gustado que se mantuviera en secreto; Lavinia no sólo la descubrió, sino que se mofó de ella. Sara se sentía furiosa, pero si era la princesa que pretendía ser, debía comportarse como tal. Habló con voz pausada y todas las niñas la oyeron.

—Es verdad. A veces juego a que soy una princesa, pero lo hago para tratar de ser como una de ellas.

Lavinia no supo qué contestar. A menudo le sucedía que no se le ocurría una respuesta oportuna para contestar a los argumentos de Sara. Las demás compañeras tampoco apoyaron a Lavinia, porque les gustaba la idea de sentirse princesas.

—Bueno, al menos, espero que te acuerdes de nosotras cuando asciendas al trono.

—No lo haré —contestó Sara y miró fijamente a Lavinia hasta que ésta tomó del brazo a Jessie y las dos se retiraron del lugar.

En adelante, las niñas que le tenían envidia solían hablar entre ellas de la «princesa Sara» cuando querían expresar su desdén, y aquéllas que la apreciaban le daban el mismo nombre, aunque en tono afectuoso y se regocijaban por lo pintoresco y romántico del título. Cuando la señorita Minchin lo supo, contó el hecho a más de un pariente visitante de las alumnas, porque aquello sugería algo como de escuela de la realeza.

A Becky, por su parte, le pareció el título más apropiado del mundo. La relación que comenzó aquella tarde brumosa, cuando se quedó dormida en el sillón, había aumentado y madurado, aunque ni la señorita Minchin ni su hermana Amelia nada sabían de esa amistad. Sabían que Sara trataba con benevolencia a la auxiliar de cocina, pero no sabían de las visitas furtivas a su habitación. Por supuesto que no sabían que Becky, después de arreglar con rapidez prodigiosa los cuartos del piso superior, llegaba al salón de Sara y, con un suspiro de alivio, depositaba en el piso el cesto del carbón. En estas visitas no sólo se relataban cuentos, sino que siempre había algún regalito para Becky, que lo escondía presurosa entre sus ropas para deleitarse en cuanto se hallaba a solas en su cuarto del altillo.

—Debo tener cuidado, señorita, porque si dejo migas, las ratas vienen a comérselas —comentó Becky.

—¿Ratas? —preguntó Sara—. ¿Hay ratas?

—Muchísimas —respondió Becky con naturalidad—. Una se acostumbra al ruido... mientras no caminen por la almohada...

Sara estaba escandalizada, pero Becky continuó:

—Una se acostumbra a todo después de un tiempo, señorita, y yo prefiero las ratas a las cucarachas.

—Yo también —contestó Sara— supongo que es más fácil hacerse amiga de una rata que de una cucaracha.

A veces Becky no se atrevía a permanecer más que unos escasos minutos en el salón tibio e iluminado, y en ese caso apenas se cambiaban unas pocas palabras, pero

siempre Becky se llevaba algún apetitoso regalo. Sara había encontrado un nuevo entretenimiento para cuando salía a pasear: la búsqueda y el descubrimiento de cosas de poco tamaño para convidar a su amiga. Cuando salía en coche o daba un paseo a pie, solía escudriñar los escaparates de las tiendas con mirada escudriñadora. La primera vez que se le ocurrió llevar al colegio unos pequeños pasteles de carne, comprendió que fue todo un acierto. Al desenvolverlos, los ojos de Becky chispearon de alegría.

—¡Oh, señorita! —murmuró—. ¡Qué ricos estarán... y llenadores! El bizcochuelo es exquisito, pero se le deshace a una en la boca; no sé si me explico bien. En cambio, esto se queda en el estómago.

—No creo que sea muy bueno comer cosas pesadas... Pero, al menos, estarás satisfecha.

¡Vaya si lo estuvo! Con aquellos emparedados de carne, comprados en un restaurante, y los bollos y las salchichas... Becky fue saciando su apetito y, poco a poco, empezó a perder ese aspecto de desnutrida y a sentirse menos cansada; el cesto del carbón no parecía pesar tanto como antes.

Todo lo que hacía Sara le gustaba, a veces un cuento, unas palabras amables, una sonrisa... cosas que luego Becky recordaba en la soledad de su altillo. Sara la hacía reír, y le causaba tanta felicidad como los pasteles.

Algunas semanas antes del undécimo cumpleaños, Sara recibió una carta de su padre. No parecía escrita con el ánimo acostumbrado; decía que no se encontraba bien. Era evidente que andaba muy preocupado por el giro que tomaba la empresa de las minas de diamantes.

Tú sabes, Sarita —escribía—, que tu padre no es hombre de negocios en realidad y que las cifras y los documentos le abruman, y que como no los comprende, todo le parece enorme. Quizá si no fuera por esta fiebre, no me pasaría la mitad de la noche despierto dando vueltas sin dormir y la otra mitad atormentado por las pesadillas. Si mi «vieja amiguita» estuviera aquí, supongo que me daría un buen y solemne consejo. Lo harías, ¿verdad, pequeña?

A pesar de la carta que había escrito, el capitán había organizado festejos extraordinarios para el cumpleaños de su querida Sara. Entre otras cosas, había encargado una muñeca a París, cuyo guardarropa había de ser una espléndida maravilla, por cierto. Sara contestó la carta en un estilo solemne y singular, donde le preguntaba si la muñeca sería un regalo adecuado. Entre otras cosas escribió:

Estoy haciéndome mayor. Quiero decir, que nunca más en la vida habrá de

dárseme otra muñeca. Ésta será la última. La querré mucho, pero no ocupará el lugar de Emilia. Si pudiese escribir poesía, estoy segura de que escribiría un inspirado poema sobre La última muñeca.

Al recibir la carta de Sara en su bungalow en la India, el capitán Crewe no se hallaba bien de salud. Padecía un fuerte dolor de cabeza. Su mesa estaba atestada de papeles y cartas que le tenían alarmado y presa de ansiedad, pero se rió de buena gana como no lo hacía desde hacía mucho tiempo. Deseaba abandonar el negocio de diamantes que lo tenía atado y correr a Londres para abrazar a su hija.

—¡Oh! —se dijo—. ¡Por cierto que es más ocurrente cada año que pasa! Dios quiera que este asunto mío vuelva a encaminar-se bien; así podré ir a verla. ¡No sé lo que daría por sentir en este momento sus bracitos alrededor de mi cuello!

El cumpleaños de Sara se celebraría en el colegio con una gran fiesta. Se adornaría la sala de clases y se organizaría el festejo con sus compañeras. Habría un banquete y las cajas con los regalos serían abiertas con grandes ceremonias en la salita de la señorita Minchin. Cuando llegó el día, toda la escuela estaba presa de un gran entusiasmo. La mañana pasó volando entre agitadas discusiones sobre los preparativos. La sala estaba toda adornada con guirnaldas verdes; se habían quitado los pupitres y cubierto con fundas el resto de los muebles adosados a las paredes.

Aquella mañana cuando Sara entró en su saloncito particular, encontró en la mesa un pequeño paquete, envuelto en papel de color marrón. Enseguida supo que era un obsequio, y también adivinó de dónde procedía. Lo abrió con cuidado. Era una almohadilla de franela roja no del todo limpia, con una cantidad de alfileres negros pinchados en él de manera que formaban las palabras «Muchas felicidades».

De pronto, se dio cuenta que la puerta se abría con cuidado y que Becky se asomaba con nerviosismo. En su rostro había una expresión entre alegre y picarona. Sara corrió a abrazarla y no habría podido explicarle a nadie, ni aun a sí misma, por qué sentía aquel nudo en la garganta.

—¿Le gusta, señorita?

—Sí, me gusta mucho. Mi querida Becky, me encanta. ¡Te quiero tanto, Becky, tanto!

—¡Oh, señorita! —murmuró Becky emocionada—. ¡Gracias, señorita! ¡Qué buena es usted! Yo no lo merezco... La... franela... no era nueva.

Becky sabía que Sara se imaginaría que la tela era satén, y que los alfileres eran diamantes...

VII

LAS MINAS DE DIAMANTES OTRA VEZ

Cuando Sara entró aquella tarde en el salón adornado con flores, le pareció que estaba al frente de un gran evento. La señorita Minchin, con su traje de seda más lujoso, la conducía de la mano. La seguía un sirviente que acarreaba una enorme caja que contenía *la Última Muñeca*; una doncella llevaba una segunda caja y Becky cerraba la marcha, muy compuesta con un delantal limpio y un gorrito nuevo llevando una tercera caja. Sara habría preferido entrar como todos los días, pero la señorita Minchin la mandó a buscar y en una entrevista celebrada en su salón privado le había expresado sus deseos.

—Esto es un acontecimiento —dijo—, y quiero que sea considerado como tal.

Así, pues, Sara fue acompañada con toda solemnidad y tuvo que soportar la tirantez de la situación cuando, a su entrada, las muchachas mayores se codeaban y la observaban burlescamente, mientras las pequeñas se alborozaban en sus asientos.

—Silencio, señoritas —ordenó la señorita Minchin ante los murmullos que se habían suscitado—. Jaime, coloca la caja sobre la mesa y quítale la tapa. Emma, deja la tuya sobre una silla.

—¡Becky! —llamó de pronto con severidad.

Becky, con su emoción, se había olvidado de sí misma y le hacía muecas a Lottie. Tanto la sobresaltó la voz reprobatoria de la señorita Minchin, que casi dejó caer la caja, y su atemorizada reverencia al pedir disculpas fue tan torpe que Lavinia y Jessie empezaron a reírse.

—Tu lugar no es éste con las señoritas —dijo la señorita Minchin—. Olvidas tu condición. Deja esa caja.

Becky obedeció presurosa y retrocedió enseguida hacia la puerta.

—Señorita Minchin, —dijo Sara—. ¿Sería usted tan amable de permitir que Becky se quede con nosotras?

Este acto de valentía de la niña sobresaltó a la directora.

—Señorita Minchin, —agregó Sara— me gustaría que se quedara. Sé que le encantaría ver los regalos. Después de todo, es tan sólo una niña.

La señorita Minchin, escandalizada, miró a una y a otra.

—Mi querida Sara —dijo—, Becky es una ayudante de cocina.

Las ayudantes de cocina no son... no son niñas.

A decir verdad, nunca se le había ocurrido imaginarla en ese aspecto. Las ayudantes de cocina eran máquinas que cargaban cestos de carbón y encendían el fuego.

—Pero Becky sí lo es —dijo Sara—. Y sé que le gustaría mucho. Por favor, permita que se quede... porque es mi cumpleaños.

Con una dignidad exagerada, la señorita Minchin respondió:

—Como lo pides por ser tu cumpleaños, puede quedarse. Rebeca, dale las gracias a la señorita Sara por su gran bondad, pero quédate en tu rincón y no te acerques demasiado a las alumnas.

—¡Oh... muchas gracias, señorita! De veras que sentía muchas ganas de ver la muñeca, señorita Sara, y... muchas gracias a usted también, madame —prosiguió, volviéndose a la educadora, ante quien se inclinó con más miedo que reverencia—, por concederme este favor.

Llena de emoción, Becky retorció la punta del delantal, de pie en un rincón, cerca de la puerta. Estaba feliz; no le importaba que la trataran con desdén en tanto pudiera quedarse y ver el espectáculo dentro del salón. Sara, en cambio, se sentía un tanto incómoda, a pesar de que ésa era su fiesta. La directora se disponía a darle uno de sus sermones habituales y ella tenía que estar de pie frente a todas.

—Señoritas, como ustedes saben, nuestra querida Sara cumple hoy once años...

—«¡Querida Sara!» —comentó Lavinia por lo bajo.

—Varias de ustedes ya tienen once años, pero los cumpleaños de Sara son algo diferente. Cuando sea mayor, heredará una gran fortuna y deberá administrarla con dignidad.

—Las minas de diamantes... —se burló Jessie.

Sara no lo oyó, pero no fue necesario, de todos modos su incomodidad crecía a cada momento. Aunque sabía que no debía mostrarse irrespetuosa con la directora, no podía soportar oír hablar de dinero. Sin embargo, la directora continuó su discurso:

—Cuando su amado padre, el capitán Crewe, la trajo de la India y me la encomendó, me dijo en tono jocoso que la niña sería inmensamente rica. Yo le respondí que la educación que recibiría en nuestra escuela sería la más indicada para acompañar una gran fortuna. Sara se ha convertido en la alumna más aplicada; su francés y su danza son el orgullo de la escuela y sus distinguidos modales han llevado a ustedes a llamarla «princesa Sara». Nos ha demostrado su amistad ofreciendo esta fiesta estupenda, que espero que ustedes sabrán apreciar. Les pido que así se lo hagan saber, diciendo a una sola voz: «gracias Sara».

Todas la niñas se pusieron de pie, como aquella mañana en que la recibieron y que Sara recordaba muy bien. Ella con una modesta reverencia les agradeció que la acompañaran en su fiesta.

—Muy bien Sara. Eso es lo que debe hacer una princesa cuando recibe el saludo de su pueblo —dijo la señorita Minchin. Luego mirando a Lavinia, agregó—: Si deseas expresar tu envidia por tu compañera, al menos hazlo como una señorita. Ahora las dejo para que se diviertan.

En el mismo instante en que cerraba la puerta tras de sí, desapareció el temor que la presencia de la educadora siempre inspiraba a las niñas. Todas corrieron y se abalanzaron al lugar donde se exhibían los regalos.

Sara estaba inclinada sobre una caja con una expresión de agrado en sus facciones.

—Esto son libros —decía—; lo sé.

Las chicas se mostraron desencantadas al oírlo, mientras Ermengarda expresó su desilusión:

—¿Tu papá te envía libros como regalo de cumpleaños? ¡Oh, pero entonces es tan malo como el mío! No abras esa caja, Sara.

—A mí me gustan... y mucho —le advirtió Sara con una sonrisa, pero enseguida se volvió hacia la caja más grande. De allí extrajo *la Última Muñeca*, era tan magnífica, que todas la miraban con ojos embelesados.

—¡Oh... es casi tan grande como Lottie! —suspiró alguien.

Lottie aplaudió la ocurrencia y empezó a bailar y aplaudir alrededor de la mesa.

—Está vestida para ir al teatro —comentó Lavinia—. Miren su abrigo está ribeteado con armiño.

—¡Oh! —terció Ermengarda acercándose de nuevo—. ¡Tiene unos anteojos de teatro en la mano... en dorado y azul...!

—Y aquí tenemos el baúl correspondiente —añadió Sara—. Abrámoslo y veamos lo que contiene. Deben ser las prendas de su ajuar.

Se sentó en el suelo y dio la vuelta a la llave. Las niñas se empujaron para sentarse alrededor del baúl, que era el guardarropa de *la Última Muñeca*. Revisaron una tras otra, todas las espléndidas prendas de la muñeca. Hasta Jessie y Lavinia olvidaron que eran demasiado mayores para jugar con muñecas y se deleitaban mirando aquellas maravillas. Jamás la severidad del aula conoció semejante alboroto.

—Supongamos —dijo Sara mientras acomodaba a su nueva muñeca y le ponía un sombrero de terciopelo— que ella comprende nuestra conversación y se siente orgullosa de que la admiremos.

—Siempre está suponiendo cosas —protestó Lavinia con aire de superioridad.

—Sí, ya lo sé —contestó Sara imperturbable—. Me gusta imaginarme cosas. No hay nada más lindo. Es como ser un hada, porque si te imaginas algo y llegas a creer en ello, hasta podría llegar a ser real...

—Es lindo imaginar cosas cuando lo tienes todo —replicó Lavinia—. Si fueras una mendiga y vivieras en un altillo, ¿podrías imaginar lo contrario?

Sara guardó silencio por un momento, mientras acomodaba las plumas de avestruz del sombrero de su *última muñeca*.

—Supongo que sí, —replicó luego. Si fuera una mendiga tendría que imaginar todo el tiempo que soy otra cosa; no sería fácil.

A través del tiempo, Sara recordaría a menudo cuan oportuno había sido este comentario.

En ese momento, la señorita Amelia entró en el salón interrumpiendo la escena.

—Sara —dijo—, el abogado de tu papá, mister Barrow, vino a ver a la señorita Minchin, y como tienen que hablar a solas, y la merienda está servida en tu salita, mejor será que vayan todas allí de manera que mi hermana pueda celebrar aquí su entrevista.

La señorita Amelia organizó la marcha más o menos en orden, y encabezándola con Sara, hizo salir a las niñas, dejando a *la última muñeca* sentada en una silla con sus maravillosas prendas de vestir esparcidas desordenadamente: vestiditos y abrigos colgados del respaldo de las sillas y pilas de ropa interior adornadas de encajes, descansando sobre los asientos.

Becky, que no estaba invitada a compartir la merienda, se quedó rezagada contemplando tanta belleza.

—Vuelve a tu trabajo, Becky —dijo la señorita Amelia; pero, al detenerse la niña para recoger primero un manguito y luego una chaqueta, oyó a la señorita Minchin en el umbral y, espantada, se metió debajo de la mesa, cubierta por un enorme mantel.

La señorita Minchin entró en el salón acompañada por un caballero de aspecto adusto que daba muestras de cierta incomodidad. La directora no dejaba a su vez de sentirse más bien confusa, hay que admitirlo, y miraba al visitante con una expresión entre inquisitiva e irritada. Se sentó rígida, señalándole una silla.

—Le suplico que tome asiento, señor Barrow —dijo.

El señor Barrow no se sentó de inmediato. *La última muñeca* y sus galas dispersas habían atraído su atención. Se puso los anteojos y miró aquel desorden con irritada desaprobación.

—¡Semejantes regalos de cumpleaños —dijo con aire de crítica— a una niña de once años! ¡Qué loca extravagancia! Aquí se han gastado una cien libras —dijo con gesto de desaprobación.

La señorita Minchin se puso más rígida aún en la silla. Se había sentido agraviada ante lo que consideró un insulto a su mejor cliente.

—El capitán Crewe es un hombre adinerado —protestó—. Sólo con las minas de diamantes...

El señor Barrow dio media vuelta y se enfrentó con ella, mirándola con asombro.

—¡Minas de diamantes...! —estalló—. ¡No existen tales minas ni nunca existieron!

La señorita Minchin se puso de pie de un salto y pidió una explicación.

—¡Qué! —dijo—. ¿Qué quiere decir usted? ¿Qué las minas de diamantes no existen?

—De todos modos, —contestó mister Barrow sin cambiar su tono áspero—,

¡mejor hubiera sido que nunca hubiesen existido!

—¿Las minas de diamantes? —repitió la señorita Minchin, sintiendo que se esfumaba su sueño de grandezas.

—Las minas de diamantes a menudo atraen la ruina más que la riqueza —dijo Barrow—. Cuando un hombre, no es experto en negocios, más le valdría huir de las minas de diamantes o de oro, o de cualquier otra mina en que un querido amigo quiere que invierta su dinero. El difunto capitán Crewe...

—¿El difunto capitán Crewe...? —preguntó la directora, levantándose de su asiento y apenas con un hilo de voz—. ¡Difunto! No vaya usted a decirme que el capitán Crewe...

—Ha muerto, mi estimada señora, —interrumpió el abogado con brusquedad—. La fiebre de la jungla no lo hubiera complicado tanto si no hubiera estado tan debilitado por los problemas que le abrumaban. Y éstos quizá no le habrían ocasionado la muerte si la fiebre no hubiese contribuido a ello. Pues sí señora, ¡el capitán Crewe ha muerto!

La señorita Minchin cayó sentada en la silla, no podía dar crédito a sus oídos. Aquellas palabras la alarmaron.

—¿De qué problemas me está usted hablando?

—De las minas de diamantes, de los amigos de infancia... de la ruina... —respondió mister Barrow.

La señorita Minchin quedó sin aliento.

—¡La ruina! —exclamó.

—Ni más ni menos: perdió toda su fortuna y murió presa de la locura. Había invertido toda su fortuna. El amigo estaba obsesionado con el asunto de las minas de diamantes, y puso en él todo su dinero y el del capitán Crewe. Luego el amigo huyó, y el capitán Crewe sufría de paludismo cuando recibió la noticia. Ambas cosas fueron demasiado para él. Murió delirando, desesperado por su hijita, y sin dejar un centavo.

Entonces la señorita Minchin comprendió todo, en verdad, jamás en su vida había recibido semejante golpe. Su discípula modelo, su mejor fuente de ingresos, se habían esfumado. Se sentía como estafada y ultrajada, y como si Sara, el capitán Crewe y el señor Barrow fuesen por igual culpables de su desgracia.

—¿Quiere usted decirme —exclamó— que no dejó nada? ¿Que Sara ha perdido toda la fortuna? ¿Y que esa criatura está en la miseria, y que ha quedado a mi cargo una indigente, en lugar de una rica heredera?

El señor Barrow era un hábil hombre de negocios, y se desvinculó de toda responsabilidad del caso.

—Sin ninguna duda, la niña ha quedado en la pobreza —replicó—, y muy cierto es que ha quedado en sus manos, señora, porque, que yo sepa, no tiene un solo pariente en el mundo.

La señorita Minchin se levantó nuevamente de su silla, como si fuese a abrir la puerta y precipitarse fuera del cuarto, a suspender la fiesta que proseguía alegre y ruidosa.

—¡Es monstruoso! —dijo—. En este momento ella está en mi propio salón vestida de seda y enaguas de encaje, dando una fiesta a mis expensas.

—En efecto: a sus expensas, señora, como usted dice —afirmó Barrow calmadamente—. Nuestra firma Barrow y Skipworth no tiene responsabilidad alguna en el tema. Nunca antes he oído que alguien se arruinase por completo como ese hombre. El capitán Crewe murió sin pagar siquiera nuestra última cuenta y que, por cierto, era crecida.

La señorita Minchin se volvió desde la puerta, en el paroxismo de la indignación. Esto era peor de lo que nadie podría haberse imaginado.

—¡Que esto me haya pasado a mí!... —se lamentó—. Estaba tan segura de su pago, que he incurrido en toda suerte de gastos ridículos para esta niña. He pagado las cuentas de esa muñeca y de su absurdo y fantástico ajuar, porque había que proporcionarle todo lo que se le antojara. Tiene a su disposición una doncella, un coche y un caballo, y yo he tenido que pagarlos desde que llegó el último cheque.

Una vez que puso en claro la posición de su firma y la escueta versión de los hechos, era evidente que el señor Barrow no tenía la intención de seguir escuchando el relato de las desventuras económicas de la señorita Minchin. De modo que se puso de pie para retirarse.

—El capitán ha muerto y la niña no tiene ni un centavo. Nos hemos desvinculado del asunto. Lo lamento muchísimo —repitió el letrado y se dirigió a la puerta—. Suspenda usted todos los pagos, señora —aconsejó—, a no ser que desee obsequiarla más todavía, cosa que nadie habrá de agradecerle.

—Pero entonces, ¿qué debo hacer? —preguntó la señorita Minchin.

—Usted no puede hacer nada, señora —respondió Barrow al quitarse los anteojos y guardarlos en su bolsillo—. El capitán Crewe ha muerto. Su hija está en la miseria. La única persona responsable de ella es usted.

—¡Yo no soy responsable de ella... no asumo responsabilidad alguna en esta cuestión! —vociferó la educadora, pálida de cólera.

El señor Barrow se dispuso a retirarse.

—Eso no me atañe, señora —replicó, encogiéndose de hombros.

—Si usted se imagina que la niña quedará sin más, a cargo mío, está totalmente equivocado. He sido estafada y la echaré a la calle cuanto antes —gritó furiosa a directora.

Había perdido el control; sentía el peso de tener que cargar con una niña acostumbrada a grandes extravagancias y por quien no sentía ningún aprecio.

El señor Barrow se movió impasible en dirección a la puerta.

—En su lugar, yo no lo haría, señora —observó—; no sería bien visto. Sería una historia muy desagradable para el colegio la de la niña interna, echada a la calle porque su padre ha muerto sin dejarle un céntimo ni a dónde ir.

El señor Barrow sabía bien lo que decía, y a quién se lo decía. Por su parte, la señorita Minchin era lo suficientemente calculadora como para darse cuenta de que esa actitud le costaría la fama a su pensionado.

Y sin dejar que la señorita Minchin replicara, añadió:

—Será mejor que la retenga y saque provecho de ella. Creo que es una niña inteligente. Podrá sacarle buen partido a medida que crezca.

—Eso es exactamente lo que haré, no esperaré mucho tiempo —contestó la directora.

—Estoy seguro de ello, señora —dijo Barrow con una sonrisa siniestra—. Que tenga usted buenos días.

Con una reverencia, el letrado salió cerrando la puerta. La señorita Minchin se quedó desconcertada un instante. Luego reflexionó acerca de todo lo que le había dicho el abogado. La situación no tenía remedio. Su interna modelo se evaporó para dejar paso a una niña pobre y desamparada. Y el dinero que invirtió por adelantado de su propio bolsillo, lo había perdido y sin esperanza de recuperarlo. Sólo salió de su estupor al oír el alegre barullo de las niñas que continuaban con los festejos. En ese momento entró su hermana, que, al ver su rostro desencajado se alarmó y preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

Sin poder contener su furia, la directora le comunicó fríamente la noticia y le mandó que fuera a avisar a Sara y le ordenara vestirse de luto inmediatamente.

La señorita Amelia que tampoco estaba preparada para semejante noticia, se dejó caer en la silla más cercana.

—¿Yo?... —se lamentó la señorita Amelia—. ¿Tengo que ir y decírselo ahora?...

—¡Ahora mismo! —fue la implacable respuesta—. Debes poner punto final a esa fiesta y decirle que se quite ese ridículo vestido de gasa rosada; esos lujos ya no le corresponden. Debe ponerse ropa negra. El capitán Crewe ha fallecido y no ha dejado ni un centavo. Ahora Sara es sólo una niña consentida, en estado de total abandono.

La pobre señorita Amelia sabía que no tenía alternativa; estaba acostumbrada a que la mandaran a hacer toda clase de cosas desagradables. Era una misión muy embarazosa la de entrar en un salón lleno de niñas que se divertían y anunciar a la agasajada, que de pronto se había convertido en una pobre mendiga y que debía vestirse inmediatamente con un traje negro que le quedaba demasiado estrecho. Pero alguien tenía que hacerlo. No era ése el momento apropiado para hacer preguntas. La señorita Minchin se quedó sumida en sus desgraciados pensamientos. Hacía cálculos, no ya de lo que había perdido, sino de lo que había dejado de ganar. Había especulado tanto con los títulos de las minas de diamantes que se cotizaban en la

Bolsa y que tantas ganancias dejaban a sus dueños...

—¡Conque la princesa Sara!... —dijo—. ¡La han malcriado como si fuese una reina!

Caminaba indignada por la pieza... y al rozar una esquina de la mesa la sobresaltó el ruido de un fuerte sollozo que salía de debajo del tapete.

—¿Qué es eso? —se preguntó irritada.

El sollozo se escuchó otra vez, e inclinándose curiosa, levantó el borde del mantel y vio a Becky, acurrucada, llorando desesperadamente. Esto la irritó aún más.

—¿Cómo te atreves? —gritó—. ¡Cómo te atreves! ¡Sal inmediatamente!

—¡Por favor, se... ñorita, perdóneme! Sabía que no debería haberlo hecho... Pero estaba mirando a la muñeca, señorita, y me asusté cuando usted entró... y me escondí debajo de la mesa.

—¿Conque has estado escuchando todo el tiempo? —dijo la señorita Minchin.

—No, señorita —protestó Becky, rompiendo a llorar—. No quería escuchar... yo creí que podría escaparme sin que usted lo advirtiera, pero no pude y tuve que quedarme. Pero no me puse a escuchar, señorita; por nada del mundo... Es que no pude dejar de oír...

Calló unos instantes y de pronto, estalló en renovado llanto.

—¡Oh, perdón, señorita! —balbuceó—. Yo sé que usted me va a echar.

—¡Sal de aquí! —ordenó la señorita Minchin.

Becky se volvió a hacerle una reverencia mientras las lágrimas se deslizaban libremente por sus mejillas:

—Sí, señora, voy —dijo temblando—; pero ¡oh, sólo quería decirle una cosa... la señorita Sara... ha sido tan rica, y siempre ha tenido una criada que la atiende...! ¿Qué hará ahora, sin nadie que la sirva? Sí... sí, ¡oh, por favor! ¡Si usted me dejase atenderla después de terminar de fregar en la cocina! Concluiría antes, si usted me dejara servirla ahora que es pobre... —Y con un nuevo estallido de llanto—: ¡Pobre señorita Sara! ¡Le llamábamos la princesa!

El gimoteo sólo sirvió para que aumentara la cólera de la señorita Minchin. ¡Que la propia sirvientita de la cocina se pusiera de parte de aquella niña...! Ahora comprendía en toda su extensión cuánto la había aborrecido siempre; era demasiado. Esta escena colmó a la directora. Golpeó el suelo con el pie y dijo:

—¡No! ¡Cierto que no! Ella se atenderá a sí misma, y también a los demás. Sal de esta habitación inmediatamente o te echo a la calle.

Becky se puso el delantal sobre la cabeza y huyó a la carrera a refugiarse en el fregadero, donde se sentó entre las ollas y cacerolas, llorando como si se le hubiera partido el corazón.

—Es tal como sucede en los cuentos —sollozaba—. ¡Ahora es una pobre princesa arruinada!

La señorita Minchin llamó a Sara a su presencia advirtiéndole que no quería llantos ni escenas desagradables. Con gran disgusto y con la cara muy rígida, le comunicó, sin delicadeza alguna, las malas noticias que había traído el señor Barrow. Nunca Sara había visto a la señorita Minchin con una expresión tan dura en su rostro.

Ya no quedaba señal alguna de la fiesta. Las guirnaldas se habían quitado de las paredes de la sala y los pupitres y demás muebles habían vuelto a su sitio. El salón de la señorita Minchin tenía el aspecto de siempre.

Más tarde, Amelia refirió a su hermana la reacción de Sara al enterarse de su desgracia:

—Es la criatura más extraña que he visto jamás, pues ni una queja salió de sus labios. ¿Recuerdas que cuando el capitán Crewe regresó a la India también se condujo muy serena? Le dije lo que ha sucedido, y se quedó terriblemente quieta, mirándome sin proferir un sonido. Parecía que los ojos se le agrandaban por momentos, de tan pálida que estaba. Al terminar de darle la noticia, permaneció perpleja mirándome unos segundos, luego empezó a temblarle la barbilla; dio media vuelta y salió a la carrera escaleras arriba, a refugiarse en su habitación. Algunas de las otras niñas se echaron a llorar, pero Sara parecía no oírlos, sólo tenía su atención puesta en mí. ¡Es tan extraño no recibir respuesta alguna!... ¡Si al menos hubiera dicho algo!...

Nadie supo jamás lo que sucedió en su habitación después que se encerró en ella. Había ido de un lado a otro, diciéndose y repitiéndose para sí con voz que no parecía suya:

—¡Papá ha muerto! ¡Papá ha muerto!

De pronto se detuvo delante de Emilia, que estaba sentada en su sillita observándola, y le gritó con desesperación:

—¡Emilia! ¿Me oyes? ¡Papá ha muerto! ¡Ha muerto en la India, a miles de millas de aquí!

Cuando se presentó en el salón de la señorita Minchin tenía el rostro palidísimo y los ojos rodeados de dos grandes ojeras negras; apretaba los labios para reprimir su temblor. Distaba mucho de ser aquella niña rozagante que bailaba como una mariposa mientras abría uno a uno los regalos de cumpleaños.

Sin ayuda de Mariette, la doncella, se había puesto un vestido negro, demasiado corto y estrecho, le hacía aparecer largas y delgadas las piernas. Al no encontrar un trozo de cinta negra, su espesa y negra cabellera le caía suelta rodeando la cara, contrastando con su extrema palidez. Tenía a Emilia apretada fuertemente en un brazo, envuelta también en un trozo de tela negra.

—Suelta esa muñeca —dijo la señorita Minchin cuando la vio—. ¿Qué te propones trayéndola aquí?

—No —respondió Sara—. No la soltaré. Es todo lo que tengo; me la regaló mi

papá.

La señorita Minchin siempre se encontraba molesta en presencia de esa, para ella, incomprensible criatura, y así estaba ahora, más molesta que nunca. La niña hablaba no con aspereza, sino con una firmeza en el tono de la voz, que hacía que la educadora se sintiera incapaz de manejar la situación; quizá debido al hecho de que sabía que ella procedía en forma indigna e inhumana.

—En lo sucesivo, no tendrás tiempo para muñecas —anunció—. Deberás trabajar, perfeccionarte y hacerte útil para la casa.

Con los grandes y expresivos ojos clavados en la directora, Sara no contestó una palabra.

—De aquí en adelante todo será distinto —prosiguió la señorita Minchin—. Creo que Amelia ya te lo explicó...

—Sí. Que papá ha muerto, que no ha dejado dinero, que no tengo familia ni hogar y que soy pobre, completamente.

—Eso es. Desposeída de todo. —Al decirlo, la señorita Minchin sintió que la ira volvía a apoderarse de ella, acordándose de lo que eso significaba con respecto a sus propios negocios—. No tienes hogar ni parientes, y nadie que se haga cargo de ti.

Por un instante, una mueca de desfallecimiento alteró las facciones de la niña, pero enseguida se repuso y, abrumada por la terrible opresión que sentía, continuó mirando fijamente a la directora.

—¿Por qué me miras así...? —le amonestó la señorita Minchin con voz áspera—. ¿Eres tan estúpida, que no comprendes? Te repito que te hallas sola en el mundo, y que nadie va a hacer nada por ti, a no ser que yo decida sacrificarme para mantenerte.

—Comprendo —respondió Sara con voz baja, al tiempo que hacía un movimiento como si tragara—. Comprendo.

Si la niña se hubiera lamentado, o sollozado, o al menos hubiera mostrado temor, quizá la señorita Minchin hubiese sido más tolerante con ella. Pero era una mujer dominante, que gustaba hacer sentir su poder, y al observar la carita serena y oír la voz resuelta de Sara, tomaba esto como un menoscabo de su persona.

—¡Déjate de orgullos, que ello pasó a la historia! Ya no eres ninguna princesa. Tu coche y caballo te serán retirados y se despedirá a tu criada. En cuanto a tu ropa, te vestirás con lo más viejo y sencillo que tengas..., esos vestidos extravagantes no sientan a tu posición actual. Estás en las mismas condiciones de Becky y tendrás que trabajar para vivir.

Con gran sorpresa por su parte, la educadora notó una expresión de alivio en los ojos de la huérfana.

—¿Puedo trabajar? —preguntó Sara—. Si puedo, no será tan difícil sobrellevar mi desgracia. ¿En qué podré trabajar?

—Harás cualquier cosa que te ordenen —fue la respuesta—. No careces de

inteligencia, y aprenderás pronto. En caso de hacerte útil, quizá te dejaré aquí. Hablas el francés bastante bien, y puedes ayudar a las más pequeñas.

—¡Oh!, pero... ¿Puedo? —dijo Sara—. ¡Cuánto me alegro! Sé que puedo enseñarles, y las quiero tanto como ellas a mí.

—No digas tonterías —refunfuñó la señorita Minchin—. Tendrás mucho más que hacer aparte de enseñar a las pequeñas. Harás los encargos y ayudarás en la cocina en las horas de clase. Si no te desenvuelves a mi satisfacción, te despediré de inmediato. ¡Recuérdalo!. Puedes retirarte.

Sara titubeó unos instantes pensando en lo que le estaba aconteciendo, pero luego dio media vuelta para marcharse.

—¡Deténgase! —vociferó la directora—. ¿No piensa agradecerme?

Sara se detuvo y, de acuerdo con lo que había estado pensando, preguntó:

—¿Qué debo agradecer?

—Mi generosidad —contestó la directora—. Mi generosidad al darte un hogar.

Sara la miró asombrada. Le pareció que el pecho le iba a estallar. Luego habló con un extraño tono adulto:

—Eso no es generosidad, y esto no es un hogar.

Sin esperar la reacción de la señorita Minchin, salió de la sala, subió lentamente las escaleras, bastante agitada aún. Llevaba a Emilia apretada fuertemente contra su pecho.

—¡Si ella pudiese hablarme! —sollozó—. ¡Si al menos pudiese hablar!

Se proponía dirigirse a su habitación y echarse sobre la piel de tigre que su padre le había regalado; mirar el fuego, con la mejilla apoyada sobre la gruesa cabezota de la fiera, y pensar y pensar... Pero en el momento en que alcanzaba el descansillo, la señorita Amelia salía de su habitación; cerró la puerta tras de sí y se plantó delante, nerviosa y azorada. La verdad era que en el fondo se sentía avergonzada por lo que se le había ordenado hacer.

—No... no puedes entrar aquí —dijo.

—¿No puedo? —exclamó Sara, y retrocedió un paso.

—Ésta ya no es tu habitación —anunció la señorita Amelia, enrojeciendo un poco.

De pronto Sara comprendió que éste era el comienzo del cambio de que la señorita Minchin le hablara. Y temiendo que el temblor de su voz trasluciese su dolor, preguntó:

—¿Dónde está mi cuarto?

—Dormirás en la buhardilla, al lado de la de Becky.

Sara sabía dónde estaba; Becky se lo había dicho. Dando media vuelta, siguió subiendo dos pisos más. El último descansillo era estrecho y estaba cubierto por viejos retazos de alfombra. Sentía que dejaba atrás un mundo que ya no le pertenecía.

Una vez que llegó a la puerta del desván, la abrió y el corazón le dio un vuelco doloroso. Cerró la puerta, y se apoyó contra ella, mirando a su alrededor.

Ahora se hallaba en otro mundo. El techo inclinado del cuarto estaba simplemente encalado, y el revoque, mohoso, se había caído en pedazos. Había un fogón herrumbroso, un viejo colchón y un camastro cubierto con una colcha desteñida. Habían sido amontonados allí varios muebles demasiado estropeados para continuar en uso. Bajo el tragaluz del techo, que no dejaba ver sino un rectángulo de cielo gris, había un viejo taburete rojo. Sara fue hacia él y se sentó. Rara vez lloraba, y tampoco en esta ocasión lo hizo. Sentó a Emilia sobre sus rodillas, y apoyando la cara sobre ella, la rodeó con sus brazos y se quedó muy quieta, acurrucada con la cabecita oscura descansando sobre el paño negro, sin decir palabra ni proferir el menor ruido.

De pronto, oyó un golpecito leve en la puerta, tan discreto y humilde que al principio no se dio cuenta; y sin más ruido, se asomó una carita afligida y desfigurada por el llanto. Era la de Becky.

—¡Oh, señorita! —dijo sin aliento—. Puedo... ¿me permite que entre?

Sara levantó la cabeza para mirarla, intentando en vano sonreír. La tierna simpatía de los ojos llorosos de Becky tuvo la virtud de suavizarle aquel aire de persona adulta. Sara le tendió la mano con un leve sollozo.

—¡Oh, Becky! —dijo—. Yo te había dicho que éramos iguales... dos niñas y nada más. Ya ves cuán cierto es. Ahora no hay ninguna diferencia; ya no soy una princesa.

Becky se precipitó hacia ella, le tomó la mano, y la apretó contra sí, arrodillada y sollozando de dolor y ternura.

—Sí, señorita, es lo mismo —exclamó con voz entrecortada—. No importa lo que le pase, usted siempre será una princesa; nada en el mundo podrá cambiarla.

VIII

EN LA BUHARDILLA

Sara nunca olvidó la primera noche que pasó en el altillo. Vivió una angustia indecible, de la que nunca habló con nadie, pues nadie la habría comprendido. Yacía despierta en la oscuridad y a cada rato se veía arrancada de sus penosas reflexiones por la novedad del lugar y lo incómodo de su camastro. De no haber sido así, las angustias de aquella noche le hubiesen resultado demasiado fuertes para soportarlas. En el transcurso de toda la noche sus pensamientos la distrajerón y sólo se repetía sin cesar:

—¡Mi papá ha muerto... mi papá ha muerto!

Su cama era tan dura que pasó las horas buscando una posición menos incómoda para poder descansar, la oscuridad era la más intensa que jamás conociera y el viento aullaba furioso entre las chimeneas de los tejados. Había más aún, algo mucho peor. A menudo escuchaba chillidos detrás de los paneles deshechos, acompañados de un ligero alboroto de riñas y el arañar huidizo de patitas debajo de los zócalos. Sabía lo que era, porque Becky se lo había contado. Ratas y ratones que jugaban o reñían entre sí. Una o dos veces, aun oyó los ruidos de los pequeños roedores que se escurrían por el piso del cuarto. En los días que siguieron, cuando empezó a meditar sobre todo lo pasado, recordó que la primera vez que lo oyera se incorporó en la cama, sobresaltada, y se sentó temblorosa, y luego, al acostarse, se cubrió la cabeza con las ropas de la cama.

—Tiene que acostumbrarse desde el principio —dijo la señorita Minchin a su hermana—. Hay que enseñarle desde el primer momento lo que le corresponde.

Cuando bajó a desayunar, vio que su asiento al lado de la señorita Minchin estaba ocupado por Lavinia. La señorita Minchin le habló con frialdad:

—Comenzarás tus nuevas obligaciones, Sara, tomando asiento entre las niñas pequeñas en la mesa baja; tendrás que procurar que estén quietas, y vigilarlas para que se porten bien y no derramen la comida. Deberías haber bajado más temprano; Lottie ya ha volcado su té.

Éste fue sólo el comienzo, y día tras día le fueron agregando nuevas obligaciones. Enseñaba francés a las más pequeñas, y les repasaba las demás lecciones; éstas eran las más sencillas de sus tareas. Se descubrió que podría utilizársela en los más variados menesteres. A cualquier hora, y por mal tiempo que hiciese, se la enviaba a hacer encargos, o se le mandaba que hiciera lo que otros no cumplían. La cocinera y las doncellas copiaban el tono áspero y altanero de la señorita Minchin, y gozaban tiranizando a «la nueva» sobre la que tanto alboroto se había hecho.

No eran criados de los mejores, ni tenían buen carácter ni buenos modales; frecuentemente descargaban en Sara las culpas de sus errores o desaciertos. Fue muy duro.

Durante el primero y segundo mes, Sara pensó que su voluntad de hacer bien las cosas, y la silenciosa aceptación de los reproches, podrían suavizar la mano dura con que era tratada. Su orgulloso corazoncito quería hacerles comprender que ella no aceptaba una caridad sino que se ganaba la vida. Pero llegó el momento en que se le hizo evidente la imposibilidad de ablandar sus actitudes; cuanto más empeño ponía en contentarlas, más tiranas y desconsideradas se volvían las criadas, más gruñona la cocinera y más trabajos la obligaban a hacer.

Si ella fuese mayor, la señorita Minchin le habría encargado también de las lecciones de las niñas mayores, ahorrándose un sueldo. Pero mientras su aspecto fuese el de una chicuela, la convertía en una muchacha para todo trabajo, muy inteligente y responsable. Podía hacerse más útil desempeñando las tareas de una criada principal, para recados y todo servicio. Un mandadero común no habría sido tan eficaz ni tan digno de confianza. A Sara se le podían confiar misiones difíciles y mensajes complicados, y aun enviársela a pagar cuentas, combinando esto con su habilidad para ordenar una habitación y quitar el polvo.

Sus propias lecciones pronto fueron cosa del pasado. No recibía instrucción alguna y sólo después de un largo y penoso día de caminar de una parte a otra, cumpliendo órdenes de todo el mundo, se le permitía, a regañadientes, instalarse en el aula desierta, con una pila de libros viejos a estudiar a solas por la noche.

—Si no repaso las cosas que he aprendido, quizá llegue a olvidarlas —se decía—. Entre las sirvientas, ocupó el puesto inferior, y si me olvido de lo que sé, me pareceré a la pobre Becky.

Uno de los aspectos más curiosos de su nueva existencia era el cambio que sufrió su relación con las otras colegialas. En lugar del puesto privilegiado de antes, ahora ya no era una del grupo. Tan constantemente se la mantenía atareada, que apenas tenía ocasión de ver o hablar con alguna de ellas. Además, sabía que la señorita Minchin prefería que se mantuviese apartada de las otras niñas.

—No quiero que conserves tus antiguas amistades, y que hables con las niñas —le había dicho la directora—. Las chiquillas gustan de tejer historias románticas, y si empiezas a forjarte aureola de heroína maltratada, las familias de mis alumnas recibirán una mala impresión. Es mejor que vivas alejada, como conviene a tu condición. Te estoy brindando un hogar, y esto es más de lo que tú tienes derecho a esperar de mí.

Sara era demasiado orgullosa como para tratar de mantener sus antiguas amistades. Por su lado, las niñas se sentían un tanto incómodas con respecto a ella. Pertenecían a un grupo de gente más bien práctica y desapasionada, acostumbrada a

ser rica y a vivir con lujo. En tanto las faldas de Sara fuesen cada vez más cortas y más viejas, y sus zapatos estuvieran llenos de agujeros, la tratarían como correspondía a una sirvienta.

—Pensar que era la niña de las minas de diamantes —comentaba Lavinia—. Está cada vez más rara. Nunca la quise demasiado, pero no puedo tolerar la forma de mirarnos que ha tomado, como si quisiera penetrarnos con los ojos.

Eso es lo que hacía Sara: trataba de descubrir el fondo de las personas para no sufrir desilusiones o desaires. No era traviesa por naturaleza, nunca hacía escenas ni tenía conflictos con nadie. Trabajaba sin descanso, correteaba por las calles bajo la lluvia, cargada de cestos y paquetes; se fatigaba con la distracción de las pequeñuelas que aprendían francés. Como su aspecto desmejoraba cada día, se le ordenó que no compartiera más las comidas de la niñas. Ahora comía con la servidumbre; así se le había ordenado, y se la trataba como si a nadie le importase su personita. Su corazón padecía lo indecible, pero nunca se quejó a nadie de su dolor.

—Los soldados no se quejan —se decía con los labios apretados—. Yo no he de hacer tal cosa; me imaginaré que estoy librando una guerra.

Había horas, sin embargo, en que su corazón infantil habría llegado a quebrantarse en la soledad, a no haber sido por tres personitas: Becky, Ermengarda y Lottie.

La primera, hay que reconocerlo, era Becky; precisamente Becky. Durante aquella primera noche pasada en la buhardilla, había tenido un relativo consuelo al saber que del otro lado de aquella pared, donde se deslizaban los ratones, había una niña como ella. Y esa sensación de cierta seguridad aumentó al correr el tiempo. Ambas trabajaban mucho y no tenían ocasiones para conversar, porque cada una debía cumplir con su tarea, y cualquier tentativa de charlar, aunque sólo fuera un momento, daría lugar a que se las riñera por perezosos.

—No se incomode usted, señorita —le susurró Becky al oído la primera mañana—, si no parezco muy cortés. Si lo fuese, alguien nos reprobaría enseguida por charlar. Mi deseo es ser amable, y cuando le diga algo debe tomarlo siempre como si estuviese acompañado de: «gracias» y «por favor».

Antes del amanecer, Becky solía deslizarse al cuartito de Sara, para ayudarla a vestirse y abrochar el vestido, luego bajaban juntas a encender el fuego en la cocina. Y al caer la noche, Sara siempre podía contar con la discreta llamada a su puerta de la servidora y compañera que se ofrecía para atenderla. Durante las primeras semanas de su penosa situación, Sara se encontraba como aturdida por la desgracia, y permanecía en silencio. El corazón de Becky le decía que al principio es mejor dejar tranquilas a las personas que sufren, respetando su silencio.

Había otra persona que la confortaba: era la pequeña Ermengarda la que, sin embargo, tuvo que pasar antes por una serie de dificultades hasta adaptarse a las

nuevas condiciones de vida de su amiguita.

Cuando el espíritu de Sara pareció despertar gracias al afecto que se le testimoniaba, se dio cuenta que había olvidado durante algún tiempo la existencia de Ermengarda. Las dos siempre habían sido muy amigas, a pesar de que Sara se sintiese mayor pese a su misma edad. Era un hecho indiscutible que Ermengarda era tan corta de inteligencia como cariñosa de temperamento, y se aferraba a Sara de una manera sencilla: le presentaba las lecciones en las que podía ayudarla, escuchaba reverente cada una de sus palabras, y la asediaba, pidiéndole que le narrase cuentos. Pero, por sí misma, nada interesante tenía que decir, y odiaba los libros. De hecho, no era la persona que uno recordaría al verse en medio de graves dificultades, y Sara la olvidó.

Contribuyó al olvido el hecho de que Ermengarda se fue a su casa a pasar unas semanas. Cuando regresó, no vio a Sara hasta un par de días después. El encuentro se produjo en un corredor, cuando Sara bajaba con un montón de vestidos al brazo para componerlos. Ya le habían enseñado a zurcir. A Ermengarda le fue difícil reconocerla. Iba tan pálida, vestía aquel trajecito ridículamente corto, que mostraba demasiado sus piernas delgadas enfundadas de negro y tan distinta a la que fuera.

Ermengarda era una criatura demasiado obtusa para saber afrontar semejante situación. No se le ocurrió qué decir. Aun sabiendo lo que había sucedido, nunca pudo imaginarse a Sara con aquel aspecto tan pobre y desgarbado, como el de una criada. En el colmo del azoramiento, no fue capaz más que de romper en una risita nerviosa, y en una exclamación, sin pensar lo que decía:

—¡Oh, Sara! ¿Eres tú?

—Sí —contestó Sara, y un pensamiento inesperado que cruzó su mente la hizo enrojecer, sujetando la pila de ropa en los brazos y apoyado la barbilla en la parte superior para que no temblara. Algo en la mirada de sus ojos inquisitivos trastornó más y más a Ermengarda. Vio a Sara transformada en una persona desconocida para ella. Quizá era porque se había vuelto repentinamente tan pobre y tenía que trabajar como Becky.

—¡Oh! —balbuceó—. ¿Cómo... cómo estás?

—No sé —respondió Sara—. ¿Cómo estás tú?

—Yo... bien —dijo Ermengarda, dominada para una invencible timidez. Y agregó entrecortadamente, acuciada por la comprensión de que debía decir algo más íntimo—: ¿Eres... muy desdichada? —acabó con precipitación.

Sara fue entonces culpable de una injusticia. En ese instante su corazón desbordaba de amargura, y juzgó que más valía apartarse de una persona capaz de tanta estupidez y falta de comprensión, sin mostrarle sus sentimientos.

—¿Qué crees? —contestó—. ¿Que soy muy feliz? —y se marchó sin añadir otra palabra.

Más adelante Sara comprendió que si su desventura no le hubiese hecho olvidar

tantas cosas, nunca habría censurado a la pobre y torpe Ermengarda por su falta de tacto. Siempre se comportaba como una tonta, y más aún estando emocionada.

Pero aquel pensamiento intempestivo no evitó que se sintiese herida su susceptibilidad.

—Es como las otras —musitó—. En realidad, no quiere hablarme, porque sabe que nadie lo hace.

Durante varias semanas una barrera se interpuso entre ambas. Cuando por azar se encontraban, Sara miraba a otro lado y Ermengarda se sentía demasiado cohibida para hablar. A veces se saludaban al pasar, pero en muchas ocasiones ni aun eso hacían.

—Si no quiere dirigirme la palabra —pensó Sara—, yo evitaré cruzarme con ella. La señorita Minchin me lo hará más fácil.

Y, efectivamente, la señorita Minchin lo facilitó a tal punto que acabaron por no verse casi nunca.

Por aquel entonces era notorio que la estupidez de Ermengarda creció; su atención y aplicación desmejoraron mucho. Abatida y nerviosa, solía sentarse en el repecho de la ventana, hecha un ovillo, para mirar silenciosa a lo lejos.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Jessie un día al pasar.

—No estoy llorando —contestó Ermengarda con voz quebrada.

Esa noche, cuando Sara subió al desván, era más tarde que de costumbre. La habían retenido trabajando después de la hora en que las internas se acostaban, y luego se había puesto a estudiar en el aula desierta. Cuando llegó a lo alto de la escalera, se sorprendió de ver un rayo de luz que asomaba por debajo de la puerta.

—Nadie entra aquí sino yo; pero alguien ha encendido una bujía —se dijo Sara.

Efectivamente, alguien había encendido una bujía, y no ardía en un candelero vulgar de la cocina, como ella usaba, sino en uno perteneciente a los dormitorios de las internas. Ese alguien estaba sentado en el taburete desvencijado, envuelto en su camisón y abrigado por un chal rojo. Era Ermengarda.

—¡Ermengarda! —exclamó Sara. La sorpresa fue tan grande que se asustó—. ¡Te van a castigar!

Ermengarda se levantó con precipitación del banquillo y corrió a la puerta, tropezando con sus chinelas demasiado grandes. Tenía enrojecidos los ojos y nariz de tanto llorar.

—¡Ya lo creo, si me descubren! —dijo—. Pero no me importa. ¡Oh, Sara! Dime, por favor. ¿Qué pasa? ¿Por qué no me quieres ya?

El tono de Ermengarda era muy amable. Como siempre lo había sido cuando eran las «mejores amigas». En su voz había algo que anudó la garganta de Sara. Era tan afectuoso y simple, tan de la Ermengarda que pidió un día ser «amigas íntimas»... ¡Sonaba tan distinta a la de las últimas semanas!...

—Sí que te quiero —contestó Sara—. Yo pensé... porque, tú sabes que ahora todo es diferente. Pensé... que... habías cambiado tú también.

Ermengarda abrió los ojos desmesuradamente. No podía dar crédito a sus oídos.

—Bueno, yo creí que eras tú la que no querías hablarme, ¡tú sí que cambiaste! —exclamó—. Yo no sabía qué hacer. Tú fuiste la que cambió desde que yo regresé.

Sara se quedó pensativa un momento, comprendiendo el error que había cometido al juzgar a Ermengarda como las demás.

—Soy diferente ahora —manifestó—, aunque no en la forma que tú crees. La señorita Minchin no quiere que hable con las alumnas, y la mayoría de ellas me elude. Yo pensé que quizá tú tampoco querías acercarte. De manera que traté de mantenerme alejada.

—¡Oh, Sara! —casi sollozó Ermengarda con dolorido reproche.

Y al mirarse ambas se abrazaron en un gesto de mutuo consuelo. La cabecita oscura de Sara descansó por un instante sobre el hombro cubierto por el chal rojo de Ermengarda.

—Yo no soportaba más. Tú podías estar sin mí, pero yo te extrañaba demasiado. Esta noche mientras lloraba en mi cama, pensé que lo mejor era venir hasta aquí y rogarte que fuéramos amigas otra vez.

—Tú eres mejor que yo —dijo Sara—. Yo fui demasiado orgullosa para pedir tu amistad. Ahora que la vida me ha puesto a prueba, he demostrado que no soy una persona amable; siempre lo temí. Tal vez es por eso que existen estas situaciones tan tristes.

—No veo que sirvan para nada bueno —contestó Ermengarda.

—Tampoco yo. Pero algo bueno ha de haber en todo lo que está sucediendo, aunque yo no lo vea —reflexionó Sara.

Después se sentaron juntas en el suelo y charlaron largamente. Ermengarda quería saber cómo se las arreglaba la pequeña Sara para vivir en esa horrible buhardilla.

—¿Podrás vivir aquí?

—Si me imagino que soy diferente, podré aguantarlo. O si pienso que es el lugar de algún cuento.

Sara hablaba con tono pausado, su imaginación ya se había echado a volar. Hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—Otras personas vivieron en lugares peores. Piensa solamente en la Bastilla...

—La Bastilla —recordó Ermengarda, que al mirar a Sara comenzó a sentir la magia de los cuentos narrados por su compañera. Entonces Sara comenzó a recuperar algo de su antigua alegría.

—Sí, esto es... la Bastilla —afirmó Sara, estrechando sus rodillas con los brazos—. Es el mejor lugar para imaginarme que soy una prisionera, que estoy allí años y años y todos me han olvidado. Años y años suspirando, prisionera... olvidada

arrastró mi triste existencia en una mazmorra inmunda. La señorita Minchin es mi carcelera —con una chispa repentina en la mirada, agregó—. Becky está prisionera en la celda contigua.

Al volverse hacia Ermengarda, era la misma Sara de antes, soñadora y práctica al mismo tiempo.

—Eso es lo que imaginaré en adelante —anunció— y te aseguro que me será un gran consuelo.

Ermengarda estaba hechizada y muerta de miedo a la vez.

—Yo vendré furtivamente por las noches y me contarás lo que ha sucedido en el día. Así nos sentiremos más amigas que nunca propuso Ermengarda.

—Mi adversidad te ha puesto a prueba y demostró cuan buena eres —concluyó Sara.

IX MELQUISEDEC

Lottie fue la tercera persona que reconfortó a Sara. Muy pequeña todavía, ignoraba lo que es la adversidad, se encontraba perpleja y confundida ante la inexplicable situación en que veía a su amiga, su madre adoptiva. Había escuchando cuanto se decía de lo que ocurría a Sara, pero no podía comprender, parecía tan distinta, por qué llevaba un vestido negro y viejo y se presentaba en clase sólo para enseñar a las más pequeñas, en lugar de ser una alumna más.

—¿Es verdad que ahora eres muy pobre, Sara? —preguntó en forma confidencial la primera mañana que su amiguita se hizo cargo de la clase de francés—. ¿Tan pobre como una mendiga? —insistió, introduciendo su pequeño puño rollizo en la palma fina de Sara, mientras la miraba con los ojos húmedos—. No quiero que seas tan pobre como una mendiga.

Como amenazaba estallar en llanto, Sara se apresuró a consolarla. La tomó en sus brazos y le explicó:

—Las mendigas no tienen casa, y yo sí la tengo.

—¿Adónde vives, entonces? —insistió Lottie—. Esa alumna nueva duerme ahora en tu cuarto, del que se llevaron todas las cosas lindas que tenías.

—Yo vivo en otro cuarto.

—¿Es lindo? —inquirió Lottie—. Quiero ir a verlo...

—No hables tanto, querida —le advirtió Sara—. La señorita Minchin nos está observando, y se va a enfadar conmigo por dejarte charlar en clase.

Sara ya sabía que se la hacía responsable de la menor infracción que cometieran sus discípulas. Si las pequeñas no prestaban suficiente atención, si cuchicheaban, o estaban distraídas, o inquietas, era a ella a quien se amonestaba.

Pero Lottie era una niña resuelta. Si Sara no quería decir dónde vivía, ya sabría ella cómo averiguarlo. Hablaba con sus compañeritas y rondaba a las mayores, prestando oído cuando charlaban. Una tarde, al anochecer, salió a explorar y descubrió las escaleras cuya existencia ignoraba hasta ese momento. Al llegar al piso de las buhardillas, se encontró con dos puertas contiguas, y al abrir una, vio a Sara subida en una mesa vieja mirando embelesada por la ventanilla.

—¡Sara! ¡Mamaíta Sara! —exclamó con horror.

Estupefacta recorrió con la vista la mísera habitación fea y desolada; tan lejos, al parecer, de todo lo que conociera como su mundo diario.

Sara se volvió alarmada al oír la vocecita de Lottie. Si ahora empezaba a llorar y alguien la escuchaba, las dos serían castigadas. De un salto bajó de la mesa y corrió

hacia su amiguita.

—No vayas a llorar ni a hacer ruido, querida —le suplicó—. Me retarán a mí por tu culpa, y bastante me han reñido ya todo el día: El cuarto no es... no es tan feo, Lottie.

—¿No...? —murmuró Lottie, mirando a su alrededor sorprendida y desconfiada. Quería mucho a su madrecita adoptiva y consideraba que cualquier lugar en que ella se encontrase, éste se tornaba agradable—. ¿Por qué no es feo, Sara? —dijo casi susurrando.

—¿Sabes Lottie? Desde aquí se pueden ver muchas cosas que desde abajo no se ven —dijo Sara.

—¿Qué cosas? —preguntó Lottie, con aquella curiosidad que Sara siempre sabía despertar, aun en las niñas mayores.

—Pues, chimeneas, aquí cerquita, con nubes y guirnaldas de humo alrededor, subiendo hacia el cielo, y gorriones picoteando por todos lados, que parlotean entre sí como si fueran personas. Y en las ventanas de las buhardillas vecinas pueden asomarse cabezas a cada momento y uno podrá preguntarse quiénes son y qué hacen. Y todo da la sensación de tan alto, como si estuviera en otro mundo, sin la señorita Minchin, ni Amelia, ni la sala de clases...

—¡Oh, déjame verlo! —exclamó Lottie—. ¡Levántame! ¡Parece ser mucho más lindo que estar abajo!

Sara la levantó y se sentaron sobre la vieja mesa y contemplaron juntas el panorama inclinadas sobre el borde de la ventanita que se abría a los tejados.

El cielo parecía mucho más cerca que visto desde la calle, Lottie estaba encantada. Desde aquella ventana de buhardilla entre las chimeneas, las cosas que sucedían en el mundo de abajo llegaban a parecer irreales.

—¡Oh, Sara! —exclamó Lottie, acurrucándose en su brazo protector—. Me gusta esta buhardilla... ¡Cómo me gusta! Es más lindo que abajo.

—Mira aquel gorrión —murmuró Sara—. Desearía tener algunas miguitas para echárselas.

—¡Yo tengo! —prorrumpió Lottie con entusiasmo—. Ayer compré un bollo con un penique que tenía, y guardé un pedacito, que tengo en el bolsillo.

Cuando empezaron a arrojarle migas, el gorrión saltó y se posó de un vuelo sobre la chimenea cercana. Evidentemente no estaba acostumbrado a encontrar amistades en los tejados, y le sorprendían las atenciones inesperadas. Lottie se quedó tranquila, inmóvil, mientras Sara silbaba con suavidad, como si ella misma fuese otro gorrión. El pajarillo entendió que aquello que lo alarmaba, representaba, después de todo, una buena intención. Ladeó la cabeza, y desde su atalaya en la chimenea, miró a la comida con ojos codiciosos. Lottie a duras penas podía contenerse.

—¿Vendrá? ¿Vendrá...? —cuchicheaba.

—Mira como si quisiera... —murmuró Sara—. Piensa y piensa y no se atreve. ¡Ah... ahora, sí! ¡Ya viene!

El pájaro voló hacia abajo y se acercó a saltitos al manjar, pero se detuvo a unas pocas pulgadas de él, ladeando su cabecita como si pensara la posibilidad de que Sara y Lottie pudiesen resultar dos enormes gatos y saltar sobre él. Por fin su instinto le aseguró que eran en realidad tan buenas como parecían, y saltito a saltito se fue aproximando. De pronto se lanzó sobre el trozo más grande y apoderándose de él, lo llevó en el pico al otro lado de su apostadero.

—Ahora ya sabe —dijo Sara— y volverá por los demás.

Efectivamente, el gorrión no sólo volvió, sino que trajo un amigo y después el amigo se fue y regresó con un pariente, y entre todos celebraron un cordial ágape gorjeando y charlando a más no poder y una y otra vez se detenían a examinar a Lottie y a Sara ladeando sus cabecitas. Lottie estaba tan encantada que olvidó por completo la desagradable primera impresión que le produjo el desván. Así fue que al bajarla de la mesa y volver al mundo conocido, Sara pudo mostrarle muchas bellezas del cuarto, de cuya existencia nunca habría sospechado.

—Es pequeña, pero está encima de todo como un nido en un árbol. El techo inclinado es divertido, ¿ves? Si te paras aquí, lo puedes tocar con tus manos... y al amanecer, veo el cielo a través del tragaluz y según el color de las nubes, sé si saldrá el sol o no. Cuando hay estrellas cuento cuántas puedo ver dentro del marco de la ventana.

Sara caminaba por la habitación con Lottie de la mano, descubriendo con sus gestos todas las bellezas que estaba imaginando que veía y que hacía ver a Lottie también. La pequeña siempre creía en todo lo que Sara le decía.

—Mira —decía—, aquí podría haber una espesa y mullida alfombra india sobre el piso y en ese rincón un pequeño sofá, provisto de blandos almohadones para descansar, y encima, una repisa llena de libros al cómodo alcance de la mano; allí delante de la chimenea podría colocarse el pequeño felpudo, y después, unos cortinajes para tapar el blanqueo de las paredes, harían muy lindo efecto con los cuadros que pondríamos. ¿Ves? ¡Es un hermoso cuarto?... Y quizás podríamos convencer a los gorriones para que golpeen la ventana para que yo los deje pasar.

—¡Oh, pero Sara! —exclamó Lottie—. ¡Cómo me gustaría vivir aquí!

Después de un largo rato, Sara logró persuadir a su amiguita para que bajara a su habitación y luego de indicarle el camino más directo, regresó a su buhardilla, a su soledad. Los sueños se habían desvanecido. Se sentó con la cabeza entre las rodillas y dejó vagar su mirada en derredor suyo.

—Es un lugar solitario este —se dijo—. A veces pienso que es el más solitario del mundo.

Estaba sumida en esas cavilaciones, cuando atrajo su atención un ligero ruido muy cercano. Levantó la cabeza para ver de dónde procedía, y de haber sido una niña nerviosa, se habría asustado mucho. Una enorme rata estaba sentada sobre sus patas traseras y olfateaba el aire con visible interés. Algunos de los trocitos del bollo de Lottie, caídos en el suelo, con su aroma la habían atraído fuera de la cueva.

Sara se quedó fascinada con tan singular personaje. Permaneció tan quieta, que la rata fue perdiendo el miedo. Quizá también tenía un corazón como el gorrión, que le dijera que ella no era uno de esos seres que se abalanzan sobre uno. Y, además, tenía un hambre feroz. Su esposa y los pequeñitos le aguardaban detrás del zócalo, pues por varios días habían tenido una suerte adversa. La cría lloriqueaba y él estaba dispuesto a todo con tal de conseguir algunas miguitas; así es que se asomó sin titubear, mas siempre observando una prudente cautela.

«Debe ser triste ser ratón —pensó Sara—. Nadie te quiere. Y al verte, todos corren y gritan "¡Un ratón! ¡Un ratón!" A mí no me gustaría que al verme, todos salieran corriendo y trataran de cazarme... Distinto sería si fueras un gorrión, pero nadie te preguntó si querías ser ratón o si preferías ser un gorrión».

Sara continuaba tan inmóvil, que casi no respiraba para no asustar al ratón. Luego de un largo rato, con voz muy baja y muy suave y muy dulce dijo:

—Toma esas migajas, pobrecito. ¿Sabes? Los prisioneros de la Bastilla solían hacerse amigos de los ratones. ¿Y si nos hacemos amigos?...

Cómo es que los animales comprenden las cosas, no se sabe, pero no hay duda de que las comprenden. Quizás exista un lenguaje más allá de las palabras... Tal vez hay un alma en ellos... Sea cual fuere la razón, pero lo cierto es el ratoncillo se sentía a salvo. Era muy simpático y estaba claro que no deseaba hacer daño alguno. El ratón había estado observando a Sara y esperaba que no lo odiara. Guiado por su intuición, se dirigió lentamente hacia las migajas y comenzó a comerlas. De vez en cuando miraba a la niña con una expresión tan dulce que la conquistó.

Una de las migas, la más grande, estaba muy cerca de Sara. Entonces el ratoncillo titubeó, pero no podía desechar aquel manjar. La chica seguía muy quieta, observando los movimientos del animalito, que olfateando y mirando hacia el costado, siempre vigilante, en una arremetida se lanzó a conquistar el último trozo de pastel. Lo tomó entre sus dientes y huyó escurriéndose un agujero del zócalo.

—Ya sabía que lo quería para sus hijitos —se dijo Sara—. Cada vez estoy más convencida de que puedo conseguir que seamos amigos.

Como una semana después, una de las escasas noches en que Ermengarda pudo escapar al desván sin mayor riesgo, golpeó la puerta con la punta de los dedos; pero pasaron dos o tres minutos y Sara no salía. Reinaba, por cierto, un silencio tal en el cuarto, que Ermengarda se preguntó si se habría quedado dormida. Luego, con sorpresa, la oyó soltar una ligera carcajada y hablar afectuosa con alguien.

—¡Anda! —oyó Ermengarda que decía—. ¡Tómalo y llévatelo a tu casa, *Melquisedec*! ¡Ve a llevárselo a tu esposa!

Enseguida Sara abrió la puerta y vio los ojos sorprendidos de Ermengarda que estaba de pie en el umbral.

—¿Con quién... con quién hablabas, Sara? —preguntó alarmada.

Sara la hizo entrar con sigilo, pero había en su semblante algo entre complacido y alegre.

—Debes prometerme no asustarte y no hablar alto ni un poquito; si no, no te lo podré contar —respondió.

Ermengarda estuvo a punto de ponerse a gritar, pero consiguió dominarse. Escudriñó la habitación y no vio a nadie. Pero estaba segura de haber escuchado que Sara estuvo hablando un buen rato con alguien. ¿Serían fantasmas?

—¿Es... algo que me asustará? —preguntó atemorizada.

—Algunas personas las temen —dijo Sara—. Yo también al principio, pero ahora no.

—Era... ¿un fantasma? —preguntó Ermengarda con un hilo de voz.

—No —contestó riéndose Sara—. Era mi ratoncito.

De un salto, Ermengarda se refugió en medio del mísero camastro. Recogió las piernas debajo del camisón y el mantón rojo; no gritó, pero había perdido el aliento de miedo.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamaba sin voz—. ¡Un ratoncito! ¡Un ratoncito!

—Pensé que te daría miedo —dijo Sara—. Pero no hay por qué, lo estoy domesticando; ya me conoce y sale cuando lo llamo. ¿Te animarías a verlo?

La verdad es que con el transcurrir de los días y con el refuerzo de pequeños mendrugos que Sara traía de la cocina, el ratón y la niña habían llegado a ser amigos.

Al principio, Ermengarda estaba demasiado alarmada para hacer otra cosa que acurrucarse en la cama, con los pies encogidos, pero la tranquila apariencia de Sara y la historia de la primera aparición de *Melquisedec* concluyeron por suscitar su curiosidad, e inclinándose sobre la orilla de la cama, observó a Sara arrodillada junto al agujero del zócalo.

—No... ¿no saldrá corriendo y me saltará a la cara?

—No —repuso Sara—. Es tan educado como nosotras. Es tal cual una persona

mayor. ¡Ahora observa!

Sara comenzó a silbar tan bajo y suave que sólo se lo podía escuchar habiendo un silencio perfecto. A Ermengarda le pareció que lo estaba hechizando. Y, por fin, en respuesta a la llamada, una cabecita de ojillos brillantes y bigotitos grises asomó por la puerta de su cueva. Sara tenía varias migajas en la mano y apenas las esparció por el suelo, *Melquisedec* se acercó, muy tranquilo y se las comió. Dejó el trozo más grande para el final y luego lo tomó y se lo llevó.

—Ese trozo es para su señora y sus hijos —explicó Sara—. Él es muy delicado y come solamente pedacitos menudos. Siempre oigo los chillidos de alegría cuando llega a su casa, y los distingo en tres tonos. Uno es de los pequeñuelos, otro de la señora *Melquisedec* y el último es del dueño de la casa.

Ermengarda se rió de la ocurrencia y exclamó:

—¡Oh, Sarita! A veces te encuentro rara de veras; pero, eso sí, siempre buena y simpática.

—Sí, ya lo sé. Papá decía que mi carácter es bastante singular, y se reía, pero le gustaba mucho oírme componer historias y cuentos. Eso me nace de modo natural, no puedo evitar imaginar cosas, y de no ser así, creo que no podría vivir... aquí, al menos —concluyó Sara en voz baja. Como siempre, Ermengarda se mostró muy interesada.

—Cuando tú hablas, parece que las cosas son ciertas. Hablas de *Melquisedec* como si fuese una persona...

—Es una persona, querida —advirtió Sara—. Siente el hambre y miedo igual que nosotras; tiene esposa y tiene hijos. ¿Cómo sabemos que no piensa en sus cosas lo mismo que todo el mundo? Sus ojos parecen humanos, por eso le puse nombre.

Sara discurría sentada en el suelo, abrazándose las rodillas, que era su posición favorita cuando mantenía una conversación.

—Además —prosiguió—, es un ratón de la Bastilla, que me ha sido enviado para ser mi amigo. Yo siempre puedo conseguir trocitos de pan que la cocinera desecha, y sobran para toda la familia.

—¿Tu cuarto sigue siendo la Bastilla? —preguntó Ermengarda con interés—. ¿Para ti siempre lo es?

—Casi siempre —afirmó Sara—. A veces la imagino también como otro lugar, pero la Bastilla resulta más fácil y a propósito, sobre todo cuando hace frío.

En ese preciso momento, Ermengarda estuvo a punto de arrojarse de la cama, tanto fue su sobresalto. Había escuchado claramente dos débiles golpecitos en la pared.

—¿Qué es eso? —exclamó.

Sara se levantó del suelo y declaró dramáticamente:

—Es el prisionero de la celda vecina.

—¡Becky!... prorrumpió Ermengarda, con entusiasmo.

—Ni más ni menos —asintió Sara—. Escucha: esos dos golpecitos significan: «Prisionero, ¿estás ahí?»

Y ella golpeó tres veces la pared, como respuesta.

—Eso significa: Sí, estoy aquí. Todo va bien.

Del lado de Becky entonces se oyeron cuatro golpecitos.

—Eso quiere decir —explicó Sara—: Bien, compañera de desgracia, a dormir en paz. Buenas noches. Ermengarda estaba encantada.

—¡Oh, Sara! —exclamó arrebatada—. ¡Es como en los cuentos!

—Es un cuento —afirmó Sara—. Todo es un cuento, y tú y yo somos los personajes. Hasta la señorita Minchin lo es.

Y volvió a sentarse y charló hasta hacerle ver a Ermengarda que ella también era algo así como una prisionera escapada de su celda. Pronto hubo que recordarle que no podía quedarse en la Bastilla toda la noche, y que debía volver a su habitación lo más sigilosamente posible.

X

EL CABALLERO VENIDO DE LA INDIA

Esas peregrinaciones nocturnas de Ermengarda y Lottie al altillo eran muy peligrosas. No podían tener la absoluta seguridad de no encontrarse con la señorita Amelia recorriendo los dormitorios. Tampoco podían tener la seguridad de que Sara se encontrara en su cuarto. Por consiguiente, las visitas no eran frecuentes.

Sara no tenía con quién conversar. Su vida fue muy solitaria, y más solitaria aún cuando estaba trabajando abajo que cuando se retiraba al altillo a descansar. No podía hablar con nadie. Se pasaba el día yendo y viniendo, cumpliendo con los mandados. Y cuando salía para hacer los encargos, su figurita endeble corría por esas calles de Dios con un cesto al brazo, sujetándose el sombrero para que el viento no se lo llevara, y con los pies mojados cuando llovía.

En los tiempos en que era una princesa, la gente se volvía para admirarla, pero ahora, ya nadie reparaba en ella. Había crecido bastante y sus vestidos eran todavía los mismos de otrora. Sabía que se veía un tanto rara.

Cuando al anochecer pasaba por alguna casa cuyo interior estaba ya con luz encendida, solía lanzar una mirada a las habitaciones confortables y se entretenía imaginando cosas acerca de los moradores que veía sentados alrededor de la mesa o delante de la estufa. Nunca dejaba de mirar hacia dentro cuando los postigos aún se encontraban abiertos. En la manzana del colegio de la señorita Minchin vivían varias familias con quienes Sara había establecido cierta relación a su modo. A la que tenía más simpatía la llamaba *la familia grande*, no porque sus miembros fueran de gran tamaño, sino porque era numerosa. Ocho chicos había en *la familia grande*, además de una mamá rolliza y rosada, un papá corpulento y vigoroso, una abuela igualmente fuerte y saludable, además de cierto número de sirvientes. Los ocho pequeñuelos siempre estaban ocupados en algo: iban de paseo en sus cochecitos para niños, o a pie, y siempre acompañados de la niñera y a veces también salían todos en coche con su mamá. Al anochecer, cuando volvía el padre, todos volaban a la puerta para ser el primero en besarlo, y después bailaban a su alrededor, le quitaban el sobretodo y le hurgaban en los bolsillos para ver si traía caramelos. O si no, jugaban en el cuarto de niños mirando por las ventanas, empujándose y riéndose; siempre se entretenían en cosas y juegos llenos de alegría. Sara los quería a todos y había dado nombres rimbombantes a cada uno; nombres románticos sacados de los libros. Cuando no los indicaba como *la familia grande*, solía llamarlos «los Montmorency». La nena más pequeña y gordita era Ethelberta Beauchamp Montmorency; la que seguía a ella era Violeta Cholmondely Montmorency; al chiquillo que acababa de dar los primeros

pasos, lo llamaba Sidney Cecil Vivian Montmorency, o más largo aún, Lilian Evangelina Maud Mariana, Rosalinda Gladys, Guy Clarence, Verónica Eustasia y Claudio Harold Héctor.

Una tarde ocurrió algo muy gracioso, aunque en cierto sentido no tenía nada de agradable.

En el preciso momento en que Sara salía de compras con su canasta, varios de los Montmorency que, aparentemente se dirigían a una fiesta infantil, salían y cruzaban la acera para subir al coche que les esperaba.

Verónica Eustasia y Rosalinda Gladys, vestidas de blanco con una banda de color, acababan de subir, y Guy Clarence, el de unos cinco años, les seguía. Era un chiquillo tan bonito, con sus mejillas rosadas y ojos azules y una preciosa cabeza con rizos, que Sara olvidó todo, la cesta que llevaba, su ropa raída, todo, y se quedó contemplándolos.

Era la época de Navidad y los niños habían estado escuchando cuentos de niños huérfanos, sin padre ni madre que les llevaran regalos o los llevaran a pasear; niños que sufrían hambre y frío y que siempre iban vestidos con ropas raídas. En aquellas historias, los niños ricos de alma caritativa les daban limosnas, regalos costosos y abundante comida. El niño al que Sara llamaba Guy Clarence abrigaba el ardiente deseo de encontrarse con una niña pobre para darle una moneda de seis peniques que le habían regalado hacía tiempo.

Al cruzarse con Sara, Guy Clarence creyó que la niña debía tener hambre, quizá no había comido desde hacía rato, y decidió que le daría su moneda. El niño ignoraba que ella lo miraba, no por hambre, sino por el anhelo de cariño y alegría, de esa cálida y dichosa vida de hogar y por el deseo de echarle los brazos al cuello y besarlo. Él sólo veía esos grandes ojos en aquel semblante mustio, las piernas delgadas y el cesto y la ropa raída. Metió la mano en su bolsillo y, sacando la moneda, se encaminó hacia ella con afecto.

—¡Oh, pobre niña! —dijo—. Aquí tienes una pieza de seis peniques...; te la regalo.

Sara se asombró, pero al punto advirtió que debía parecerle exactamente como tantos otros niños que ella misma llegó a conocer en tiempos mejores, que se detenían en la acera para admirarla cuando ella bajaba de su coche. ¡Y cuántas veces había dado algunas monedas! Le subió el color a la cara, palideciendo después, mas resuelta a no aceptar la dádiva.

—¡Oh, no! —objetó—. ¡Oh, no, gracias! ¡No debo aceptarlo..., de veras!

Su voz no tenía ni el tono ni el vocabulario de una niña de la calle y sus modales eran propios de una persona educada. Al escucharla, Verónica Eustasia, cuyo nombre verdadero era Janet y Rosalinda Gladys, que se llamaba en realidad Nora, se asomaron a mirar a Sara.

Pero Guy Clarence no admitía que se rechazara su magnanimidad y la obligó a recibir la moneda.

—Sí, debes aceptarla, pobrecita —insistió con firmeza—. Puedes comprar con ellas cosas de comer. ¡Mira, son seis peniques!

Tanta sincera bondad se leía en su rostro y era tan evidente que su desilusión sería grande si la rehusaba, que Sara comprendió que no debía insistir en su actitud. Su orgullo lastimaría al pequeño, así es que aceptó aunque se sentía terriblemente avergonzada.

—Gracias, entonces —dijo—. ¡Eres un niño adorable!

Y mientras él, de un salto, ascendía satisfecho al carruaje, ella se alejó, intentando sonreír, conteniendo el aliento entrecortado y tratando de contener las de lágrimas.

Aunque no ignoraba que su aspecto era deslucido y pobre, hasta entonces nunca se le había ocurrido que pudiera confundírsela con una mendiga.

Entretanto, el coche de *la familia grande* se alejaba, los niños comentaban excitados el incidente.

Donald —dijo Janet, dirigiéndose a quien Sara llamaba Guy Clarence—, no debiste haberle ofrecido tu moneda a esa niñita. Estoy segura de que no es una mendiga.

—No hablaba como una mendiga y su cara no parecía la de una niña pobre —agregó Nora.

—Además, no te lo pidió —dijo Janet—, temí que se enojara contigo. A las personas no les gusta que se las tome como mendigas cuando no lo son.

—No estaba enojada —protestó Donald, un tanto desilusionado, pero convencido de lo que decía—. Hasta sonrió y me dijo que yo soy muy amable. Y es verdad, soy muy amable ¡eran seis peniques!

Janet y Nora se miraron.

—Una mendiga no habría dicho eso —decidió Janet—. Habría usado otro lenguaje.

La familia grande, a partir de ese momento cobró un profundo interés por Sara.

—Es una especie de sirvienta en el pensionado —opinó Janet un día al verla pasar—. Creo que no tiene parientes y que es huérfana. Pero mendiga no lo es, no obstante el aspecto de pobre que le da la ropa vieja que lleva puesta.

Y de allí en adelante, todos la llamaron: «la niña que no es mendiga», un nombre algo largo por cierto y que sonaba a veces en forma muy divertida en boca de los más pequeños, cuando lo pronunciaban aprisa.

El afecto de Sara por *la familia grande*, aumentaba cada día igual que el que sentía por Becky.

Las dos mañanas que enseñaba a las más pequeñas, eran para Sara un verdadero solaz. Las niñas la adoraban y se peleaban por el privilegio de sentarse a su lado.

Estos afectos, al igual que su amistad con los gorriones y con la familia del ratón *Melquisedec*, eran su gran fuente de alegría.

A veces Sara ponía a Emilia en una silla y se sentaba enfrente en el viejo taburete rojo. Contemplaba e imaginaba cosas, hasta que sus propios ojos se dilataban con algo que era casi como un temor. Acontecía particularmente por la noche, cuando todo estaba tan tranquilo que el único rumor de vida en el desván era el ocasional chirrido de las uñas de la familia de ratas que vivía en la pared. Una de sus fantasías era que Emilia era algo así como un hada buena que la protegía.

Pero, hacía algún tiempo que Sara venía experimentando una suerte de rechazo hacia Emilia. En ocasiones, después de contemplarla, le hacía preguntas y esperaba que le respondiera enseguida. Nunca pudo aceptar que la muñeca la mirara fríamente y no contestara a sus comentarios.

«Aunque a ese respecto —se decía Sara, tratando de consolarse—, a menudo yo tampoco contesto. Cuando alguien te insulta, nada hay mejor que guardar silencio y mirarle fijamente. La señorita Minchin palidece de furor cuando lo hago, y la señorita Amelia o las niñas se intimidan. Si no te enojas, entonces piensan que eres más fuerte que ellos, ya que puedes dominar tu enojo y ellos no. Entonces dicen cosas estúpidas de las que después se arrepienten. Nada hay tan poderoso como el furor, salvo aquello que le pone dique: eso es lo más fuerte. ¡Es una gran cosa no responder a los que hieren! Me cuesta buen trabajo hacerlo... y quizá Emilia en ese sentido va más lejos que yo... quizá ni aun a sus amigas contesta y su corazón guarda todo el secreto».

Sin embargo, aunque trataba de convencerse con todos estos argumentos, Sara no encontraba consuelo. Un día, en que la cocinera la había enviado muchas veces a la calle, con viento y con lluvia, y había vuelto cansada y con hambre; en que la señorita Minchin había estado de un humor de perros y las alumnas se habían mofado de ella al ver su aspecto harapiento, no pudo calmar su orgulloso corazón destrozado. Al subir a la buhardilla, encontró los ojos de Emilia tan vacíos y sus brazos y piernas de aserrín tan inexpresivos que perdió el dominio sobre sí. No tenía a nadie sino a Emilia; a nadie en el mundo... y allí estaba, indiferente...

—Me voy a morir... —dijo entonces.

Emilia siguió mirándola.

—Ya no puedo sobrellevar esto —prosiguió, temblando, la pobre niña—. Sé que me voy a morir. Estoy mojada, fría y hambrienta. Caminé cuerdas y cuerdas en el curso del día y no hicieron sino reprenderme desde la mañana hasta la noche. Y porque no pude conseguir lo último que la cocinera me mandó a buscar, no quisieron darme comida. Y unos hombres se rieron porque mis zapatos están tan deshechos que me resbalaba en el lodo... Ahora estoy toda embarrada... y se rieron. ¿Me oyes, Emilia...?

Clavó los ojos en aquellos otros de vidrio que lucían en la cara impávida, y un

repentino acceso de furor hizo presa en ella. De un puñetazo sacó a Emilia de su silla y estalló en un llanto desesperado... Sara, laque jamás lloraba.

—No eres más que una muñeca —dijo—, nada más que eso. Una muñeca, una muñeca. No te importa nada. Estás llena de aserrín y no tienes corazón... nada podría hacerte sentir... ¡Eres una simple muñeca!

Emilia yacía en el suelo, con las rodillas ignominiosamente dobladas sobre la cabeza y una raspadura en la punta de la nariz, pero calmada y digna. Sara escondió la cara entre los brazos. Las ratas en la pared empezaron a pelear y morderse y a chillar. Melquisedec castigaba a algún miembro de la familia.

Los sollozos de Sara se fueron calmando. Era tan impropio de ella un estallido así, que estaba sorprendida de sí misma. Al cabo de un rato, levantó la cabeza y miró a Emilia, que parecía atisbarla de lado, con un asomo de bondad y simpatía. Sara se inclinó a recogerla, llena de remordimiento. Llegó aún a esbozar una sonrisa.

—No puedes evitar ser una muñeca —dijo con un suspiro de resignación—, lo mismo que Lavinia y Jessie no pueden dejar de ser tontas. Todos no somos iguales. En tu propio mundo, quizá eres inmejorable.

Y besándola, le alisó las ropitas y la colocó otra vez en la silla.

¡Cuánto había deseado que alguien alquilase la casa vecina! Estando tan cerca, podría asomarse a la ventana de su altillo y tal vez encontrar una cara amistosa en la ventana contigua.

—Si fuera una cara bondadosa —pensaba—, yo podría empezar por decir: «Buenos días», y sucedería toda una suerte de cosas. Aunque, claro está, no es muy probable que duerman allí sino sirvientes...

Una mañana, al volver la esquina, después de visitar la tienda, la carnicería y la panadería, Sara vio con agradable sorpresa, que durante su ausencia, un carro cargado de muebles se había detenido delante de la casa vecina, cuya puerta estaba abierta de par en par y que unos hombres en mangas de camisa entraban y salían, transportando pesados bultos y piezas del mobiliario. Le habría gustado quedarse mirando las cosas que traían. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? Si consiguiera ver algunos objetos, tal vez podrá saberlo. Recordó que cuando ella llegó al pensionado, aquel primer día, los muebles rígidos de la salita de entrada le habían dado una idea del carácter de la directora. ¡Cómo se había reído su padre al oírla!

—¡Está alquilada! —pensó—. ¡Por fin está alquilada! ¡Oh, espero que asomará una cabeza bondadosa por la ventanita de arriba!

Todo el día fueron llegando carros de transporte, que eran descargados para dar lugar a otros. Cada vez que Sara salía de compras, tenía la ocasión de ver entrar diversos objetos. Su corazón dio un vuelco cuando reconoció ciertos muebles, en especial una hermosa mesa de teca labrada y un biombo tapizado con un bordado oriental. Había visto ese tipo de objetos en la India. La misma la señorita Minchin le

había arrebatado un pequeño escritorio de teca, regalo de su padre. De los canastos sacaron magníficos tapices y ornamentos, muchos cuadros y libros en cantidad como para una biblioteca. Entre otras cosas había un soberbio Buda en un espléndido santuario.

«Alguien de la familia debe haber visitado la India —pensó Sara— y se han acostumbrado a las cosas de allá. ¡Cuánto me alegro! Ya siento como si fuéramos amigos, aunque por la ventanita del desván no se asome jamás una cabeza».

Cuando esa tarde el lechero llamó a la puerta (que debía atender Sara porque no había tarea que no se le endosara), presencié algo que aumentó más aún el interés. Aquel hombre tan guapo que era el jefe de *la gran familia* cruzó la calle con aire familiar y entró en la casa recién alquilada. Subió los escalones de acceso como si fuese su casa, permaneció adentro largo rato y varias veces se asomó a dar indicaciones a los trabajadores; como que poseía autoridad para manejar esos asuntos. Era evidente que estaba vinculado con los nuevos vecinos.

—Si los nuevos inquilinos tienen chicos —especulaba Sara—, los de *la familia grande* vendrán seguramente a jugar con ellos y quién sabe si subirán a la buhardilla por curiosidad...

A la noche, concluidos sus quehaceres, Becky entró a ver a su compañera de prisión y a darle noticias.

—Es un caballero «nindú» el que viene a vivir al lado señorita —manifestó—. No sé si es negro o no, pero es «nindú». Es muy rico y se encuentra enfermo, y el señor de *la familia grande* es su abogado. Tiene también un criado llamado Ram Dass. Parece que ha pasado muchas peripecias y por eso ha perdido la salud y no anda muy bien de la cabeza. Es pagano, adora ídolos de piedra y madera. Yo vi un ídolo que llevaban adentro.

Sara se rió de buena gana de la ocurrencia.

—No creo que adore ídolos —advirtió Sara—. Muchas personas los tienen sólo para mirarlos, como objetos de decoración, porque son interesantes. Mi papá tenía uno muy hermoso y no por eso era pagano, no lo adoraba, te lo aseguro.

Pero Becky prefería inclinarse a creer que el nuevo vecino era un pagano. Sonaba mucho más romántico que un caballero como los demás, de los que van a la iglesia con un libro de misa. Se sentó y charlaron largamente aquella noche sobre cuál sería su apariencia y cómo sería su esposa, si es que la tenía, y sus niños en caso de haberlos. Sara se rió interiormente al notar que Becky no podía dejar de desear que fueran todos negros y que llevaran turbantes y, sobre todo, que, como el padre, fueran paganos.

—Nunca he tenido paganos por vecinos, señorita —decía—. Me gustaría mucho observar qué costumbres tienen.

Pasaron varias semanas antes de que pudieran satisfacer su curiosidad. Se reveló

entonces que el nuevo inquilino no tenía esposa ni hijos. Era un hombre solitario, sin familia, destruido por la mala salud y las perturbaciones mentales.

Un día llegó un coche que hizo alto delante de la puerta. Cuando el lacayo bajó del pescante y abrió la portezuela, el primero que bajó fue el padre de *la familia grande*. Detrás de él descendió una enfermera de uniforme y luego dos criados acompañando al dueño, un hombre de rostro huraño y demacrado, con su cuerpo esquelético envuelto en pieles. Le ayudaron a subir los escalones de acceso a la casa y el padre de la familia grande entró con él, demostrando estar preocupado. Poco después llegó un carruaje con un médico, que entró visiblemente preocupado.

—Sara, en la casa de al lado hay un hombre amarillo. —Comentó Lottie en voz baja durante la clase de francés siguiente—. ¿Será de China? El libro de geografía dice que los chinos son amarillos.

—No es chino, Lottie —respondió Sara— pero está muy enfermo. Continúa tu lección.

Éste fue el comienzo de la historia del *caballero venido de la India*.

XI

RAM DASS

En un magnífico atardecer, en que el sol hacía brillar las casas con distintos colores y se reflejaba sobre las ventanas y los techos, Sara corrió al altillo para abrir su ventana y gozar del espléndido espectáculo. Lo hacía cada vez que la calle se inundaba de un resplandor encantado y cobraba relieves maravillosos, pese a sus rejas y a sus raquítricos árboles. Desde las ventanas de la cocina del colegio era imposible apreciar el deslumbrante panorama.

El trabajo del día había concluido en la cocina y nadie la había enviado a cumplir alguna tarea. Sara pudo escurrirse escaleras arriba sin inconvenientes.

Ya en el altillo se subió en la vieja mesa y sacó la cabeza y el cuerpo por el tragaluz. Exhaló un hondo suspiro y miró a su alrededor. Tenía la impresión de que tenía todo el cielo y el mundo para ella, pues nadie se asomaba en alguna de las otras buhardillas. Se sumió en callada contemplación. Era un momento de éxtasis.

—Es una maravilla —dijo Sara para sí—. Casi me invade el miedo, como si algo insólito fuese a suceder de pronto. Los resplandores siempre me dan esa sensación.

De repente, a pocos metros de distancia oyó un ruido inesperado que la hizo volver la cabeza. Era difícil precisar su origen, pues sonaba como un chillido extraño y debía provenir de la ventanita del desván vecino.

Hacía pocos días que *el caballero venido de la India* se había instalado en su nuevo hogar. Sara supuso que alguien había salido también a admirar la puesta del sol.

De pronto, se asomaron una cabeza y un torso por la ventana. No era la cabeza ni el torso de una niña o una criada. Era el pintoresco tocado blanco y el rostro oscuro de ojos brillantes bajo el turbante de un nativo de la India. Un sirviente hindú, un *láscar*, se dijo Sara enseguida. El chillido que había escuchado era de un pequeño monito que el hombre llevaba en sus brazos, como si lo quisiese mucho, que se estrechaba contra su pecho.

Cuando Sara lo miró, él ya tenía puestos sus ojos en ella. A la niña le pareció que no era feliz. En la expresión del rostro del hombre se notaba algo así como una fuerte nostalgia por su patria lejana. Al verlo, pensó que el hindú había ido a la ventana para mirar el sol, que tan pocas veces lucía en la nebulosa Inglaterra. Al cruzarse sus miradas, Sara le sonrió francamente, sabiendo cuán consoladora puede ser una sonrisa para una persona afligida, aunque venga de labios desconocidos.

Y, en efecto, el gesto amable le agradó visiblemente al *láscar*. Toda su expresión cambió, y al contestarle con una sonrisa, mostrando su dentadura blanquísima, fue

como si se hubiera encendido una luz en sus grandes ojos. La sonrisa de Sara siempre surtía efecto en las personas que se encontraban cansadas o abatidas.

El *láscar* le fue simpático enseguida a la niña. Le recordaba sus días tan felices de la India. Además, el monito era muy gracioso y para ella fue una distracción quedarse un rato mirando los mimos y gestos divertidos que le hacía a su amo.

Cuando el *láscar* se iba a retirar de la ventana, se despidió de Sara con una reverencia como las que le hacían sus criados en la India.

Tal vez por saludarla, el hindú perdió el control sobre su mono y el pícaro animalito saltó alegre por el tejado y, por sobre el hombro de Sara, entró en su habitación brincando de un rincón a otro. La niña, divertida, sabía que tenía que devolverlo, pero no sabía cómo hacerlo. No sabía si podría atraparlo, o si el mono seguiría dando brincos por su cuarto o si saltaría y se perdería por los tejados. Sara se volvió hacia el hindú y, contenta de poder dirigirse hacia él en indostaní, idioma que recordaba de cuando vivía en la India con su padre:

—¿Dejará que lo atrape? —preguntó la niña.

Sara nunca había visto tanta sorpresa y gratitud como la que expresó el sirviente al oír que se dirigía a él en su propio idioma. El pobre hombre que pensó que los dioses venían en su ayuda y que la voz venía del paraíso mismo, se deshizo en un mar de agradecimientos. La niña comprendió de inmediato que el hindú estaba acostumbrado a tratar con niños europeos. Se llamaba Ram Dass, y era sirviente del *caballero venido de la India*. Dijo, que por cierto, el mono era difícil de atrapar, que saltaba de un lado a otro como un rayo. Ram Dass lo conocía y solía obedecerle, aunque no siempre; pidió autorización para cruzar el tejado y entrar al cuarto a rescatarlo. Sara no dudó en acceder.

El sirviente se deslizó por la ventana del altillo y caminó con delicadeza por el tejado. Se deslizó suavemente por la ventana de Sara y sus pies tocaron el piso sin hacer el menor ruido. Al verlo, el animalito chilló divertido y continuó saltando como para seguir el juego, y de repente saltó al hombro de Ram Dass y se aferró a su cuello.

El hombre echó una rápida mirada a la habitación sombría, y simulando no haber visto tanta pobreza, se dirigió a Sara como si fuera hija de un rajá. Le dijo que el mono era travieso, pero que no era malo; le contó que de vez en cuando entretenía a su patrón enfermo, quien hubiera lamentado mucho si se hubiera perdido su mascota. Agradeció profundamente a la niña y haciendo grandes reverencias se marchó como había llegado.

Después que se hubo ido, Sara, de pie en medio del cuarto, caviló sobre las muchas cosas que la cara y modales del hindú le habían hecho recordar; sobre todo, sus profundas reverencias y su vestimenta traían a su mente sus primeros años pasados en las románticas tierras del sagrado río Ganges. Pensó en lo extraño que

resultaba que la cocinera dirigiera pocas horas antes su menosprecio, cuando hacía tan sólo pocos años se había visto rodeada de servidumbre que la trataba en la misma forma que acababa de hacerlo Ram Dass, saludándola a cada paso, y tocando el suelo con su frente cuando ella les hablaba. Parecía un sueño; un sueño que había terminado y que jamás volvería, ya que no se vislumbraba nada que indicase cambio alguno en la situación presente.

Conocía los planes que tenía la señorita Minchin acerca de su futuro. Se la suponía empeñada en estudiar y se la examinaba a intervalos irregulares sobre los progresos alcanzados que, si no acusaban cierta suficiencia, daban lugar a severas amonestaciones.

La señorita Minchin sabía bien que el interés de Sara por el estudio hacía superfluo que tuviera maestra. Al proporcionarle libros, los devoraría hasta aprendérselos de memoria. Se podía confiar en que dentro de algunos años la niña estaría en óptimas condiciones para desempeñarse con éxito como maestra. Y ése era su probable porvenir: dentro de cierto tiempo Sara se vería reducida a la posición de cenicienta de la enseñanza, como ahora lo era de la cocina. Esto obligaría a la señorita Minchin a proporcionarle mejores vestidos, sumamente sencillos, por supuesto, y hasta inadecuados, haciéndola aparecer como una sirvienta de cierta categoría. Éste era el perfil del futuro de Sara, en el que siguió reflexionando por algunos minutos. Sin embargo, no se dejaría abatir.

—Venga lo que venga —dijo, hablando a solas—, hay algo que no puede alterarse. Por más harapos y jirones que vista, en mi interior puedo seguir siendo una princesa. María Antonieta en prisión, vestida de negro e insultada por su pueblo, tuvo más al-tura que cuando todo iba bien en la corte de Versalles —seguía cavilando Sara—. Es fácil parecer una princesa vistiendo ropajes de paño dorado, pero conducirse como tal sin que nadie lo sospeche, eso sí que es un gran triunfo.

Este juego consolaba a la niña en más de una oportunidad y con su fantasía hallaba alivio y bienestar. Estando bajo ese sortilegio, no había rudeza ni malicia que pudiese alcanzarla.

—Una princesa es una persona educada —se afirmaba.

Y así, cuando los criados, copiando el tono autoritario de su ama, la mandaban con palabras insolentes, erguía su cabeza y les respondía con una finura tan precisa y singular que a menudo se quedaban mirándola boquiabiertos.

La mañana siguiente al encuentro con Ram Dass y su monito, Sara se encontraba en la clase con sus pequeñas discípulas. Concluidas las lecciones, estaba entregada a la tarea de guardar los textos de francés, pensando, entretanto, en los numerosos personajes de la realeza que por disfrazarse habían sido obligados a desempeñar diversos menesteres. Alfredo el Grande, por ejemplo, que al quemar unos bollos, obtuvo una bofetada de la esposa del vaquero, que ignoraba su identidad. ¡El terror

que ella había experimentado al saber lo que había hecho!... Lo mismo que si de pronto la señorita Minchin descubriera que Sara, con los zapatos agujereados y todo, era una princesa, una princesa verdadera...

Al pensar en estas cosas, la expresión de sus ojos era exactamente la que la educadora más aborrecía. No podía soportarla, y como se hallaba cerca, desahogó su encono precipitándose sobre ella para darle un bofetón, exactamente como la mujer del vaquero hiciera con el rey Alfredo, y que cogió a Sara completamente desprevenida. La sorpresa la arrancó de su sueño y le cortó el aliento, pero al cabo, sin poderlo evitar, se echó a reír.

—¡De qué te ríes, tú, niña atrevida..., muchacha descarada! —exclamó la señorita Minchin.

Sara necesitó un par de segundos para contenerse lo suficiente y recordar que era una princesa. Las mejillas se le habían puesto rojas por las bofetadas que recibió.

—Estaba pensando... —contestó.

—Pídeme perdón inmediatamente —gritó muy airada la señorita Minchin.

Sara vaciló un segundo antes de responder.

—Le pido perdón por haberme reído, si lo considera una ofensa —replicó por fin—; pero no me disculparé por pensar.

—¿Qué es lo que estás pensando? —la increpó—. ¿Cómo te atreves a hacer tal cosa? ¡Explícate enseguida!

Jessie ahogó unas risitas, y ella y Lavinia se codearon. Todas las niñas habían dejado a un lado los libros para escuchar, porque cuando la señorita Minchin atacaba a Sara, siempre la escena resultaba interesante. Sara solía dar unas respuestas sorprendentes, y nunca parecía intimidarse por nada. Tampoco se amilanó ahora, aunque tuviera las orejas rojas y los ojos brillantes como estrellas.

—Estaba pensando —respondió con gentil altivez— que usted no sabe lo que hace.

—¿Que yo no sé lo que hago...? —repitió la señorita Minchin casi sin aliento.

—Sí —afirmó Sara—, y pensaba en lo que sucedería si yo fuera de veras una princesa, usted no se atrevería a darme un bofetón... y también pensaba en lo que entonces haría yo y en lo que sucedería si usted descubriera que... de verdad soy una princesa y puedo hacer lo que quiero...

Tan clara y vívida imaginación le ofrecía la posibilidad de hablar en un tono que no dejaba de impresionar a la señorita Minchin. Por un instante su mente estrecha y oscura estuvo a punto de creer que había algún poder oculto en aquella inocente valentía.

—¿Qué? ¿Descubriese qué...?

—Que soy realmente una princesa —dijo Sara—, y que puedo hacer lo que se me antoja... todo lo que quiero.

Las niñas que estaban en el salón tenían los ojos muy abiertos de asombro y fijos en Sara y en la señorita Minchin. Lavinia se había inclinado hacia delante sobre su pupitre para ver mejor.

—¡Vete a tu cuarto! —gritó la señorita Minchin, furiosa—. ¡Ahora mismo! ¡Sal de la sala! ¡Señoritas, atiendan sus lecciones!

Sara se inclinó con una leve reverencia.

—Excúseme por haberme reído, si fui descortés —dijo, y salió del salón, dejando a la señorita Minchin envenenada con su rabia y desconcierto, y a las internas cuchicheando detrás de los libros.

—¿La viste...? ¿Viste qué expresión tan extraña tenía? —comentó Jessie—. ¡No me sorprendería si hubiese algo de verdad en lo que dijo! ¿Y si fuera realmente una princesa...? ¡Imagínate!

XII

DEL OTRO LADO DE LA PARED

Suele ser entretenido imponerse de lo que se dice y se hace en la casa vecina, al otro lado de la pared que las separa. A Sara le divertía imaginar las cosas que ocurrían en la casa del *caballero venido de la India*. Sabía que la sala estaba contigua al estudio de dicho señor, y a menudo tenía motivo para desear que ese muro medianero fuese de buen espesor, para que no le molestara demasiado la batahola de las niñas que abandonaban el recinto después de las lecciones.

—Le estoy tomando cariño —le confesó una vez a Ermengarda—; no me gustaría que le molestaran. Lo considero un amigo, a veces sucede que se puede estimar a una persona aunque nunca se haya hablado con ella. Se las observa y se piensa en ellas, y se comparten sus preocupaciones. Te aseguro que me aflijo cuando a veces veo al médico ir allá dos veces por día.

—Yo tengo muy pocos parientes —dijo Ermengarda, cavilosa—; y me alegro de ello. Los que tengo me fastidian. Mis dos tías siempre están diciendo: «¡Por Dios, Ermengarda, qué gorda estás! ¡No deberías comer dulces!». Y mi tío me hace preguntas como: «¿Cuándo ascendió al trono Eduardo III?» o «¿quién murió de una indigestión de anguilas?».

Sara se echó a reír.

—Las personas con quienes no se habla, no hacen semejantes preguntas, naturalmente —dijo—, y estoy segura de que el *caballero venido de la India* tampoco las haría.

Así como había cobrado afecto a la familia grande porque parecían felices, amaba al *caballero venido de la India* a causa de su infortunio. Se notaba que convalecía de alguna enfermedad muy grave.

En la cocina, donde, como siempre, los criados estaban enterados de todo por algún misterioso conducto, se discutía a menudo su historia. En realidad, no era un hindú sino un inglés que había vivido muchos años en la India. Había sufrido grandes contratiempos que pusieron en peligro su fortuna, hasta el punto de llegar a creerse arruinado y deshonorado para siempre. Tan grande había sido la conmoción, que un ataque casi lo lleva a la muerte. Desde entonces su salud quedó quebrantada, aunque había tornado su buena fortuna y recuperado todos sus bienes. Se hablaba de unas minas de diamantes en relación con su desgracia pasada.

—¡Y minas de diamantes! —decía, la cocinera—. Por cierto que mis ahorros jamás los invertiré en minas... particularmente, si son de diamantes —decía esto mirando a Sara de reojo—. Todos sabemos muy bien lo que sucede con ellas.

—Le ha pasado como a papá —pensó Sara—, y se enfermó como él, pero ha salvado la vida.

Así, pues, el corazón de la niña se sintió aún más atraído hacia él.

Generalmente se alegraba cuando la enviaban afuera de noche para realizar algún mandado. Ansiaba que se diera la oportunidad de que las cortinas de la casa vecina no estuviesen corridas todavía; así ella echaba una mirada al comfortable salón y veía a su amigo adoptivo. Cuando no se veía persona alguna en los alrededores, ella se detenía, y asida a los barrotes de hierro, le deseaba buenas noches como si pudiera oírlo.

Luego seguía su camino convencida de que la fuerza de su deseo llegaría de algún modo hasta el sillón en que «su amigo» se sentaba solitario, contemplando el fuego con expresión desolada. Para Sara era el semblante de un hombre cuyas preocupaciones no son sólo cosas del pasado, sino que lo dominan en el presente.

—Si ha recobrado su fortuna y se está mejorando de su enfermedad, no debería sufrir así. Me pregunto si habrá alguna otra cosa —pensaba Sara.

Si existía alguna otra cosa, algo que aún los criados no hubieran averiguado, ella tenía la certeza de que el padre de *la familia grande*, el caballero a quien ella denominaba Montmorency, lo sabía. El señor de Montmorency iba a visitarlo y también iban su esposa y todos los pequeñitos, aunque no tan seguido.

—¡Pobrecillo! —decía Janet—. Dice que nosotros lo animamos; tratemos de hacerlo sin bulla.

Janet era la cabeza de la familia y debía mantener en orden a los demás. Era quien decidía cuándo era discreto pedirle al enfermo contar historias de la India, y ella era quien advertía si estaba cansado, para retirarse silenciosamente y decir a Ram Dass que fuese por él. Todos querían a Ram Dass. ¡Cuántas historias habrían podido contar si hubiese sabido hablar inglés! *El caballero venido de la India* se llamaba en realidad Carrisford; Janet contó al señor Carrisford acerca del encuentro con «la niña que no era mendiga», lo que le interesó sobremanera. Ram Dass le describió el desván y su mísero aspecto; el piso desnudo y el revoque desconchado, el hornillo vacío y herrumbroso, y la cama estrecha e incómoda.

—¡Carmichael! —dijo él al padre de *la familia grande* después de oír esta descripción—, me pregunto cuántas buhardillas en esta calle se parecen a ésta, y cuántas criaditas desamparadas duermen en semejantes camas, mientras yo doy mil vueltas en mullidos almohadones, cargado y asqueado por esa riqueza que, en su mayor parte, ni es mía.

—Querido amigo —contestó el señor Carmichael—, cuanto antes deje usted de atormentarse, mejor será. Así poseyera toda la riqueza de la India, no alcanzaría a mitigar todas las desventuras de este mundo, y aunque empiece por dotar de comodidades a todas las buhardillas de esta calle, siempre quedarán otras en las

demás, en idénticas condiciones.

El señor Carrisford, en su sillón, se mordía las uñas a la par que contemplaba el resplandor de los carbones encendidos en la chimenea.

—Cree usted —dijo lentamente tras una pausa—, cree posible que la otra niña, aquella otra en quien jamás dejo de pensar, ¿podría en alguna forma verse reducida a una situación comparable a la de esa pobre almita que vive al lado?

El señor Carmichael lo miró desconcertado. Sabía que lo peor que este hombre podía hacer, para su salud y su misma razón, era obsesionarse con el tema de la niña perdida.

—Si la niña de la escuela de madame Pascal, en París, resultara ser la que usted busca —contestó tratando de tranquilizarlo—, parece hallarse en manos de personas que pueden mantenerla holgadamente. La adoptaron a causa de que ella había sido compañera predilecta de una hija que se les murió. No tienen otros hijos, y según madame Pascal, se trata de unos rusos muy adinerados.

—¡Y la simple no sabe ahora dónde se la han llevado! —exclamó el señor Carrisford.

—Es una francesa astuta y mundana, —comentó el señor Carmichael— y seguramente lo más que hizo fue alegrarse al librarse de la niña cuando el padre murió dejándola en la miseria. Mujeres de este tipo no se preocupan pensando en el porvenir de las internas que pueden resultarle gravosas. Los padres adoptivos al parecer se marcharon y no dejaron huellas.

—Pero usted se ha expresado correctamente al decir «si resultara ser» —dijo señor Carrisford—. ¿Cómo podemos estar seguros?... El apellido podría ser diferente.

El señor Carmichael se encogió de hombros.

—Madame Pascal lo pronunciaba como si fuese Carew, en lugar de Crewe, pero podría tratarse de una pronunciación defectuosa. Las circunstancias son singularmente similares: un oficial inglés de la India había colocado su hijita, huérfana de madre, en el colegio, y murió de repente después de perder su fortuna...

El señor Carmichael se detuvo un instante, como si acabase de ocurrírsele una nueva idea.

—¿Está usted seguro de que el colegio donde la niña fue internada estaba en París? ¿Está usted seguro?

—Mi querido amigo —estalló el señor Carrisford con irritada amargura—, yo no estoy seguro de nada. Nunca vi a la niña, ni a su madre. Ralph Crewe y yo fuimos grandes amigos cuando chicos, pero desde nuestros días de estudiantes no nos volvimos a encontrar hasta hace algunos años, en la India. ¡Yo estaba tan absorto con la magnífica promesa de las minas!... Y él también se dejó arrastrar. Todo aquello era tan enorme y deslumbrador que casi perdimos la cabeza. Cuando nos veíamos,

apenas hablábamos de otra cosa. Yo sólo sabía que la niña había sido puesta en algún colegio, y ni aun recuerdo ahora cómo llegué a saber eso.

Se renovaba su excitación; siempre era así cuando su cerebro todavía débil volvía a recordar las catástrofes pasadas.

El señor Carmichael lo observaba con ansiedad. Era forzoso hacerle algunas preguntas, pero era menester mucha cautela y precaución.

—Pero usted ha tenido algún motivo para pensar que la escuela estaba en París.

—Sí —fue la respuesta—, porque la madre era francesa, y yo había oído que quería que educasen a su hija en París. Por lógica, las probabilidades estaban allí.

—Sí —confirmó el señor Carmichael—, parece más que probable.

El caballero venido de la India, inclinándose hacia delante, golpeó la mesa con su larga mano enflaquecida.

—Carmichael —dijo—; debo encontrarla. Si vive, está en alguna parte. Y si carece de amigos o de dinero, es por mi causa. ¿Cómo podría alguien rehacer su ánimo teniendo semejante peso sobre la conciencia? El súbito cambio de fortuna en las minas tornó realidad nuestros más fantásticos sueños; ¡y he aquí que la hija del pobre Crewe puede estar mendigando por las calles!

—No, no —le tranquilizó el señor Carmichael—. Trate de serenarse. Consuélese con la certidumbre de que cuando la encuentre tendrá usted una fortuna para entregarle.

—¿Por qué no fui lo bastante fuerte para no abandonar el terreno cuando las cosas pintaban mal? —gemía el señor Carrisford con desconsuelo—. Más: creo que me habría resignado, a no haber sido responsable del dinero de otros a la vez que del mío. El pobre Crewe había colocado en la explotación hasta su último penique. Él tenía fe en mí y me quería y ha muerto pensando que yo le había arruinado... ¡Yo, Tom Carrisford, su compañero de juegos en Eton! ¡Qué villano debe haberme juzgado!

—¡No se reproche usted con tanta severidad!

—No me reprocho porque la especulación amenazara fracasar, sino porque perdí el coraje. Huí como un estafador y un ladrón, simplemente porque no podía mirarle la cara a mi mejor amigo y decirle que los había arruinado a él y a su hija.

El comprensivo señor Montmorency, como lo llamaba Sara, le palmoteó el hombro con simpatía.

—Usted huyó porque su espíritu había cedido a la presión de la tortura mental —dijo—. Ya casi rayaba en el delirio. A no haber sido así, habría resistido a pie firme. Recuerde que dos días después de abandonar el lugar lo internaban en un hospital y lo metían en cama con una fiebre cerebral altísima.

El señor Carrisford ocultó la frente entre las manos.

—¡Dios mío! ¡Sí! —dijo—. Me sacaron de quicio el miedo y la desesperación.

No había dormido durante varias semanas. La noche que, arrastrándome abandoné la casa, el aire parecía poblado de seres horribles que se burlaban de mí y me escarnecían.

—Esa explicación basta por sí sola —dijo el señor Carmichael—. ¿Cómo puede un hombre al borde del delirio juzgar con tino?

El señor Carrisford sacudió su cabeza caída sobre el pecho.

—... y cuando recobré el conocimiento, continuó el señor Carrisford, el pobre Crewe estaba muerto... y enterrado. Y yo no me acordaba de nada, ni siquiera pensé en la niña durante meses y meses, y así y todo, su misma existencia se me presentaba en-vuelta en una niebla vaga.

Se detuvo un instante, haciendo un gesto como si quisiera exprimirse la frente.

—A veces me pasa así, aún hoy cuando trato de recordar... Seguramente debo alguna vez haber oído a Crewe hablar de la escuela donde la había colocado. ¿No le parece?

—Puede no haberla mencionado en forma precisa. Ni siquiera, en realidad, usted parece haber oído el verdadero nombre de la niña.

—Él solía llamarla a menudo cariñosamente «mi vieja amiguita». Pero esas funestas minas me quitaban toda otra cosa de la cabeza. No conversábamos sino de eso. Así que... si él mencionó el colegio, debo haberlo olvidado, olvidado completamente... y ahora es inútil tratar de acordarme.

—Pues, amigo mío, no hay que desanimarse —advirtió el señor Carmichael—. Hemos de dar con ella; usted verá. Continuaremos la búsqueda de esas buenas personas rusas de que habló la señora Pascal; parecía tener una idea vaga de que vivían en la ciudad de Moscú.

—Si yo me encontrase en condiciones para viajar —señaló el señor Carrisford—, iría con usted, pero no me queda sino estarme sentado aquí envuelto en pieles y mirar el fuego, y ver en él la cara jovial de Crewe, que se fija en mí como si estuviese interrogándome. A veces le veo en sueños en mis largas noches, y siempre me hace la misma pregunta. ¿Le dejo a usted adivinar qué es lo que me pide, Carmichael?

—No lo sé, amigo mío —contestó el padre de *la familia grande*.

—Siempre dice: —Tom, querido Tom: ¿dónde está mi «vieja amiguita»? —el señor Carrisford asió la mano del señor Carmichael, y la apretó con emoción—. Tengo que poder responderle —añadió—; es absolutamente necesario. Ayúdeme usted a encontrarla... mi vida va en ello...

En la casa contigua, Sara estaba sentada en su buhardilla hablando a *Melquisedec*, que andaba en busca de la cena.

—Ha sido una jornada dura, me ha costado mucho comportarme como una princesa, *Melquisedec*, más dura que de costumbre, y se hace peor a medida que los días se vuelven más fríos y las calles más mojadas. Cuando pasó Lavinia por mi lado,

en el vestíbulo y se burló de mis zapatos enlodados, se me ocurrió espetarle una buena réplica, pero me contuve a tiempo. Después de todo, una princesa debe saber dominarse, aunque tenga que morderse los labios para no contestar con alguna descortesía. Y así lo hice. Tengo mucho frío, parece que está cayendo helada.

Sara puso su cabecita negra sobre los brazos, como a menudo hacía cuando se encontraba sola, y lloró en silencio.

—¡Oh, papá —suspiró—, cuánto tiempo ha pasado desde que ya no soy tu «vieja amiguita»!...

XIII

LA PEQUEÑA MENDIGA

Ese invierno fue muy crudo. Sara debía recorrer la ciudad bajo una espesa niebla, enterrando sus zapatos en la nieve y en el barro. Los días oscuros, obligaban que los faroles de la calle permanecieran encendidos casi todo el día. Ella recordaba que así había sido cuando, junto a su padre, había llegado a Londres y se dirigieron a la escuela de la señorita Minchin. Le parecía que había sido en un tiempo muy lejano.

Le reconfortaba mirar al interior de la casa de *la familia grande* a través de los cristales, le agradaba ese ambiente acogedor. También le gustaba mirar la sala en la cual el anciano *caballero venido de la India* estaba sentado junto al fuego.

Se habían acabado esos bellos atardeceres dorados o rosados. Hacía frío, llovía y en las calles todo era lodo. Las muchachas de la cocina, siempre de mal humor, se descargaban con Sara o con Becky.

Una noche, cuando Sara y Becky subían al altillo, ésta le dijo:

—Si no fuera por usted, señorita, si no fuera por usted y la Bastilla, yo me moriría. La señorita Minchin, cada vez más, se parece al carcelero jefe y la cocinera parece un guardia. Cuénteme algo más sobre la Bastilla y sus túneles por debajo de los muros.

—Te contaré algo más agradable —replicó Sara—. Toma tu manta y yo tomaré la mía. Acurruquémonos en la cama y te contaré acerca de los bosques tropicales, donde vivía el mono del *anciano caballero venido de la India*. Cada vez que veo ese mono mirando por la ventana, se me ocurre que recuerda sus bosques y los árboles de los que se mecía colgado de su cola. Me pregunto quién lo habrá atrapado y si tenía familia que dependía de él para obtener su alimento.

—Eso es más lindo —dijo Becky, agradecida— pero la historia de la Bastilla es mucho más alentadora cuando usted la cuenta.

—Eso es porque te distrae de tus problemas. Cuando el cuerpo se siente cansado, es mejor pensar en otra cosa —reflexionó Sara.

—¿Pero usted puede hacerlo? —preguntó Becky con admiración.

—Algunas veces sí, pero otras veces no, pero cuando me resulta me siento bien. Siempre se puede si se practica. Este último tiempo lo he hecho muchas veces y cada vez me resulta más fácil. Me repito que yo soy una princesa, un hada princesa y que nada puede hacerme daño o molestarme —afirmó Sara con satisfacción.

Eran muchas las ocasiones en que su alma volaba a otros lugares y circunstancias y muchas las ocasiones en que debía demostrarse si era o no una princesa. Pero nunca como un día muy particular y que no olvidaría jamás.

Había llovido varios días sin cesar; las calles estaban congeladas y cubiertas de barro; la niebla y la llovizna penetraban hasta los huesos. Siempre había que salir a la calle a hacer algún mandado y Sara salía y volvía a salir, una y otra vez hasta que su ropa quedó totalmente empapada. Las plumas de su viejo sombrero se habían puesto ralas y ridículas y sus zapatos estaban tan mojados que ya no podían absorber más agua. Como si esto fuera poco, la señorita Minchin la había castigado dejándola sin comer. Sara se sentía cansada a más no poder. Con las pocas fuerzas que le quedaban se apuraba y para tratar de olvidar sus sufrimientos imaginaba que su vida era diferente.

—Me imagino que tengo la ropa seca —se decía— buenos zapatos, un abrigo grueso, medias de lana y un paraguas. Me imagino que todo eso lo tengo puesto. Me imagino que justo al pasar por la panadería están vendiendo buñuelos calientes y que encuentro una moneda de seis peniques botada en el suelo... Me imagino que entro al negocio y compro seis buñuelos y me los como uno a uno sin parar.

Suelen ocurrir cosas muy extrañas, como lo que le ocurrió a Sara aquel día. Mientras iba imaginando esas cosas, iba cruzando la calle cubierta de lodo, cuidando de no caerse, y al llegar a la acera, de repente... vio algo que brillaba como un trozo de plata: no era una moneda de seis peniques, sino de cuatro.

—¡Oh, es verdad! —exclamó casi sin aliento.

Le parecía increíble, delante de sus ojos, también había de verdad una panadería donde una señora regordeta, de mejillas rosadas y mirada maternal, estaba colocando una bandeja de tibios buñuelos en la ventana.

Sara quedó atónita, no podía creerlo. La visión de las tortas y el delicioso aroma de pan caliente, la colmaron de emoción.

No dudaba en usar la moneda, era evidente que había permanecido allí por mucho tiempo. Pero tampoco dudó en preguntar a la panadera si ella la había perdido.

Cuando entró al negocio, Sara se sobrecogió al ver una niña más desgraciada que ella. Estaba vestida con harapos; sus pies descalzos, estaban enrojecidos y cubiertos de lodo. Sara reconoció el hambre en esos ojos desencajados.

—Ella sí que es una pobre mendiga. Tiene más hambre que yo —suspiró Sara.

La niña se hizo a un lado para dejarla pasar. Sara apretó su moneda y preguntó a la chiquilla si tenía hambre.

—No he comido en todo el día, he pasado las horas pidiendo limosna, pero no he conseguido nada.

Sólo por mirarla, Sara sentía más hambre y desazón.

«Si fuera una princesa... —pensaba—. Las princesas comparten con las que sufren más que ellas... siempre comparten. Puede ser que los buñuelos cuesten un penique cada uno. Entonces podría comprar cuatro; no será suficiente para las dos; pero de todos modos será mejor que nada».

Entró en el negocio y mostrando la moneda que había encontrado, preguntó a la panadera:

—¿Ha perdido usted cuatro peniques?

La mujer miró la moneda y luego a la niña vestida con ropa que otrora fue hermosa y que ahora estaba convertida en harapos.

—No, por supuesto —contestó la mujer—. Pero nadie haría semejante pregunta. ¿Qué deseas?

Por favor, cuatro buñuelos, de esos que cuestan un penique.

La mujer colocó seis buñuelos en una bolsa.

—Le pedí sólo cuatro; no tengo más que cuatro peniques —rectificó Sara.

—Pues te doy dos de más —dijo la mujer con tono amable—. ¿Es que no tienes hambre?

—Sí, mucha —dijo Sara—. Le agradezco su gentileza.

Al salir del local, encontró que la mendiga aún estaba sentada en un rincón de la escalera mirando hacia el vacío. Sara vio que con una mano muy flaca se enjugaba una lágrima.

—Toma —dijo Sara alargándole un buñuelo caliente—. Ya no sentirás tanta hambre.

La chiquilla miró a Sara con ojos desorbitados y casi le arrebató el buñuelo de las manos devorándolo de un bocado. Sara sacó tres buñuelos más y se los dio.

«Tiene más hambre que yo», se repitió. Luego le convidó un cuarto y luego un quinto buñuelo. La pequeña los arrebatava uno tras otro y los comía con un hambre insaciable.

Sara se despidió y se fue. Al mirar hacia atrás vio que la pequeña mendiga la contemplaba con gratitud.

La panadera, enternecida, presencié toda la escena por la ventana. Se conmovió al

ver que Sara le había dado sus buñuelos a la pequeña que estaba sentada en la entrada. Casi no podía creerlo. Abrió la puerta y le preguntó a la mendiga:

—¿Quién te dio los buñuelos?

La muchachita señaló la pequeña figura de Sara que se alejaba.

—¿Cuántos te dio? —quiso saber la mujer.

Al saber la respuesta, la panadera se sorprendió del gesto de Sara.

—Bien podía haberlos comido todos ella sola... —Y dirigiéndose a la mendiga preguntó—: ¿Aún tienes hambre?

—Sí, siempre tengo hambre, señora, pero mucho menos.

—Entra.

La niña no entendió de qué se trataba, pero igual entró.

—Abrígate —dijo la mujer, señalándole el fuego que ardía en la chimenea—. Cada vez que tengas hambre, —agregó— ven a verme, yo te daré algo. El gesto de esa chica ha sido conmovedor...

Por su parte, Sara partió en pequeños trozos el último buñuelo que le quedaba. Quería que le durara más. Aunque era poco, de todos modos era mejor que nada.

Cuando regresaba al pensionado, ya era tarde. Y al pasar, como siempre, dirigió su mirada a ambas casas amigas.

XIV

LO QUE MELQUISEDEC OYÓ Y VIO

Era de noche cuando Sara, por, fin dobló la esquina de la calle en que estaba el colegio. Todas las casas tenían las luces encendidas. En las ventanas del salón donde casi siempre había algún miembro de *la familia grande*, aún no habían corrido las cortinas. Con frecuencia se veía a esa hora al caballero que ella llamaba de Montmorency, sentado en un amplio sillón, y a su alrededor una alegre pandilla parlotando, riendo, trepándose en los brazos del sillón o en sus rodillas, o apoyándose en la mesa.

Esa tarde, también, todos le rodeaban, pero él no estaba sentado. Reinaba una desusada excitación. Evidentemente el señor de Montmorency estaba por emprender un viaje. Delante de la puerta aguardaba el coche, ya cargado con una voluminosa maleta. Los niños corrían de un lado para otro, gritando y haciéndole caricias al viajero. La madre, bonita y sonrosada, estaba a su lado dándole las últimas recomendaciones. Sara se detuvo un momento a ver cómo el padre alzaba a los pequeños para besarlos, y se inclinaba sobre los mayores para despedirse de ellos también con un beso.

—Me pregunto si estará mucho tiempo ausente —pensó—. La maleta es más bien grande. ¡Oh, pobrecillos! ¡Cómo lo echarán de menos! También yo lo extrañaré, aunque él ni siquiera sabe que existo.

Al abrirse la puerta de la calle, Sara se apartó, pero igual podía ver al viajero, que salía destacándose sobre el fondo iluminado del vestíbulo, y con los hijitos mayores abrazándolo todavía.

—¿Estará Moscú cubierta de nieve, ahora? —preguntó la pequeña Janet—. ¿Habrá hielo por todas partes?

—¿Viajarás en troika, papá? —gritó otro.

—¿Verás al zar?

—Ya escribiré contándoos todo —respondió él, riéndose— y os enviaré retratos de *mujiks* y de mil cosas. Corred adentro; la noche está infernalmente húmeda; más preferiría quedarme con vosotros que ir a Moscú. ¡Buenas noches! ¡Adiós, hijos míos! ¡Dios os bendiga! —y bajando a la carrera los peldaños, se subió al coche.

—¡Si encuentras a la niñita, dale saludos nuestros! —gritó Guy Clarence, saltando sin parar en la estera de la entrada.

Por fin entraron y se cerró la puerta.

Cuando regresaban al salón, Janet dijo a Nora:

—¿Viste pasar a «la niña que no es mendiga»? Me pareció que estaba mojada y

con frío, y la vi volver la cabeza para mirarnos. Mamá dice que sus vestidos siempre parecen como si se los hubiera dado alguien que fuera muy rico. Esa gente de la escuela siempre la obliga a hacer encargos cuando los días son más fríos y más inclementes las noches.

Sara cruzó la calle hasta la entrada de la señorita Minchin, sintiéndose débil y temblorosa.

—«Me gustaría saber quién es esa niña —pensó—, ésa que él va a buscar».

Subió los peldaños de acceso, sosteniendo la cesta que halló más pesada que nunca, mientras el jefe de la «familia grande» se alejaba rápidamente hacia la estación, a tomar el tren que había de llevarlo a Moscú en busca de las huellas de la hijita desaparecida del capitán Crewe.

Aquella misma tarde, cuando Sara estaba fuera, *Melquisedec* fue testigo de cosas muy extrañas. Se alarmó y se asustó tanto que corrió a su agujero, se ocultó allí y no dejó de chillar, tembloroso, mientras espiaba con grandes precauciones lo que sucedía.

La buhardilla estuvo todo el día muy silenciosa después de que Sara se fuera, por la mañana temprano. El silencio sólo lo interrumpía el repiqueteo de la lluvia sobre las tejas y el vidrio de la claraboya. *Melquisedec* salió, en medio del silencio, a dar su paseo acostumbrado, en busca de alguna miga abandonada tal vez desde la cena anterior. Anduvo olisqueando un poco por todas partes, y acababa de encontrar una migaja. De repente, se asustó al escuchar voces extrañas. Hizo alto, con el corazón palpitante, las voces partían del tragaluz que estaba misteriosamente abierto. Un rostro oscuro escudriñaba el interior del cuarto, luego otra cara aparecía detrás, y ambos miraban dando muestras de cautela y también de interés.

Había dos hombres en el tejado, y hacían silenciosos preparativos para entrar. Uno era Ram Dass y el otro el joven secretario del *caballero venido de la India*; *Melquisedec* dio media vuelta y huyó precipitadamente a su agujero. Estaba muerto de miedo. Pegado junto a la entrada de su casita, se agazapó, ingeniándose para atisbar por la rendija con sus ojos brillantes y recelosos.

El secretario, que era un joven delgado, y Ram Dass pasaron el tragaluz silenciosamente y alcanzaron a sorprender la colita de *Melquisedec* desapareciendo por la abertura.

—¿Era eso una rata? —preguntó el joven secretario con un murmullo.

—Sí, una rata, *sahib* —contestó Ram Dass también con voz muy baja—. Hay muchas en estas paredes viejas.

—¡Hum! —exclamó el joven—. ¿Y la niña no le tiene miedo?

El hindú hizo un ademán, sonriendo con orgullo.

—La niña es una pequeña amiga de todas las cosas, *sahib* —contestó—. No es como las demás criaturas. Yo la veo sin que ella lo sepa; muchas noches me arrastro

por el tejado a vigilar si todo está bien. La observo desde la ventana sin que se dé cuenta de que una persona está muy cerca. Ella se apoya en esta mesa y mira al cielo con una expresión como si oyese voces de lo alto. Los gorriones acuden a su llamada, y a esa rata, la ha alimentado y domesticado, ahora le hace compañía. La pobre criadita de la casa viene aquí a encontrar consuelo. Hay también una niñita pequeña que suele acudir en secreto, y otra un poco mayor que la adora y se pasaría escuchándola toda su vida. Eso es lo que he visto con mis propios ojos cuando me acerco sobre el tejado. La dueña de la casa, que es una mala mujer, la trata como una esclava; pero lo soporta, estoica, como si por sus venas corriera sangre real.

—Parece que sabes bastante acerca de esa niña —observó el secretario.

—Conozco su vida, día a día —respondió Ram Dass, no sin cierto orgullo—. Sé cuándo sale y cuándo regresa; estoy al corriente de sus aflicciones y de sus escasas alegrías, de su des-amparo y del hambre que padece. Sé que se sienta ahí solita hasta medianoche estudiando; sé cuando sus amigas vienen ocultamente a visitarla, y la hacen dichosa, como le ocurre a los niños, aun en medio de la pobreza, porque le brindan su compañía y pueden charlar y reír con ella, muy bajito. Y si enfermara yo también lo sabría y vendría a cuidarla de ser posible.

—¿Estás seguro de que nadie más que ella se acerca a este desván y que no regresará y nos sorprenderá? Se asustaría si nos encontrase aquí, y echaríamos a perder el plan del señor Carrisford. Ram Dass cruzó el cuarto sin hacer ruido hasta la puerta, y se apostó junto a ella.

—Nadie sube aquí más que la niña, *sahib* —dijo—, y ha salido con la cesta, de modo que tardará horas en volver. Quedándome aquí podré escuchar los pasos si alguien se acerca, antes de que llegue al último tramo de la escalera.

El secretario sacó del bolsillo interior de su levita un lápiz y una libreta.

—Pon atención, entonces —dijo.

Lenta y silenciosamente empezó a recorrer el mísero cuartucho, tomando rápidas notas en su libreta, según examinaba los objetos. Primero fue hacia la estrecha cama. Apretó el colchón con la mano y profirió una exclamación.

—Duro como una piedra —dijo—. Esto habrá que cambiarlo algún día que ella esté fuera; será menester hacer un viaje especial para traerlo. Esta noche no será posible.

Levantando el cobertor examinó la única y raquílica almohada, una colcha gastada, una manta delgada, sábanas rotas y recosidas.

—¡Qué cama para dormir en ella una criatura delicada... y eso en una casa que se tilda de honorable! —comentó el secretario—. En esta chimenea no ha habido fuego desde hace mucho —agregó echando una mirada al hierro herrumbroso.

—Nunca, desde que yo la he visto por vez primera —declaró Ram Dass—. La dueña de casa no es capaz de acordarse que, como ella, hay otros que sufren frío.

El secretario seguía escribiendo rápidamente; por fin levantó la vista, y arrancando la hoja, la guardó en su bolsillo.

—Es una manera asaz extraordinaria de hacer las cosas —dijo—; ¿de quién es la idea?

Ram Dass hizo una modesta reverencia como excusándose.

—Es verdad que la ocurrencia fue mía en primer lugar, *sahib* —confesó—, aunque al principio no pasaba de parecer una broma. Le he tomado cariño a esa niña..., ¡estamos los dos tan solos! ¡Tiene ella una manera tan especial de contar lo que imagina, a sus amiguitas...! Una noche que me sentía triste, me recosté junto al tragaluz abierto y presté oído. Esa vez describió el cuadro imaginario de lo que este cuchitril miserable podría ser una vez provisto de algunas comodidades. Parecía verlo mientras hablaba y eso la animaba y le encendía el color. Así nació la idea, y al día siguiente, estando enfermo y abatido mi señor, para entretenerlo, le conté lo que había escuchado. Saber de las ocurrencias de la niña le complació de veras. Se interesó por ella y me hizo numerosas preguntas sobre el particular. Por último empezó a deleitarse con la idea de hacer reales sus sueños dorados.

—¿Crees que podrá hacerse mientras duerme? Supón que se despierte... —sugirió el secretario, y era evidente que cualquiera fuese el plan en cuestión, estaba tan empeñado en llevarlo adelante como el mismo señor Carrisford.

—Yo me muevo de un lado a otro como con pies de terciopelo —replicó Ram Dass—, y las criaturas tienen el sueño profundo, aun hallándose tristes. Infinidad de veces podría haber entrado en este cuartito, por la noche, sin provocar la menor reacción en la niña. Si el mozo de cuerda me pasa los bultos por la ventana, no tendré ninguna dificultad en disponer las cosas sin que ella lo sospeche siquiera. Cuando se despierte, pensará que un mago ha estado aquí...

Ram Dass sonrió como si su corazón se expandiera bajo la blanca túnica, y el secretario mostró idéntico regocijo al contestarle con otra sonrisa.

—Será como un cuento de *Las Mil y Una Noches* —comentó— sólo un oriental pudo planearlo... Las brumas de Londres no inspiran cosas así.

Para gran alivio de *Melquisedec*, los hombres no se quedaron mucho tiempo. Estaba sobresaltado por sus movimientos y cuchicheos.

El joven secretario parecía interesarse por todo. Escribió detalles acerca del piso desnudo, del brasero, del taburete roto, de la vieja mesa, de la pared. Esta última la palpó con la mano una y otra vez, sorprendiéndose gratamente al encontrar numerosos clavos que asomaban en varios lugares.

—De ahí se pueden colgar cosas —observó.

Ram Dass sonrió misterioso.

—Ayer, cuando ella salió —advirtió—, yo entré trayendo conmigo unos pequeños clavos tan puntiagudos que entran en la pared con una simple presión de dedos, sin

necesidad de golpear con un martillo. Coloqué una cantidad de ellos en el revoque en lugares donde harán falta. Eso está listo.

El secretario del *caballero venido de la India* echó una última mirada en derredor desde el centro del cuarto.

—Creo que bastan los detalles que tengo —dijo—. Ahora podemos retirarnos. El *sahib* Carrisford tiene un gran corazón. Es una verdadera lástima que no haya podido encontrar a la niña perdida.

—Si la encontrase, de seguro que recuperaría su salud —dijo Ram Dass—. Quiera su Dios guiara la niña hacia él.

Sin más tardanza, los dos hombres salieron por el tragaluz tan sigilosos como habían entrado. *Melquisedec* se tranquilizó, y a los pocos minutos, seguro de que ya no había riesgo, salió de su agujero con la esperanza de que hubieran caído algunas migajas de los bolsillos de aquellos hombres.

XV

EL MAGO

Después de presenciar la partida del señor Carmichael y antes de llegar al pensionado, Sara pasó frente a las ventanas del *caballero venido de la India*. «Hace tanto tiempo que no veo una casa confortable desde el interior» —pensó.

Al mirar a través de la ventana, vio que el fuego crepitaba en la chimenea y el anciano, sentado en su poltrona, lo contemplaba ansioso y parecía más infeliz que nunca.

—Supongamos que Carmichael encuentra a la familia en Moscú —pensaba el caballero en voz alta—, pero si la niña de la escuela de París, no es la que buscamos. ¿Qué haremos?

Esa tarde al entrar a la cocina, Sara se encontró con la señorita Minchin, que había bajado furiosa a regañar a la cocinera.

—¿Dónde has estado tú, perdiendo el tiempo? —preguntó—. ¡Hace horas que saliste!

—Estaba todo tan mojado y lleno de barro —contestó Sara—, que me era difícil caminar, tengo los zapatos deshechos y me resbalaba.

—No te disculpes diciendo mentiras —chilló la señorita Minchin.

La cocinera había recibido una severa reprimenda y en consecuencia estaba de un humor de perros. Como de costumbre, Sara pagó los platos rotos.

—¿Por qué no te quedaste fuera toda la noche? —gritó enojada, mientras, gruñendo, revisaba las compras que Sara había depositado en la mesa.

—¿Puede darme algo para comer, tampoco he almorzado? —pidió Sara con timidez.

—Hay algo de pan en la despensa —dijo la mujer—. ¿O acaso pensabas que te estaría esperando horas y horas?

Sara fue a buscar el pan. Era rancio, duro y reseco. La cocinera estaba demasiado malhumorada para darle alguna cosa para acompañar el pan. Siempre era fácil y sin riesgo desquitarse con Sara.

Lentamente subió a su habitación. Era difícil para la niña ascender esos interminables tramos de escaleras hasta el desván. Varias veces se detuvo a recobrar el aliento, le faltaban las fuerzas para llegar al final. Cuando estaba cansada, con frecuencia le resultaba larguísima la subida, pero esa noche parecía que jamás alcanzaría hasta a su habitación.

Al llegar, por fin, al final de la escalera, vio con alegría un rayo de luz por debajo

de la puerta. Eso significaba que Ermengarda se había ingeniado para escurrirse y hacerle una visita: ya era algún consuelo, y mil veces mejor que encontrarse sola en aquel cuarto frío y destartalado. La mera presencia de la regordeta Ermengarda, envuelta confortablemente en su mantón rojo, le daría cierto calor.

Sí, cuando abrió la puerta, allí estaba Ermengarda, sentada en el centro de la cama, con los pies hechos un ovillo, por precaución. *Melquisedec* y su familia no gozaban de su plena confianza, aunque no dejaban de fascinarla. Cuando se encontraba sola en la buhardilla, siempre prefería sentarse en la cama hasta que llegase Sara.

—¡Oh, Sara! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de que hayas llegado! *Melque* se ha estado paseando por todos lados. Traté de convencerlo de que volviera a su madriguera. Me da miedo de que se le ocurra acercarse a mí. ¿Crees que lo haría?

—No... no creo.

Ermengarda se apretó el mantón rojo para abrigarse.

—¡Qué pálida y cansada te ves! —exclamó Ermengarda al mirarla más de cerca.

—Estoy muy cansada —admitió Sara, dejándose caer en el banquillo.

Al ver que el animalito se paseaba por la habitación, Sara agregó con ternura: *Melquisedec* también tiene hambre... Lo siento, no tengo ni una miga, ve y dile a tu esposa que no hay nada en mis bolsillos.

El ratón comprendió, y resignado se retiró a su cueva.

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

—La señorita Amelia se ha ido a pasar la noche con su anciana tía —respondió Ermengarda—. Nadie más que ella recorre las habitaciones, así es que podría estarme aquí hasta la mañana si quisiera.

Ermengarda había subido a la habitación de Sara a contarle que su padre le había enviado unos libros para que los leyera y luego se los comentara en las vacaciones. Los había traído y dejado sobre la mesa. Inmediatamente Sara se volvió y se sintió encantada de lo que allí veía.

—¡*La revolución Francesa* de Carlyle! Hace tiempo que quería leer este libro. ¡Qué maravilla! ¿Me lo prestas? Di que sí y yo te lo explicaré.

—¿De veras crees que podrás? —preguntó Ermengarda, entusiasmada ante la reacción de su amiga. No soy inteligente, mi padre sí lo es, y piensa que yo también debería serlo.

—Él sólo quiere que recuerdes ciertas cosas. Te las contaré de un modo entretenido y las recordarás. No es tu culpa que no puedas aprender con rapidez. Espera que me saque esta ropa mojada y me envuelva en la manta. Comenzaremos ahora mismo.

Sara se quitó los zapatos mojados, el sombrero y el abrigo y se sentó en la cama junto a Ermengarda. Comenzó a relatarle algunos hechos de la Revolución Francesa.

Los relataba como si fueran cuentos de terror y su amiguita jamás los olvidaría.

—¿Cómo siguen tus lecciones de francés? —preguntó Sara en una pausa del relato.

—Mucho mejor desde la última vez que estuve aquí y me explicaste las conjugaciones. La señorita Minchin no podía entender cómo es que había hecho tan bien los ejercicios.

—Tampoco entiende cómo es que Lottie progresa tanto en matemáticas, es que ella viene hasta aquí y yo le enseño.

Ermengarda no sabía cuan terrible era la vida de Sara, pues aunque se la veía delgada y pálida, nunca se quejaba ni admitía que tenía hambre. Sin embargo, soñaba.

«Si viviera en un castillo, Ermengarda vendría de visita con príncipes y caballeros portando estandartes. Ordenaría que tocaran los clarines y bajarán el puente levadizo para salir a recibirla. Serviría un banquete en su honor y yo narraría historias al son de las canciones de los juglares».

Sara era generosa y ofrecía a sus visitas sus sueños, sus visiones, el producto de su imaginación. Esa noche no sabía si podría dormir con tanta hambre que tenía. Pero la insensatez de Ermengarda quebró de repente la fantasía de Sara:

—Me gustaría ser tan delgada como tú, aunque creo que estás un poco más delgada que antes. Los huesos se te marcan y tus ojos se ven más grandes. Me encantan tus ojos; parece que devoraran distancias.

Fue justamente en ese instante cuando algo ocurrió junto al tragaluz. Sara, que tenía oído muy fino, volvió a medias la cabeza y miró hacia el techo.

—Ese ruido no lo hizo *Melquisedec* —dijo—. Fue algo más sutil...

—¿Qué...? —exclamó Ermengarda, atemorizada.

—¿No te parece haber oído algo? —preguntó Sara.

—No... yo no ¿Tú sí?

—Quizá me engañe —advirtió Sara—, mas creo que no.

Sonaba como un ruido en el techo, algo que se arrastraba con suavidad.

—¿Qué pudo ser? —preguntó Ermengarda, asustada—. ¿Ladrones?

—No, nena —la tranquilizó Sara, un tanto divertida—. Aquí no hay nada que robar...

Se interrumpió en medio de la frase. Las dos escuchaban atentas el ruido que las había sobresaltado, pero en ese momento no procedía del tejado, sino de escaleras abajo, y era la voz colérica de la señorita Minchin. Sara saltó de la cama y apagó la bujía.

—Está riñendo a Becky —murmuró con voz queda en la oscuridad—. La está haciendo llorar.

—¿Vendrá aquí? —balbuceó Ermengarda, presa de pánico.

—No. Creerá que estoy acostada. No te muevas.

Muy rara vez subía la señorita Minchin aquel último tramo de la escalera; Sara no recordaba que lo hubiese hecho más que una sola vez. Pero ahora estaba lo bastante encolerizada como para subir aunque fuesen dos o tres pisos, pues sonaba como si persiguiese a Becky, que volaba hacia arriba.

—¡Chica desvergonzada! —la oyeron gritar—. Me dijo la cocinera que a menudo le faltan cosas de la despensa.

—No fui yo, señora —decía Becky sollozando—. No es que no tuviese hambre, ¡pero yo no he sido... nunca!

—¡Mereces que te mande al calabozo! —proseguía la voz de la directora—. Falta medio pastel de carne... ¡medio pastel!

—Yo no he sido, yo no he sido... —lloraba Becky—. Me comería uno entero, pero no le puse un dedo encima.

La señorita Minchin, entre la rabieta y la carrera por las escaleras, estaba sin aliento. El pastel de carne estaba destinado a su propia cena. Por los gritos, era evidente que tiraba de las orejas a Becky.

—¡No me mientas! —farfulló—. ¡Vete a tu cuarto ahora mismo!

Sara y Ermengarda oyeron claramente una bofetada y luego la carrera de Becky, que salvando el último tramo de la escalera, se precipitó en su buhardilla. La oyeron cerrar la puerta y luego tirarse sobre la cama llorando.

—¡Podría comerme dos pasteles enteros! —la oyeron lloriquear en la almohada—. Pero nunca he probado bocado de ello... fue la cocinera que se lo dio a ese policía que es su novio.

Sara escuchaba, de pie en medio del cuarto, en la oscuridad, apretando los dientes y abriendo y cerrando los puños en su impotencia. Sólo a fuerza de voluntad se quedó quieta, pues no debía moverse hasta que la señorita Minchin se hubiese alejado y reinara de nuevo el silencio.

—¡Malvada, es una bruja cruel! —estalló—. La cocinera roba las cosas y luego acusa Becky. ¡Ella no es capaz de hacer eso... no es capaz! Tiene tanta hambre a veces que se come incluso los mendrugos que saca de entre los desperdicios de la comida... —y escondiendo la cara entre las manos, prorrumpió en fuertes sollozos que aterraron a Ermengarda.

¡Sara lloraba! ¡Sara, la indómita! Y esto era algo inaudito, algo que nunca hubiese sospechado. Suponer... suponer que... Una nueva y terrible idea surgió de su generosa pero obtusa cabecita. Bajó de la cama y, a tientas, buscó la mesa donde estaba la bujía y encendió un fósforo. Apenas hubo luz, se inclinó hacia delante y miró a su compañera, con aquella naciente sospecha convertida en un definido temor.

—Sara —balbuceó con una vocecilla quebrada por la timidez y el horror—, tú... tú nunca me has contado... no quiero ser grosera, pero... ¿tú padeces hambre alguna vez?

La pregunta de su amiga colmó la copa, pues su fortaleza se derrumbó. Sara apartó las manos de su rostro.

—Sí —confesó con voz tensa—. Sí que la he padecido, y ahora estoy tan hambrienta que podría comerte hasta a ti. Eso es lo que me hace imposible soportar las quejas de la pobre Becky. Ella está peor que yo.

Ermengarda se quedó perpleja.

—¡Oh, oh! —exclamó dolorida—. ¡Y yo que nunca me imaginé!

—Yo no quería que lo supieses —dijo Sara—. No quería parecer una pobre pordiosera de la calle, aunque bien sé que ahora no parezco otra cosa.

—¡Oh, calla! Eso no es cierto —protestó Ermengarda—. A veces tu ropa se ve un tanto extraña, pero jamás serás una pordiosera.

—Una vez un niño me dio una moneda de seis peniques —dijo Sara, recobrando la calma y la sonrisa—. Aquí la tengo colgada como amuleto; no me la habría dado si no hubiera tenido cara de hambre. Supongo que su cuarto estaba lleno de dulces y regalos de navidad y él bien podía ver que yo no tenía nada.

De pronto Ermengarda dijo:

—¡Qué tonta soy... no haber pensado antes en eso!

—¿En qué?

—¡En una cosa fantástica! —manifestó la gordita con excitada precipitación—. Esta misma tarde, la más buena de mis tías me envió una caja llena de cosas ricas para comer. Hay torta, pastelitos de carne y hojaldre, dulces, bollos, naranjas y pasas, higos y chocolate. Me escurriré despacito hasta mi dormitorio y en un minuto traeré la caja y lo comeremos todo aquí.

Sara se conmovió profundamente, por poco se tambaleó. Se encontraba desfalleciente de hambre, la mención de cosas tan ricas aumentó sus ansias de comer. Asió a Ermengarda por el brazo y preguntó anhelante.

—¿Crees... crees que podrías?

—¡Oh, claro que sí! ¡Claro que podré!

Ermengarda echó a correr hacia la puerta, la abrió con cautela, asomó la cabeza y prestó oído. Luego se volvió a Sara.

—Las luces están apagadas; todo el mundo está en la cama. Iré de puntillas y nadie me oirá.

Aquello sonaba tan maravilloso que con los ojos iluminados de alegría, Sara extendió los brazos.

—¡Ermengarda! —exclamó casi susurrando—. ¡Vamos a jugar que celebramos un banquete! ¿Y qué te parece si invitamos al preso de la celda contigua...?

—¡Sí, sí! ¡Demos ya la señal en el muro; el carcelero no va a oír nada!

Sara se acercó a la pared. A través de los ladrillos aún se podía escuchar a la pobre Becky llorando bajito. Golpeó cuatro veces.

—Eso significa: «Ven por el pasillo secreto de bajo la pared —explicó—. Tengo algo que comunicarte».

Sin tardar, respondieron cinco toques al otro lado.

—Viene, pues.

Casi inmediatamente, la puerta del desván se abrió y Becky se asomó en el umbral. Tenía los ojos colorados y se sorprendió al encontrar a Ermengarda. Nerviosa, empezó a limpiarse la cara, con el delantal.

—No te preocupes por mí, Becky —la tranquilizó Ermengarda.

—La señorita Ermengarda te ha invitado a venir —dijo Sara— porque tiene una caja de golosinas para que hagamos un festín.

—¿Cosas para comer..., señorita? ¿Golosinas?

—Ni más ni menos —afirmó Sara—. Y vamos a imaginarnos que asistimos a un banquete.

—Y podrás comer todo lo que quieras —añadió la gordita—. ¡Voy corriendo ahora mismo!

Mientras tanto Sara decidió poner la mesa para el banquete.

No hay como desear algo, imaginar algo, para lograr que se cumpla. Según sus fantasías, los pensamientos habitan en el espacio y están esperando que se les llame.

Así, imaginando, logró ver y sentir una hermosa alfombra roja bajo sus pies y que cubría todo el altillo. Luego se le ocurrió hurgar en el viejo arcón que era lo único que le habían permitido conservar. Estaba lleno de cosas insignificantes, entre las que encontró unas servilletas blancas y unas flores artificiales descoloridas que colocó sobre la mesa cubierta por el chal rojo de Ermengarda.

—Ahora —le dijo a Becky— tienes que imaginarte que la mesa está puesta con vajilla de plata y que el mantel es de tela suiza bordado por monjas españolas. A esto agregó el vaso del lavatorio y el platillo del jabón.

Sara volvió a revolver en el viejo baúl y al darse vuelta vio a Becky con los ojos cerrados con fuerza, haciendo muecas como si estuviera levantando algo muy pesado.

—¿Qué te sucede, Becky?

—Estaba tratando de imaginarme cosas, y casi logro ver lo que usted ve.

—Lo que ocurre, Becky, es que debes practicar. Resulta muy fácil cuando se hace a menudo. Al principio hay que esforzarse un poco, pero después sale solo. ¡Mira!

Había un viejo sombrero de paja, cuya cinta estaba cubierta de flores secas. Sara quitó la cinta y exclamó:

—Ésta será la guirnalda de la fiesta. Con estos papeles haremos platillos para los bombones y con las flores sobrantes adornaremos el candelabro. ¿Ves como la magia hizo que esta triste buhardilla parezca un magnífico salón de fiesta?

Becky la miraba extasiada; luego contemplando la habitación, preguntó:

—¿Es la Bastilla, o se ha convertido en otra cosa?

—Es la sala de banquetes —dijo Sara— con su techo abovedado, y ¿ves allí? Ahí está la galería alta para los músicos, y una espaciosa chimenea alimentada por gruesos troncos de roble ardiendo. A los costados la alumbran grandes candelabros de plata con bujías de cera.

—¡Oh, Dios..., señorita Sara! —repetía Becky, boquiabierta.

—¿No es bonito? Son objetos rescatados de mi viejo baúl; le pedí a la magia que transformara todo.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Ermengarda, casi tambaleándose bajo el peso de la carga. Se detuvo con una exclamación de alegría. Venir de la oscuridad, fría y helada, y hallarse de pronto ante una mesa completamente inesperada dispuesta para un festín, tapizada de rojo, bandejas de oro, adornada con mantelería de encaje y guirnaldas de flores, leños que ardían en la chimenea, músicos en la galería... era encontrar que la magia había hecho lo suyo.

—Es como una fiesta de verdad —comentó.

—Es como la mesa de una reina —suspiró Becky.

Ermengarda entonces, con elacicate del entusiasmo general, tuvo una ocurrencia brillante.

—¿Sabes qué, Sara? Imaginemos ahora que eres una princesa y que ésta es una fiesta de palacio.

—Pero tú invitaste —objetó Sara—. Entonces tú debes ser la princesa y nosotras tus damas de honor.

—¡Oh, yo no puedo! —protestó Ermengarda—. Soy demasiado gorda y no sé tampoco cómo debo proceder. Hazlo tú.

—Bien; si tú lo quieres... —consintió Sara.

Mas, súbitamente se le ocurrió otra cosa y corrió a la chimenea.

—Aquí hay montones de desechos y recortes de papel; si les prendemos fuego, habrá una llama brillante que durará unos minutos y sentiremos el mismo calor que si los troncos ardieran.

Encendió, pues, un fósforo e hizo brotar una gran llamarada que iluminó todo el cuarto.

—Cuando deje de arder —insinuó—, olvidaremos que no era real.

Y, erguida en medio del fulgor rojizo, sonreía a sus comensales.

—¿No parece real...? —preguntó—. Y ahora, ¡que empiece la fiesta!

Con un gesto solemne y elegante de la mano hacia Ermengarda y Becky, Sara invitó a las damas de su comitiva. Caminaba como absorta y dijo con su voz de ensueño dichoso:

—Avanzad, hermosas damas, y sentaos en la mesa real. Mi noble padre, el rey, que se ha ausentado para un largo viaje, me ha encargado agasajaros. —Volvió la cabeza ligeramente hacia un ángulo del cuarto—. ¡Vosotros aquí... acercaos,

ministriles! Tañed vuestras violas y bajos. Las princesas —explicó rápidamente en un aparte a Ermengarda y Becky— siempre llaman a juglares que hacen música en los festines. Imagínense que aquel rincón es la galería de los juglares. Ahora comencemos.

Apenas tuvieron tiempo de coger un trozo de torta en sus manos —ninguna alcanzó a hacer más— cuando... las tres se incorporaron de pronto con la palidez en los rostros vueltos hacia la puerta... escuchando angustiadas. Alguien subía las escaleras. No había duda. Las tres reconocieron los pasos furibundos y nerviosos de la directora y supieron que ése era el fin.

—¡Es... la señorita Minchin...! —balbuceó Becky, y el pedazo de torta se le cayó al suelo.

—Sí —dijo Sara, sus ojos estaban más dilatados que nunca en su carita palidísima—. La Minchin nos ha descubierto.

La señorita Minchin abrió la puerta con violencia. Estaba pálida de furor. Miraba las caras asustadas de las niñas, la mesa del banquete y el resplandor moribundo del papel quemado en el fogón.

—¡Ya sospechaba algo parecido! —exclamó—. ¡Pero no soñé tal audacia! ¡Veo que Lavinia no mentía!

Comprendieron así que había sido Lavinia quien en alguna forma adivinara el secreto y las había traicionado. La señorita Minchin dio dos pasos hacia Becky y, por segunda vez en el día, le tiró las orejas.

—¡Atrevida! —gritó—. ¡Mañana a primera hora estarás en la calle!

Sara cada vez más pálida, se quedó inmóvil; sus ojos se dilataron y su rostro palideció aún más. La pequeña Ermengarda rompió a llorar.

—¡Oh, por favor, no la eche, señorita! —sollozó—. Esto me lo mandó mi tía y sólo nos entretenemos un poco.

—¡Ya lo veo! —la voz de la señorita Minchin sonó frenética—. ¡Ya lo veo, con la princesa Sara en la cabecera de la mesa! —Y con un gesto duro, se volvió a Sara—. Esto es cosa tuya, naturalmente —farfulló—. Ermengarda ni siquiera pensaría en semejante atrevimiento. Tú adornaste la mesa, supongo, con estos trastos. —Dicho esto se volvió de nuevo a Becky, dando un taconazo en el suelo de enconada impaciencia—. ¡A tu cama, pronto!

Becky, con amargos sollozos de miedo y desencanto, se alejó con el delantal sobre el rostro.

Enseguida, se volvió por segunda vez a Sara:

—De ti me encargaré mañana. ¡Por lo pronto, no tendrás desayuno, almuerzo ni cena!

—Tampoco he comido en todo el día de hoy, señorita Minchin. —Advirtió Sara con voz desfallecida.

—Tanto mejor, así no se te olvidará tan pronto. Muévete un poco y guarda estas cosas en el baúl otra vez.

La señorita Minchin comenzó a guardar las delicias que estaban sobre la mesa, tirándolas dentro de la caja de donde habían salido. De repente descubrió los libros que había traído Ermengarda.

—¿Por qué ha traído estos libros a este altillo mugriento? Tómelos inmediatamente y váyase a la cama. Se quedará acostada todo el día. Le escribiré a su padre para contarle lo que ha sucedido. ¡Quién sabe qué dirá cuando se entere!

Su mirada se cruzó una vez más con la de Sara.

—¿Qué piensa Sara Crewe? ¿Por qué me mira de ese modo?

—Me pregunto qué diría mi padre si supiera lo que ha pasado esta noche...

La voz de Sara sonó triste, no insolente. Pero la furia se apoderó de la directora, que zamarreando a la niña gritó:

—¡Muchacha insolente! ¡Cómo te atreves!

La señorita Minchin terminó de tirar el resto de las golosinas dentro de la caja, tomó los libros, empujó a Ermengarda para que saliera y de un golpe cerró tras sí la puerta.

El sueño se había desvanecido. La última chispa se había extinguido en los papeles del fogón, dejando sólo negra chamusquina. La mesa estaba desnuda y los platos de oro y la mantelería ricamente bordada y las guirnaldas volvieron a convertirse en viejos pañuelos, arrugados trozos de papel rojo y blanco y desechos de flores artificiales esparcidos por el suelo. Los juglares de la galería habían desaparecido y callaban las violas y los bajos. Emilia seguía sentada apoyada contra la pared, mirando severamente. Sara la vio y fue a recogerla con manos temblorosas.

—Se acabó el banquete, Emilia —dijo—. Ya no hay princesa alguna. Sólo quedan prisioneras en la fría Bastilla —y sentándose en la penumbra con las piernas recogidas, ocultó la cara entre las manos.

El movimiento en el techo continuaba; allí, apretada contra el vidrio y escudriñando en el interior, estaba la misma cara que aquella tarde espiaba, cuando ella estaba charlando con Ermengarda. Ram Dass expectante, no perdía detalle de lo que acontecía en el interior del altillo. Pero Sara no levantó la mirada y nada sospechaba de lo que estaba sucediendo. Se mantuvo durante un rato sentada, soportando su pena, con su cabecita oscura entre los brazos. Ésta era su actitud favorita cuando se sentía agobiada.

—Nunca más imaginaré algo mientras esté despierta —se dijo—. Tal vez si duermo, el sueño vendrá e imaginaré por mí. Podría soñar que el fuego está encendido de verdad... que hay un sillón junto a él... una mesa tendida con sopa caliente... una cama blanda y abrigada...

Luego, medio dormida ya, se incorporó y fue muy despacio a la cama. Su intensa fatiga hizo que sus ojos se cerraran y enseguida cayó en un sueño profundo.

No sabía cuánto tiempo durmió. Pero su agotamiento era más que suficiente para darle un sueño de piedra, que nada podía turbar, ni aun los chillidos y correteos de la familia entera de *Melquisedec* si todos sus hijos e hijas hubiesen salido de su agujero a pelear y jugar fuera.

Cuando repentinamente despertó, no supo si alguna cosa en particular la había arrancado de su sueño. No sabía si había sido un ruido real o imaginario. La verdad era que había sido un ruido real: el clic de la claraboya al caer cerrándose tras una silueta blanca que se deslizó por ella y se agazapó a un lado bajo las tejas, tan cerca

como era posible para ver lo que sucedía en el cuarto sin ser advertida.

Sara se sobresaltó. Abrió y cerró los ojos, y creyó que aún dormía. Sentía demasiado sueño y, lo que era extraño, sentía una sensación de tibieza y comodidad. Se sentía tan calentita y agradable, que no creyó que fuera real. Nunca había estado tan a gusto, excepto en algún sueño placentero.

—¡Qué hermoso sueño! —murmuró—. ¡Estoy tan comfortable así que no quisiera despertar!

Tenía la impresión de que la estaban cobijando suaves y tibias ropas de cama. Sí que sentía esas mantas, y cuando extendió su mano, tocó algo que inconfundiblemente era un edredón forrado en seda. Se resistió a despertar de semejante goce, quedándose muy quietecita para que durase más.

Pero no pudo... no pudo, aunque apretaba con fuerza los ojos, algo la forzaba a despertar, algo que había en el cuarto. Era una sensación de luz, y un ruidito, el crepitar de un pequeño pero alegre fuego.

—¡Ay, me estoy despertando! —se dijo, afligida—. ¡No es posible evitarlo... no puedo!

Sus ojos se abrieron a pesar suyo. Y entonces sonrió, porque nunca había visto su cuartito de esa manera.

—¡Ah, pero no he despertado! —murmuró, animándose a incorporarse sobre un codo y mirando a su alrededor—. Todavía debo estar soñando.

Tenía que ser un sueño. Veía en el hogar, un fuego brillante y vivo sobre el cual una pequeña tetera de bronce silbaba con agua hirviendo; en el suelo se extendía una gruesa y hermosa alfombra granate. Delante del fuego, un sillón plegadizo, listo con los almohadones puestos; junto al sillón una pequeña mesita extensible, tendida con un mantel blanco, y sobre el mismo, diversos platitos, cubiertos, una taza con su plato y una jarra. Sobre la cama había nuevas mantas de abrigo y un edredón forrado de raso, y al pie una florida bata de seda, un par de chinelas forradas y algunos libros. Por obra de las hadas, el cuento de sus sueños revivía y se había convertido en realidad, todo inundado de cálida luz, pues había una lámpara encendida sobre la mesa, sombreada por una pantalla rosada.

Falta de aliento, Sara se sentó apoyada en un codo, para contemplar, como encantada, la maravilla que tenía ante sus ojos. La habitación de su fantasía se había convertido en realidad.

—Y... no se desvanece —balbuceó—. ¡Por amor de Dios... nunca he tenido un sueño tan... tan vívido! —La niña apenas osaba moverse, pero por fin tiró las mantas a un lado y puso los pies en el suelo, con su carita asombrada e iluminada por una sonrisa de éxtasis—. Estoy soñando... que me levanto de la cama —oyó decir a su propia voz, y luego, mientras daba vueltas hacia un lado y otro, de pie en el centro del cuarto—: Estoy soñando que todo es-to es real... ¡que es real! Está... hechizado... o

soy yo quien está hechizada. Creo ver esas cosas bonitas... nada más. —
Incontenibles, las palabras comenzaron a atropellarse en sus labios—. ¡Oh, si tan sólo
pudiese seguir creyendo que existe! ¡Nada me importaría... nada!

Indecisa, después de otro momento de turbado asombro, exclamó de nuevo:

—¡Ah, pero no es verdad, no puede ser! ¡Pero cuán verdadero parece!

El fuego encendido la atraía y, arrodillándose delante, extendió sus manos cerca de las llamas, tan cerca que el ardor la hizo retroceder.

—Un fuego solamente soñado no quemaría las manos —exclamó.

Se incorporó de un salto y comenzó a tocar la mesa, los platos, la alfombra... fue a la cama y palpó las mantas. Recogió la suave bata acolchada, y en un arrebató la estrechó contra su pecho y acarició su mejilla con la sedosa tela.

—¡Qué suavidad se siente! —casi sollozó—. ¡Y es de seda! No cabe duda... es de verdad. —Se la echó sobre los hombros y metió los pies en las chinelas—. ¡Y éstas también son verdaderas! Y no estoy... ¡no estoy soñando!

Fue hacia los libros con paso inseguro y abrió el primero, el que estaba encima. Había algo escrito en la primera página, sólo unas cuantas palabras que decían: *A la pequeña de la buhardilla. De un amigo.*

Cuando leyó esto, ¿no era una cosa extraña lo que sucedía? Se dejó caer con la carita sobre el libro y rompió en lágrimas.

—No sé quién es —dijo—, pero hay alguien que me quiere un poco. Ya cuento con un amigo.

Cogió su bujía y salió corriendo al otro cuarto, al de Becky, fue a su cama para despertarla y compartir tanta maravilla. La pobre criada aún tenía las marcas de las lágrimas en la cara. Al abrir los ojos y ver a Sara ataviada con la espléndida bata de levantarse, se sobresaltó y pensó que era la princesa que ella recordaba.

—¡Becky... Becky! ¡Ven! —llamó tan fuerte como se atrevió.

Demasiado asustada para poder articular una palabra, la niña se levantó sin esperar más y siguió a su princesa, boquiabierta y con ojos asombrados. Cuando cruzaron el umbral del cuarto de Sara, la princesa cerró la puerta suavemente y la atrajo hacia aquel tibio y esplendoroso lugar, lleno de cosas que le hacían dar vueltas la cabeza y vacilar sus sentidos amedrentados.

—¡Es de verdad... es de verdad! —la animó Sara—. Yo he tocado todas estas cosas con la mano, y son reales, tan verdaderas como tú y yo. Un mago ha venido y traído todo mientras estábamos dormidas... un mago bondadoso que nunca permitirá que vuelvan a suceder cosas feas y que la desesperación se apodere de nosotras.

XVI

EL VISITANTE

Es imposible imaginar cómo fue el resto de la noche para esas dos niñas. Se arrodillaron junto al fuego que chisporroteaba alegremente y lucía como una gran hoguera; al destapar las fuentes hallaron sopa caliente y sabrosa que era un verdadero manjar, y emparedados, tostadas y bollos en abundancia. Becky usó el vaso del lavabo como taza para tomar un riquísimo té. No hacía falta imaginar. Ambas comieron a gusto, felices ante semejante acontecimiento. Sara había vivido imaginando cosas, y aceptar lo que había soñado, le resultaba tan fácil como el juego en sí.

—No sé quién me lo ha enviado, pero estoy segura de que es real. Quienquiera que sea, se trata de un amigo mío.

Las niñas se miraban una a otra azoradas y casi temerosas de que lo que estaban viviendo se desvaneciera de un momento a otro.

—¿No sería mejor que lo comiéramos rápido? —dijo Becky mientras se atragantaba con un sándwich.

—No —contestó Sara con seguridad—. Esto no es una fantasía, no es un sueño, es realidad. No tengo duda de que estoy comiendo una galleta. Cuando uno sueña, no mastica y traga de verdad, ni se quema con las brasas. Y yo me quemé con el fuego para estar segura de que es real.

Un bienestar soñoliento empezó a invadirlas, fue una sensación deliciosa. Era la modorra de haber comido bien y estar satisfechas. Gozando al calor del fuego, Sara se encontró de pronto mirando con anhelo a su cama acogedora. Había frazadas suficientes para compartir con Becky, que jamás había soñado tener un lecho tan abrigado.

Al salir del cuarto, Becky se volvió desde el umbral y recorrió con ojos soñadores la buhardilla.

—Si mañana ya no quedara nada de todo esto, señorita —dijo—, por lo menos esta noche ha sido real y no lo olvidaremos nunca.

A través de los misteriosos conductos que funcionan en todas las escuelas y entre los criados de las casas, a la mañana siguiente era de conocimiento de todos, que Sara Crewe había caído definitivamente en desgracia, que Ermengarda estaba castigada y que Becky habría sido despedida antes del desayuno, a no ser porque un ayudante de cocina es difícil de reemplazar.

Los criados sabían que se le permitía permanecer en su puesto porque la señorita Minchin no hallaría con facilidad otra criatura tan desamparada y miserable dispuesta

a trabajar como una esclava por unos escasos chelines semanales. Las niñas mayores sabían también que si la señorita Minchin no echaba a Sara, era por razones de conveniencia.

—Está creciendo tan aprisa y progresa tanto en sus estudios —decía Jessie a Lavinia—, que pronto la pondrán a dar clase, y la señorita Minchin sabe que tendrá quien le trabaje gratis. Lo que hiciste fue más bien una maldad, Lavy, al contarle que se estaban entreteniéndolo allá arriba. ¿Cómo lo supiste?

—Se lo sonsaqué a Lottie. Es tan chiquita que no se dio cuenta que me lo decía. Y avisar a la señorita Minchin no fue una mal-dad; yo entiendo que era mi deber —concluyó cínicamente Lavinia—. Esas comedias... ¡es ridículo que se dé esos aires, y pase por víctima, con los andrajos que lleva encima! No entiendo por qué la señorita Minchin no se deshace de ella, aun cuando la necesite como maestra.

—No tendría dónde ir —acotó Jessie, un poco preocupada.

—¡Qué me importa! Seguro que cuando baje, va a tener una cara... Ayer no cenó y hoy también la dejarán sin comer.

—De todos modos no tienen derecho a dejarla morir de hambre.

Al entrar en la cocina aquella mañana, Sara no podía evitar su rostro sonriente. La cocinera le lanzó una mirada escrutadora, y otro tanto hicieron las criadas. Pero ella siguió su camino sin detenerse. En realidad, se había despertado un poco tarde, y como a Becky le sucedió lo mismo, no tuvieron tiempo de verse, y una y otra bajaron a toda prisa.

Sara entró en el fregadero, donde Becky restregaba enérgicamente una olla, mientras tarareaba muy bajo una cancioncilla. Al oír entrar a Sara, levantó la cara llena de excitación.

—Cuando me desperté, señorita, todo estaba allí —murmuró ansiosa— todo era tan de verdad como anoche...

—Lo mío también —dijo Sara— y todo lo demás en su sitio. Mientras me vestía, comí algo de lo que sobró anoche.

La señorita Minchin se encontraba tan deseosa de observar a Sara cuando se presentara para dar clase, como la misma Lavinia. Para la directora, Sara era un constante e irritante enigma, porque la severidad nunca la hacía llorar ni siquiera la intimidaba. Si la reñían, se quedaba callada, escuchando muy correcta con la carita seria; si le imponían un castigo, cumplía sus tareas adicionales o se aguantaba sin comer y sin dejar oír una queja, ni dando muestras de rebeldía. El hecho de que jamás diera una respuesta descortés, para la señorita Minchin era ya una insolencia. Pero pensaba que después de quedarse sin comida el día anterior, la violenta escena de la noche y la perspectiva de un día más de hambre, debía, seguramente, haber vencido su resistencia. Sería extraño, por cierto, que no bajara de su buhardilla con las mejillas pálidas, los ojos llorosos y un semblante humilde y cariacontecido.

Lavinia, por su parte, pensaba que Sara bajaría con una expresión muy compungida.

La señorita Minchin no se encontró con ella hasta que entró en la sala, a dar la clase infantil de francés y vigilar sus ejercicios. Grande fue su sorpresa cuando Sara se presentó con paso ligero y su rostro alegre, casi sonriendo. Era el hecho más inverosímil que conociera la señorita Minchin en su vida, y le produjo una sacudida desconcertante. ¿De qué estaba hecha esa criatura? ¿Qué pensar?

Inmediatamente la llamó a su escritorio y le reprochó:

—No tienes aspecto de haberte percatado de que estoy muy disgustada contigo —manifestó—. ¿Es que no tienes vergüenza?

Pero Sara se había dormido pensando en un cuento de hadas y al despertar, ese cuento se había hecho realidad, de modo que no podía estar triste.

—Le pido mil perdones, la señorita Minchin —contestó respetuosamente—. Ya que sé que está disgustada conmigo.

—Trata entonces de no olvidarlo y cambia esa cara que tienes como si acabases de encontrar un tesoro. Eso es, ni más ni menos, que una impertinencia. Y recuerda que hoy te quedarás sin comer todo el día.

—Sí, señorita Minchin —respondió Sara, pero su corazón se encogió con el recuerdo de lo que había sido quedarse en ayunas el día anterior.

«Si el mago no me hubiese salvado en el momento oportuno —pensó—, ¡cuán horrible habría sido el día de hoy!».

—¡No parece desfalleciente! ¡Mírenla, parece que hubiera tomado un exquisito desayuno! —exclamó Lavinia.

—Lo que sucede, es que Sara es diferente. A veces me da miedo —dijo Jessie.

—¡Qué ridícula! —replicó Lavinia.

El rostro sonriente de Sara no se ensombreció ni por un instante en todo el día, y el color se mantuvo en sus mejillas. Las sirvientas le lanzaban ojeadas estupefactas y murmuraban entre sí, y hasta en los ojillos celestes de la señorita Amelia se leía una expresión de desconcierto.

«¡Qué audacia la de Sara! —pensaba—. Evidentemente, se trata de una niña muy decidida».

Sara pensaba que las maravillas que acababa de vivir debían ser mantenidas en secreto, si tal cosa fuera posible. Si la señorita Minchin acertaba a subir otra vez a la buhardilla, naturalmente, todo se descubriría. Pero eso no parecía muy probable, al menos por algún tiempo, a no ser que la guiase alguna sospecha. Ermengarda y Lottie estarían tan estrictamente vigiladas que no se atreverían a escaparse de sus dormitorios otra vez. A Ermengarda se le podría contar la historia, confiando que guardase el secreto. En cuanto a Lottie, si descubría alguna cosa, habría que conminarla también a ser discreta. Quizá el mago mismo ayudase a ocultar sus

propias magias.

“Pero, suceda lo que suceda —se repetía Sara todo el día—, aun en el peor de los casos, ya sé que en alguna parte del mundo hay una persona muy bondadosa que es amiga mía... Si alguna vez llego a saber quién es... Tal vez nunca pueda llegar a decirle cuánto le agradezco... ¡Ah, nunca más volveré a sentirme tan sola! ¡Cuánta bondad ha tenido el mago para mí!

El tiempo aquel día fue más inclemente que el del día anterior. Llovía más, era más frío y había más lodo. Los recados menudeaban, la cocinera estaba del peor de los humores, y sabiendo que Sara se hallaba en desgracia, la trataba con más brutalidad. Era muy tarde cuando por fin le fue permitido subir. Se le había ordenado estudiar en la clase hasta las diez de la noche, e interesada en las lecciones, se había retrasado.

Cuando llegó al último rellano, se sintió nerviosa y se detuvo delante de la puerta de su cuarto, su corazón palpitaba agitado.

—Puede haberse llevado todo. Puede haber desaparecido todo —murmuró—. Pudo serme prestado sólo para una noche. Pero me fue dado y lo tuve. Eso ha sido real.

Haciendo acopio de todo el valor posible, empujó la puerta y entró. Una vez en el cuarto, con una exclamación ahogada, cerró la puerta y se estuvo con la espalda apoyada contra ella, mirando a uno y a otro lado. El mago había repetido su visita. Otra vez el fuego crepitaba en llamas saltarinas. Además, había cosas que cambiaban el aspecto de la buhardilla. A Sara le costaba convencerse de que todo era real.

Sobre la mesita baja, estaba servida la cena, esta vez con taza y platos para Becky, lo mismo que para ella. Todos los objetos feos y destartalados que podían disimularse con tapices habían sido tapados. Raras telas de colores vivos habían sido adheridas a la pared con agudas tachuelas pequeñísimas. Había clavados también algunos brillantes abanicos, y numerosos cojines, grandes y altos, estaban esparcidos para emplearlos como asientos. Un cofre de madera, cubierto con un tapiz y provisto de varios almohadones hacía las veces de sofá.

Sara se alejó despacio de la puerta, se sentó, mirando largamente sin cansarse.

—Es exactamente como un cuento de hadas hecho realidad —se dijo—. No hay la menor diferencia. Siento que podría desearlo todo... aun diamantes y talegas de oro, y también aparecerían. Eso no sería más extraordinario que esto.

Se incorporó y golpeó en la pared del prisionero de la celda contigua, que acudió a la llamada y por poco no cayó sin sentido al suelo al entrar. Por el espacio de breves segundos quedó sin respirar siquiera.

—¡Oh, cielos! —suspiró.

—¿Qué te parece? —preguntó Sara.

Aquella noche, Becky, sentada sobre el cojín, en la alfombra junto al fuego, tuvo

su plato y su taza propios.

Cuando Sara se fue a acostar, descubrió que disponía de un nuevo y grueso colchón y grandes y mullidas almohadas. Su colchón y su almohada viejos habían sido trasladados al lecho de Becky, que, por consiguiente, disfrutaba de comodidades no soñadas.

—¿De dónde viene todo esto? —preguntaba Becky más de una vez—. ¡Santo Dios! ¿Quién lo hace, señorita?

—No debemos ni siquiera preguntarlo —dijo Sara—. Si no fuese por el enorme deseo de dar las gracias, preferiría no saber, porque el misterio lo hace más hermoso.

Desde entonces, la vida de las niñas fue cada vez más maravillosa. El cuento de hadas no cesaba. Casi todos los días había alguna novedad. Cada vez que Sara abría la puerta, por la noche, encontraba algo nuevo para su comodidad y adorno. En poco tiempo el desván se transformó en un hermoso saloncito lleno de toda clase de cosas raras y lujosas. Al salir por la mañana, los restos de la comida quedaban sobre la mesa, y al volver a la noche, habían sido reemplazados por una comida fresca.

La señorita Minchin era tan áspera e insultante como siempre, y la señorita Amelia no era menos tontona, ni los sirvientes menos vulgares y groseros. A Sara se le mandaba toda suerte de encargos, hiciese el tiempo que hiciese, y la regañaban y no le daban descanso; apenas le era posible hablar con Ermengarda y Lottie.

Lavinia seguía burlándose ante la miseria cada vez más evidente de sus ropas, y las otras discípulas la observaban con curiosidad y murmuraban entre dientes cuando aparecía en el aula. Pero ¿qué importaba nada mientras viviera aquella asombrosa y enigmática historia?

«¡Si supiesen...! —se decía para sí—. ¡Si solamente supiesen!»

El bienestar y la felicidad de que disfrutaba, no sólo la estaban fortaleciendo, sino que servían de aliciente. Si regresaba al colegio luego de sus andanzas con la ropa húmeda, fatigada y con hambre, sabía que en cuanto subiera la escalera, estaría confortable y bien alimentada. En el transcurso del día se entretenía pensando en lo que encontraría al entrar a la buhardilla, y tratando de adivinar qué nuevas delicias se le ofrecerían. En muy poco tiempo comenzó a verse menos delgada.

—Sara Crewe está extraordinariamente bien —observó la señorita Minchin, en tono reprobatorio a su hermana.

—Sí —contestó la pobre y bobalicona señorita Amelia—. Está engordando a ojos vistas, a pesar de que la tenemos muerta de hambre. Había llegado a parecer un cuervito moribundo.

—¡Muerta de hambre! —exclamó airada la señorita Minchin—. No había razón para que así pareciese. Siempre ha tenido comida en abundancia.

Por supuesto... —convino la señorita Amelia, humilde e intimidada por haber dicho algo que no debía.

—Es muy desagradable observar esas cosas en las niñas de su edad continuó la señorita Minchin con austera reticencia.

—¿Esas cosas...? ¿Qué cosas? —aventuró la hermana.

—Esa actitud que podría llamarse de desafío —contesto la directora, irritada por saber que lo que a ella le incomodaba, nada tenía de desafío, aunque no sabía qué otro término desagradable usar—. El espíritu y la voluntad de cualquier otra niña se habrían doblegado del todo y vuelto humilde, como consecuencia de... de los cambios que ha tenido que pasar. Pero se la ve tan poco sumisa, como si fuera una princesa.

—¿Recuerdas aquella vez que en la sala de clases te sugirió que te sorprenderías si descubrieras que es una princesa? —insistió la poco inteligente Amelia.

—No digas tonterías —contestó la directora.

También Becky comenzaba a parecer más llenita y más segura de sí misma. Era la consecuencia natural de su participación en aquel secreto cuento de hadas.

La Bastilla había desaparecido. Los prisioneros ya no existían. En su lugar, dos niñas maravilladas gozaban de los placeres de la comida, del descanso, de la lectura y de la contemplación de las llamas en la chimenea.

Uno de esos días, acaeció otro evento maravilloso.

Un hombre llamó a la puerta del pensionado, dejando varios paquetes, dirigidos, con grandes letras: «*A la niña del cuarto de la derecha, en la buhardilla*».

Fue la misma Sara la que abrió la puerta y los recibió. Depositó las dos cajas más grandes en la mesa del vestíbulo y estaba leyendo el rótulo cuando la señorita Minchin, que bajaba la escalera, la observó.

—Lleva esas cosas a la niña a quien están dirigidas —le dijo severamente—, y no estés perdiendo el tiempo ahí contemplándolas.

—Van dirigidas a mí —respondió Sara sin alterarse.

—¿A ti? —preguntó la señorita Minchin—. ¿Qué quieres decir?

—No sé de dónde proceden, pero están dirigidos a mí. Yo duermo en el cuarto de la derecha; Becky tiene el otro.

La directora se acercó y examinó los paquetes con mal disimulada agitación.

—¿Qué hay dentro? —preguntó.

—No sé —replicó Sara.

—Ábrelos —ordenó.

Sara hizo lo que se le mandaba. A medida que aparecía el contenido de los paquetes, el semblante de la señorita Minchin adquiría la expresión de disgusto sofocante. Eran ropas elegantes y confortables; vestidos de diversas clases, zapatos, medias, guantes y una chaqueta de buen paño y bien hecha. Hasta había un precioso sombrero y un paraguas para señorita. Todos eran artículos de buena calidad y costosos, y en el bolsillo de la chaqueta había prendido un papel con un alfiler, en el

cual estaban escritas las siguientes palabras: «*Para llevar todos los días. Las prendas serán reemplazadas por otras en el momento oportuno*». El disgusto de la señorita Minchin era creciente. Era éste un incidente que sugería serias advertencias a su conciencia sordida. Bien podría ser que, después de todo, hubiese cometido un error, y esa niña desamparada tuviese la protección de alguna persona excéntrica; quizá algún pariente antes ignorado, que de pronto había descubierto su paradero y deseaba contribuir a su bienestar en esa forma misteriosa y desusada. Los parientes a veces procedían en forma tan singular... en particular los tíos ricos y solterones, que no querían tener niños a su alrededor.

Un hombre de ese tipo, quizá preferiría vigilar a su pequeña parienta a distancia. Una persona así, por añadidura, solía ser altanera y ligera de genio, como para ofenderse fácilmente. En tal caso, no sería del todo agradable tener que afrontarlo cuando se enterase de toda la verdad acerca de la ropa mísera e insuficiente, la alimentación escasa y el trabajo excesivo que Sara soportaba. Por consiguiente, empezó a sentirse a disgusto e insegura. Mirando a la niña de reojo y usando un tono que no había vuelto a emplear desde que la pequeña perdiera a su padre, le dijo:

—Bien, alguien se muestra caritativo contigo. Ya que te han enviado esto y tendrás cosas nuevas cuando éstas se vean feas, puedes ir a ponértelas, a ver si te presentas un poco mejor. Cuando estés vestida, puedes bajar y estudiar tus lecciones en el aula. No necesitas salir a hacer más recados por hoy.

Más o menos media hora después, cuando se abrió la puerta de la clase para dar paso a Sara, todo el colegio quedó mudo de sorpresa. Iba vestida con sus ropas nuevas.

—¡Madre mía! —exclamó por fin Jessie, dando un codazo a Lavinia—. ¡Mira a la princesa Sara!

Todo el mundo tenía los ojos puestos en ella y sus nuevos atavíos, y cuando Lavinia la vio, se enrojeció hasta el cabello.

Era verdaderamente la Princesa Sara. Al menos, desde los días en que se le diera ese nombre, Sara nunca había lucido como ahora. No parecía la misma niña que habían visto bajar por la escalera de servicio sólo unas pocas horas antes. Vestía aquella forma de traje que Lavinia solía envidiarle. De bonito color y corte perfecto.

—Quizá alguien le ha dejado una herencia —cuchicheó Jessie—. Siempre supuse que le sucedería algo así... ¡Es una chica tan particular!

—¿No serán las minas de diamantes que han reaparecido de pronto? —dijo Lavinia, mordaz—. ¡Por favor, no estés admirándola de esa manera, estúpida!

—¡Sara! —rompió el silencio la voz solemne de la señorita Minchin—. Ven y siéntate aquí.

Mientras la clase entera, boquiabierta y en el colmo de la curiosidad, a duras penas mantenía el decoro, Sara se instaló en su antiguo sitio de honor e inclinó la

cabeza sobre sus libros.

Aquella noche, cuando regresó a su cuarto, después que ella y Becky hubieran cenado, se sentó mirando al fuego con rostro grave durante largo rato. Becky conocía esa actitud, sabía que estaba inventando alguna historia.

—¿Está inventando algo, señorita? —inquirió por fin Becky con suavidad y respeto.

No era una historia lo que Sara tramaba, sino la forma de hacer llegar su agradecimiento a su benefactor.

—No puedo dejar de pensar en ese amigo mío —manifestó Sara—. Si él quiere mantener el secreto, sería una falta de discreción ponerse a averiguar quién es. Al mismo tiempo, mucho desearía que supiera cuán agradecida le estoy y cuán feliz me ha hecho.

En ese momento sus ojos advirtieron algo sobre una mesita, algo que había descubierto en el cuarto apenas dos días antes.

Era una pequeña carpeta provista de papel y sobres, plumas y tinta.

—¡Oh...! —exclamó—. ¿Cómo no lo pensé antes?

Se incorporó y fue hasta el rincón a buscar los útiles para escribir y llevarlos junto al fuego.

—Puedo escribirle —musitó contenta— y dejar la carta sobre la mesa. Quizás la persona que trae las cosas se la lleve. No le preguntaré nada. Estoy segura de que no se disgustará porque le dé las gracias. Entonces se puso a escribir una nota.

Espero que no considerará usted importuno que le escriba estas líneas, ya que desea mantenerse en el anonimato. Le ruego quiera creer que no es mi intención causarle molestias ni averiguar nada; sólo deseo agradecerle por ser bondadoso, tan excelsamente bondadoso conmigo, convirtiendo mi vida en un cuento de hadas. Le estoy agradecida infinitamente y me siento muy feliz; lo mismo que Becky. Ella siente tanto agradecimiento como yo, por ser todo tan hermoso y admirable para ella como para mí. Solíamos hallarnos tan desamparadas y con hambre y con frío, y ahora... ¡ah..., piense usted en lo que ha hecho por nosotras! Le ruego que me permita decirle todo esto. Siento como que es mi deber enterarle de mi profundo reconocimiento. Gracias... gracias... gracias.

La niña de la buhardilla.

A la mañana siguiente dejó la misiva sobre la mesita, y a la noche se la habían llevado junto a las demás cosas; así, pues, sabía que el mago la recibió y eso la hizo aún más dichosa.

Esa noche, antes de irse a sus respectivas camas, Sara le leía en voz alta a Becky uno de sus nuevos libros, cuando atrajo su atención un ruido en la claraboya. Al levantar la vista, comprendió que Becky también lo había oído, y, como ella misma, alzaba la cabeza para mirar y escuchar con cierta nerviosidad.

—¡Hay algo ahí, señorita! —murmuró.

—Sí —dijo Sara quedamente—. Suena... más bien como un gato que tratara de entrar...

De repente, Sara se rió. Se acordó del monito que se había escurrido en el altillo y que esa misma tarde había visto cerca del anciano caballero sentado junto al fuego.

Abandonó el sillón y fue a la ventana. Subió en una silla, levantó cautelosamente la claraboya y se asomó. Había estado nevando todo el día y sobre la nieve, muy cerca de ella, vio acurrucada una pequeña figurita temblorosa, cuya carita oscura empezó a hacer muecas lastimeras al verla cerca de ella.

—¡Es el monito! —exclamó—. Se ha escapado del cuarto del *láscar* y viendo luz aquí...

—¿Va a dejarlo entrar, señorita? —preguntó Becky corriendo a su lado.

—Sí —contestó Sara, gozosa—. Hace demasiado frío ahí a la intemperie para un mono, pues son animalitos muy delicados. Voy a atraerlo para que venga.

Sara extendió su mano, evitando hacer movimientos bruscos y hablándole con esa vocecita dulce como cuando hablaba con Melquisedec o los gorriones.

—Ven acá, monito querido —susurró—; no te haré daño.

El monito intuyó que la niña no había de hacerle daño, y lo sabía aun antes de que ella le pusiera su mano suave y acariciadora sobre la cabecita, atrayéndole luego hacia ella. Sentía comprensión y cariño como entre las hábiles manos oscuras de Ram Dass. Permitted que lo alzase para pasarlo por la abertura, y cuando se encontró en sus brazos, se acurrucó contra su pecho, asiéndose amistoso de un rizo de su cabellera.

—¡Monito lindo... monito lindo! —lo mimaba Sara.

—No es muy bonito. ¿Qué hará usted con él? —preguntó Becky.

—Lo dejaré dormir conmigo esta noche, mañana se lo devolveré al *caballero venido de la India*. Lamento tener que devolverte, monito; pero tienes que irte. Tú debes querer más a tu propia familia, y yo no soy un pariente verdadero.

Cuando ella se fue a dormir, le hizo un lugar a los pies de la cama, y él, hecho un ovillo, durmió allí como si fuese una guagua de verdad.

XVII

¡ÉSTA ES LA NIÑA!

A la tarde siguiente, el *caballero venido de la India* estaba en su biblioteca y tres de los hijos de *la familia grande* trataban de entretenerlo. Se les había autorizado a una visita porque él los había invitado en forma expresa. Últimamente había vivido en permanente angustia y aquel día esperaba con ansiedad el regreso del señor Carmichael de Moscú. La estada del abogado en esa ciudad, se había prolongado semana tras semana. Le fue difícil ubicar a la familia que había ido a buscar. Cuando al fin tuvo la certeza de haberlos encontrado y fue a visitarlos a la casa, le dijeron que se hallaban de viaje. Entonces decidió esperarlos en Moscú hasta que regresaran.

El señor Carrisford estaba sentado en su sillón de inválido, y Janet en el suelo a su lado. Quería mucho a Janet. Nora había conseguido un taburete, y Donald cabalgaba en una cabeza de tigre que ornamentaba una alfombra hecha con la piel del animal.

—No grites tan fuerte, Donald —dijo Janet—. Cuando uno va a entretener a una persona enferma, no lo hace a gritos, —y agregó—: Papá llegará en cualquier momento. ¿Podemos hablar de la niñita perdida?

—Ahora creo que no podría hablar de otra cosa —respondió el enfermo, cuyo rostro se veía muy cansado.

—Ella nos gusta mucho —dijo Nora—. La llamamos la pequeña princesa casi hada.

—¿Por qué? —preguntó el *caballero venido de la India*, a quien las ocurrencias de los niños de *la familia grande* le divertían mucho y le ayudaban a olvidar sus preocupaciones.

—Porque, aunque no es exactamente un hada —respondió Janet— cuando la encuentren será tan rica como una princesa de los cuentos.

—¿Es cierto —preguntó Nora— que el papá le dio todo su dinero a un amigo para que invirtiera en una mina de diamantes, y que ese amigo se fue porque creyó que lo había perdido todo y se creía un ladrón?

—Pero ya sabes que no lo era —se apresuró a aclarar Janet.

—No, en realidad no lo era —dijo el señor Carrisford y le cogió una mano.

—Me da pena el amigo —se compadeció Janet—. No quiso hacer lo que hizo y eso debe de haberle destrozado el corazón.

—Eres una muchachita muy comprensiva, Janet —dijo el caballero.

—Janet, ¿le contó usted al señor Carrisford —intervino Donald— sobre «la niña que no es una mendiga»? ¿Le contó que ahora tiene vestidos lindos?

—¡Ahí viene un carro! —exclamó Janet— y se detiene en la puerta. ¡Es papá!

Todos corrieron a las ventanas a mirar.

—Sí, es papá —anunció Donald—. ¡Pero no viene ninguna niña!

Los tres salieron de carrera del salón e hicieron irrupción en el vestíbulo. Así es como daban siempre la bienvenida a su padre.

El señor Carrisford hizo un esfuerzo por levantarse, pero volvió a caer en el sillón.

—Es inútil —dijo—. ¡Qué ruina estoy hecho!

La voz del señor Carmichael se aproximaba a la puerta.

—No, niños —estaba diciendo— pueden venir después que yo haya conversado con el señor Carrisford. Ahora, vayan a jugar con Ram Dass.

Entonces, abrió la puerta y entró. Parecía de mejor aspecto que nunca y llevaba consigo una atmósfera de frescura y salud. Pero sus ojos revelaban desazón y ansiedad, cuando, al estrecharse las manos, enfrentaron la ansiosa mirada del enfermo.

—¿Qué noticias trae? —preguntó el señor Carrisford—. ¿Y la niña que adoptaron esos rusos?

—No es la niña que estábamos buscando —fue la respuesta del abogado. Es mucho más pequeña que la hijita del capitán Crewe; la vi y hablé con ella. Se llama Emely Carew. Los rusos me dieron todos los detalles.

¡Cuán abatido y digno de compasión parecía el *caballero venido de la India*! Su mano soltó la del señor Carmichael.

—Entonces la búsqueda tendrá que comenzarse de nuevo —dijo después de un abrumador silencio—. Eso es todo; siéntese, se lo ruego.

El señor Carmichael tomó asiento. Sentía un gran afecto por aquel hombre abatido. Él era tan feliz, vivía rodeado de tanta alegría y amor, que la desolación y la mala salud del *caballero venido de la India*, le resultaban insoportables. Y más doloroso le resultaba el dolor que ese hombre llevaba en su pecho al haber causado tanto daño involuntariamente.

—¡Vamos, vamos! —trató de animarlo—. ¡Ya la encontraremos!

—Debemos comenzar enseguida. No hay tiempo que perder —urgió el señor Carrisford—. ¿Tiene usted alguna una nueva sugerencia, cualquiera que sea?

El señor Carmichael, cada vez más preocupado, se levantó y empezó a recorrer el salón con pasos largos, semblante caviloso e inquieto, expresión pensativa e insegura.

—Sí, quizá —respondió al fin—. No sé si valdrá la pena. El hecho es que se me ocurrió la idea en el viaje desde Dover mientras reflexionaba sobre el asunto.

—¿De qué habla? Si vive, está en alguna parte.

—Sí; está en alguna parte. Ya hemos buscado en las escuelas de París, hagámoslo ahora en Londres. Ésa fue mi idea: buscar a la niña en Londres.

—Hay muchas escuelas en Londres —dijo el señor Carrisford, y con cierto

nerviosismo, provocado por una idea repentina, añadió—. Por ejemplo, justo aquí en la casa vecina.

—Entonces empezaremos por ahí.

—No —dijo el señor Carrisford—. Hay allí una niña que me interesa, pero no es una alumna; es una pobrecita criatura morena, muy distinta de lo que imagino que podría ser una hija de Crewe.

Nuevamente aconteció algo mágico. Ram Dass entró en el salón y saludando respetuosamente, pero con un mal disimulado entusiasmo en sus ojos oscuros y chispeantes.

—*Sahib* —dijo—, la niña en persona ha venido; la niña que el *sahib* protege. Viene a devolver el mono, que se ha escapado a su buhardilla por el tejado. Le he dicho que aguarde un momento. Fue mi pensamiento que quizás complacería al *sahib* verla y hablar con ella un rato.

—¿Quién es? —interrogó el señor Carmichael.

—¡Dios lo sabe! —respondió el señor Carrisford—. Es la niña de que hablé antes. Una criadita de la escuela. Sí, me gustaría verla. Ve y hazla pasar.

Luego se volvió al abogado.

—Mientras usted estuvo ausente —manifestó—, ¡he estado tan desesperado! Los días eran largos y oscuros... Ram Dass me contó el infortunio de esa niña, y juntos inventamos un plan romántico para ayudarla. Supongo que fue una cosa pueril, pero me dio algo en qué pensar y ocuparme. Sin la ayuda de un oriental hábil y diestro como Ram Dass, sin embargo, nunca se habría podido realizar.

En ese momento Sara entró en el salón. Llevaba al monito en los brazos, y por cierto que el animalito no daba muestras de querer desprenderse de ella.

—Su monito se ha escapado —dijo ruborizándose—. Anoche llegó al tragaluz de mi cuarto, y yo lo hice entrar a porque hacía mucho frío. Lo hubiese traído enseguida, pero era muy tarde. Sabía que usted está enfermo, y podría no agradarle que le molestara.

Los ojos hundidos del caballero venido de la India la contemplaban con curiosidad e interés.

—Eres muy amable, hija.

Sara miró hacia Ram Dass, que estaba de pie junto a la puerta.

—¿Se lo doy al *láscar*? —preguntó.

—¿Cómo sabes que es un *láscar*? —quiso saber el *caballero venido de la India*, con una leve sonrisa.

—¡Oh, los conozco! —dijo Sara, entregando el mono con poco agrado del animalito—. Yo nací en la India.

El *caballero venido de la India* se irguió en el asiento con un movimiento tan brusco y con tal alteración en su semblante, que Sara se sobresaltó.

—¿Tú naciste en la India? —pregunto ansioso—. ¿De veras? Ven aquí —y le tendió la mano.

Sara se acercó y colocó su manito en la suya, como él parecía quererlo. Se quedó muy quieta, callada e interrogándolo con sus ojos verdegrises. Parecía que algo le ocurría al anciano.

—¿Tú vives aquí al lado? —preguntó él.

—Sí; en el colegio de la señorita Minchin.

—Pero tú no eres una de sus alumnas internas.

Una sonrisa indescifrable asomó en los labios de Sara, que vaciló en contestar.

—No creo que sepa con exactitud lo que soy allí —replicó.

—¿Por qué no?

—Al principio era interna, hasta con cuarto propio, pero ahora...

—¡Eras una interna! ¿Qué eres ahora?

Aquella extraña sonrisa melancólica apareció otra vez en los labios de Sara.

—Ahora duermo en el desván, junto a la criadita de la cocina —dijo—. Hago recados a la cocinera y todo lo que se me ordena, y, además, les ayudo a las pequeñitas con sus lecciones.

—Interróguela, Carmichael —dijo el señor Carrisford, dejándose caer sobre el respaldo como si hubiese perdido las fuerzas.

—Interróguela, ¡yo no puedo!

El padre de *la familia grande* era un hombre bondadoso y amable, sabía cómo conversar con las niñas. Esto lo comprendió Sara inmediatamente al escucharlo hablar con voz tranquila y alentadora.

—¿Qué quieres decir con «al principio», hijita? —preguntó el abogado amablemente.

—Me refiero al primer tiempo, cuando mi papá me llevó allí.

—¿Dónde está tu papá?

—Murió —dijo Sara, con tristeza—. Perdió todo el dinero, y no quedó nada para mí. Tampoco había nadie que se encargara de mí o le pagara a la señorita Minchin.

—¡Carmichael! —exclamó el *caballero venido de la India*—. ¡Carmichael!

—No debemos asustarla —susurró el señor Carmichael aparte, en voz baja, y, dirigiéndose a Sara agregó en voz alta—: De modo que te mandaron a la buhardilla y te hicieron trabajar como criada. Eso fue así, ¿verdad?

—No había nadie que se hiciera cargo de mí —dijo Sara—. No había dinero, y no tengo parientes.

—¿Y cómo fue que tu padre perdió su dinero? —interrumpió casi sin aliento el *caballero venido de la India*.

—Él mismo no lo perdió —respondió Sara, tras un momento de silencio—. Él tenía un amigo a quien quería mucho, mucho. Fue ese amigo quien se llevó su dinero;

papá confió demasiado en ese señor.

El *caballero venido de la India* respiraba cada vez con más agitación.

—El amigo pudo tener la intención de no hacerle daño —dijo—. Todo pudo ser un terrible error.

Sara no advertía cuán implacable sonaba su vocecita cuando respondía. Si hubiera sabido, con seguridad habría callado para no herir al señor Carrisford.

—De todas maneras, le causó un daño tremendo —dijo—, tanto, que murió por eso.

—¿Cómo se llamaba tu padre? —preguntó el *caballero venido de la India*—. Dime.

—Su nombre era Ralph Crewe —contestó Sara más bien sorprendida—. ¡Capitán Crewe! Murió en la India.

El rostro dolorido del señor Carrisford se contrajo, y Ram Dass corrió al lado de su amo.

—¡Carmichael! —balbuceó el inválido—. ¡Ésta es la niña! ¡La niña!

Por un momento, Sara pensó que aquel hombre iba a morir. Ram Dass vertió en un vaso unas gotas de una botella, y lo acercó a los labios. Sara, que no se había apartado, alzó la vista, y con evidente asombro miró al señor Carmichael.

—¿Qué «niña» soy yo? —preguntó temblorosa.

—Él era el amigo de tu padre —contestó el abogado—. No te asustes. Hemos estado buscándote durante dos años.

Sara se llevó la mano a la frente. La boca le temblaba cuando habló, como si se hallara en un sueño.

—Y yo estaba en casa de la señorita Minchin durante todo ese tiempo —murmuró—. ¡Justamente al otro lado de la pared!

XVIII

«SI NO ME HUBIERA SENTIDO UNA PRINCESA...»

La excitación del inesperado descubrimiento, por unos instantes fue demasiado fuerte para que la débil salud del señor Carrisford pudiera tolerarla. Entonces, la niña fue llevada a otra habitación.

—¡Cuídela bien! —pidió el anciano con voz débil, dirigiéndose al señor Carmichael—. No quiero perderla de vista.

—Yo la cuidaré —prometió Janet—, mamá vendrá en unos minutos. —Luego se volvió hacia Sara y le dijo entusiasmada—: estamos muy contentos de haberte encontrado.

Donald, con las manos en los bolsillos la miraba con pesadumbre.

—Si cuando te di las monedas te hubiera preguntado tu nombre —dijo—, todo se habría solucionado allí mismo.

Al llegar la amable y bondadosa señora Carmichael, tomó a Sara en sus brazos cálidos y la besó emocionada.

—¡Estás confundida, mi pobre pequeña! —dijo—. ¡No es para menos!

A Sara sólo le obsesionaba una cosa.

—¿Es él —dijo, indicando con los ojos la puerta cerrada de la habitación— aquel malvado amigo de papá? ¡Oh, dígame, por favor!

La señora de Carmichael la volvió a besar entre lágrimas. Tanto tiempo hacía que nadie besaba a esa criatura, que sentía que ahora era preciso resarcirla.

—Él no fue malo, querida mía —contestó—. En realidad, no perdió el dinero de tu papá; sólo creyó que lo había perdido, y como lo quería tanto, su dolor fue tan grande que por un tiempo no estuvo en su sano juicio. Estuvo a punto de morir de un ataque cerebral, y mucho antes de que empezara a recuperarse, falleció tu pobre padre.

—Y no supo dónde hallarme... —murmuró Sara—. ¡Y yo que estaba tan cerca! —Una y otra vez se repetía, sin poder olvidar el hecho de que había estado tan cerca.

—Él creía que tú estabas en un colegio de Francia —manifestó la señora de Carmichael—, y por eso siempre seguían pistas falsas. Te ha buscado por todas partes. Cuando te veía pasar, tan triste y descuidada, ni soñaba que fueras la pobre hijita de su amigo, pero a causa de que eras también una niña, se compadeció de ti y quiso que fueras feliz. Él hizo que Ram Dass trepara por la ventana de tu cuarto para ver el modo de hacerlo más alegre y confortable.

Sara dio un brinco de alegría; todo su semblante cambió por completo.

—¿Llevó Ram Dass las cosas? —preguntó—. ¿Le dijo él a Ram Dass que lo

hiciera? ¿Él hizo real ese sueño?

—Sí, querida mía. Sí. Es muy bueno, muy bueno y estaba triste a causa de la pequeña Sara Crewe perdida.

La puerta de la biblioteca se abrió y asomó el señor Carmichael, que llamó a Sara con un gesto.

—El señor Carrisford ya se siente mejor —dijo—. Quiere que estés con él.

Sara no se hizo esperar. Cuando miró al *caballero venido de la India*, vio que su rostro estaba animado por una luz interior. Ella fue hasta el sillón, con las manos apretadas contra su pecho.

—¿Usted me envió aquellas cosas —dijo con la vocecita quebrada por la emoción y el gozo—, aquellas hermosísimas cosas? ¡Usted las envió!

—Sí, mi pobrecita; yo fui —contestó el señor Carrisford.

Se le veía débil y agotado por la larga enfermedad y los múltiples problemas, pero su mirada cariñosa le recordaba a Sara la mirada del capitán Crewe. Sintió el impulso de arrodillarse a su lado, como solía hacerlo con su padre tanto tiempo atrás.

—¡Entonces es usted mi amigo desconocido! —dijo ella—. ¡Es usted mi amigo! —y apoyando la carita sobre la mano enflaquecida, la besó una y otra vez.

—Este hombre en tres semanas no será el mismo —dijo en voz baja el señor Carmichael a su esposa—. Mírale ya la cara.

Efectivamente, se veía cambiado. Aquí estaba la «vieja amiguita» y un mundo de cosas que planear y organizar. En primer lugar, la cuestión de la señorita Minchin. Había que entrevistarse con ella, y ponerla al corriente del cambio habido en la suerte de su alumna.

Sara no volvería más al colegio; al respecto, el *caballero venido de la India* era categórico. Debería permanecer donde estaba, y el abogado debía en persona ir a comunicárselo a la señorita Minchin.

—Me alegro de no tener que volver —dijo Sara—. La directora estará furiosa. Ella no me quiere; aunque quizá sea por mi culpa, porque yo tampoco la quiero.

Pero, no fue necesaria especulación alguna. La propia la señorita Minchin se presentó en busca de su pupila. Necesitaba a Sara para que realizara algunas tareas y al preguntar por ella, escuchó comentarios que le parecieron increíbles. Una de las criadas la había visto salir a hurtadillas de la casa con algo oculto bajo su abrigo, y también la vio subir las escaleras de acceso a la casa vecina y entrar en ella.

—¿Qué significa eso? —gritó la señorita Minchin a la señorita Amelia.

—No lo sé, te aseguro, hermana —respondió la señorita Amelia—. Tal vez que se haya hecho amiga del dueño de casa, él también ha vivido en la India.

—Sería muy propio de ella tratar de ganar su simpatía de una manera tan impertinente —dijo la señorita Minchin—. Debe de hacer lo menos dos horas que está en esa casa. No he de permitir tal conducta. Iré a averiguar qué sucede, y a pedir

disculpas por su intrusión.

Sara estaba sentada en un taburete junto al señor Carrisford, escuchando alguna de las muchas cosas que él entendía era necesario explicarle, cuando Ram Dass anunció la llegada de la visitante.

Sara se incorporó automáticamente, y se puso muy pálida, pero el señor Carrisford, que la observaba, vio que no perdía la serenidad ni daba señales de terror infantil.

La señorita Minchin entró en el salón con ademanes de severa dignidad. Se veía correcta y bien vestida, sus modales eran de una rígida cortesía.

—Lamento perturbar al señor Carrisford —dijo— pero tengo que dar ciertas explicaciones. Soy la señorita Minchin, propietaria del colegio para niñas, vecino a esta casa.

El *caballero venido de la India* la miró por un momento en silencioso escrutinio. Por lo general, era un hombre de carácter fuerte, y no deseaba perder los estribos antes de tiempo.

—De modo que es usted la señorita Minchin —expresó.

—Así es, caballero.

—En ese caso —replicó el señor Carrisford— ha llegado usted en un momento oportuno. Mi abogado, el señor Carmichael, estaba a punto de ir verla.

El señor Carmichael hizo una ligera reverencia y la señorita Minchin miró desconcertada a ambos hombres.

—¡Su abogado! —exclamó—. No comprendo. He venido aquí a cumplir con mi deber. Acabo de descubrir que usted ha sufrido la impertinencia de una de mis alumnas; alumna, sólo gracias a mi generosidad. Vine a explicarle que ella ha irrumpido aquí sin mi consentimiento. —Y volviéndose a Sara continuó— serás severamente castigada. Vuelve al hogar inmediatamente.

El *caballero venido de la India* atrajo a Sara hacia sí y le acarició la mano.

—Ella no irá —le dijo a la señorita Minchin.

La directora lo miró fijamente, asombrada y perpleja.

—¿Cómo que no irá?

—No, no irá —repitió el señor Carrisford—. No volverá a eso que usted llama hogar. En el futuro, el hogar de esta niña será mi casa, permanecerá aquí conmigo.

La señorita Minchin se negaba a creer lo que oía, quedó estupefacta.

—¿Con usted? ¿Con usted, señor? —preguntó indignada—. ¿Qué significa esto?

—Señor Carmichael, explíqueme por favor, y terminemos lo antes posible con este asunto. —Y con un ademán indicó a Sara que volviera a sentarse y tomó su mano... cual lo hacía el capitán Crewe.

El abogado tomó la palabra y en tono mesurado y tranquilo, explicó a la atónita señorita Minchin toda la historia y sus implicaciones legales, así como la firme

decisión del señor Carrisford en cuanto a que Sara no volviera al colegio.

Evidentemente, a la señorita Minchin le causó un profundo desagrado lo que oía.

—El señor Carrisford, señora —continuó el señor Carmichael— era íntimo amigo del capitán Crewe. Fue su socio en ciertas inversiones muy importantes. La fortuna que el señor Crewe creyó perdida, ha sido recuperada y ahora pertenece al señor Carrisford.

—¡La fortuna! —chilló la señorita Minchin y cambió de color al decirlo—. ¡La fortuna de Sara!...

—Será de Sara —admitió él con cierta frialdad— aunque ya puede considerarla suya, en realidad. Ciertas circunstancias la han aumentado en forma prodigiosa. El valor de las minas de diamantes se ha multiplicado varias veces en los últimos años.

—¡La minas de diamantes!... —balbuceó la señorita Minchin incrédula.

Si eso era verdad, sentía que nada más terrible pudiera haberle acontecido en toda su vida.

—Eso es, las minas de diamantes —replicó el señor Carmichael, y no pudo dejar de añadir, con una sonrisa sarcástica—: No hay muchas princesas en el mundo, señorita Minchin, más acaudalada de lo que será su pequeña pupila, su interna de caridad, criada o como quiera llamar a la señorita Sara Crewe. El señor Carrisford ha estado buscándola durante casi dos años; la halló, por fin, y no ha de separarse de ella.

Después de estas palabras la señorita Minchin tuvo que sentarse, ya tenía claro que el futuro de Sara estaba asegurado y que el señor Carrisford no sólo era el guardián de la niña, sino que era también su amigo de verdad.

La señorita Minchin no era una mujer muy inteligente y en su desconcierto fue lo bastante necia para intentar, en un desesperado esfuerzo, recuperar lo que por su propia mezquindad había perdido irremisiblemente.

—La niña ha sido hallada estando bajo mi custodia —protestó— yo lo hice todo por ella. Si no hubiera sido por mí, hubiese muerto de hambre en la calle.

Esto hizo perder los estribos al *caballero venido de la India*.

—En cuanto a eso, señora —dijo—, le aseguro que Sara se habría sentido mejor en las calles que en la buhardilla donde usted la obligaba a vivir.

—El capitán Crewe la dejó a mi cargo —insistió la señorita Minchin—. Por tanto, debe regresar al internado hasta que sea mayor de edad. Debe volver a ser una de mis pupilas y completar su educación. La ley me favorece.

—Por favor... señorita Minchin —intervino el abogado— la ley no hará nada semejante. Si Sara desea regresar con usted, me atrevo a decir que el señor Carrisford no lo impedirá. Pero la decisión será de Sara.

—Entonces —replicó la directora—, apelaré a Sara —y continuó, dirigiéndose a la niña—: No te habré mimado mucho, tal vez, pero sabes que tu papá estaba

complacido de tus progresos y... he... siempre te he tenido cariño, también lo sabes.

Los ojos gris verdoso de Sara se clavaron en los de la mujer, con aquella mirada franca y serena que la señorita Minchin aborrecía tanto.

—Usted bien sabe por qué no vuelvo a su casa, señorita Minchin —dijo por fin— lo sabe muy bien. Nunca noté su cariño, nunca lo supe.

Un sonrojo de vergüenza ensombreció el rostro áspero y colérico de la directora, que se puso de pie, sin querer aún darse por vencida.

—Deberías haberte dado cuenta —replicó—, pero los chicos nunca saben lo que es más conveniente para ellos. Amelia y yo siempre te dijimos que eras la niña más inteligente de la escuela ¿No cumplirás con el deber para con tu padre y continuarás en la escuela conmigo?

Sara se levantó de su asiento, dio un paso adelante y se detuvo. Pensaba en el día en que le había dicho que no pertenecía a familia alguna y que corría el riesgo de quedar en la calle; pensaba en las horas de frío y hambre con Emily y *Melquisedec* en el altillo; recordaba el barro y la lluvia de las calles cuando debía hacer los mandados; también recordaba el maltrato y las vejaciones recibidos... Miró fijamente a los ojos de la señorita Minchin.

—Usted sabe que no volveré —dijo con firmeza—, lo sabe muy bien.

El duro rostro de la señorita Minchin tomó color de grana.

—Nunca volverás a ver a tus compañeras —advirtió— haré que Ermengarda y Lottie no te vean...

El señor Carmichael la interrumpió, muy cortés, pero tajante.

—Discúlpeme usted señorita —manifestó—, pero Sara verá a quien desee. No es probable que los padres de sus discípulas rechacen la invitación a visitar, en la casa de su tutor, a la heredera de tan importantes minas. El señor Carrisford se ocupará de ello.

La señorita Minchin tuvo que ceder, a pesar de su terquedad. Si al señor Carrisford se le ocurriese comentar el maltrato infligido a Sara, podría resultar algo desastroso.

—No es una misión fácil la que usted ha asumido —espetó al *caballero venido de la India*, ya resignada ante lo irremediable—, ya lo descubrirá muy pronto. Esta niña no es sincera ni agradecida. Supongo —prosiguió dirigiéndose a Sara— que ahora te creerás otra vez una princesa.

Sara bajó la vista y enrojeció ligeramente, pensando que para personas extrañas, aun siendo bondadosas, podía resultar algo difícil de comprender su fantasía.

—Si no me hubiera sentido una princesa —respondió en voz baja—, no habría podido sobrevivir al frío y al hambre. Siempre traté de no ser otra cosa...

Cuando la directora volvió a la escuela, se encerró a conversar con Amelia. La pobre derramó muchas lágrimas y uno de sus desafortunados comentarios sacó de

quicio a la señorita Minchin.

—Yo no soy tan inteligente como tú —dijo Amelia— y siempre temo decir cosas que te hagan enojar. Sería mejor para la escuela y para nosotras, que yo aprendiera a no ser tan tímida. Muchas veces pensé que tú no deberías haber sido tan dura con Sara, que deberías haberla vestido mejor y alimentado mejor. Trabajaba demasiado para su edad y si huyó, fue porque...

—¿Cómo te atreves a decir semejante cosa? —interrumpió la señorita Minchin.

—No sé cómo me atrevo —respondió la señorita Amelia con imprudente osadía—, pero ahora que he comenzado a hablar, será mejor que continúe. No me importan las consecuencias. La niña es inteligente y buena y si la hubieras tratado mejor, habría retribuido tu bondad. Pero la trataste mal. Es más inteligente que tú y por eso le tienes tanta antipatía...

—¡Amelia! —chilló la directora enfurecida e hizo ademán de tirarle las orejas como hacía con Becky.

Pero Amelia estaba tan desesperanzada, que no le importaba lo que pudiera ocurrir.

—¡Es cierto! ¡Es cierto! —gritó—. Sara se dio cuenta de que tú eres una mujer insensible y que yo soy débil y que las dos somos ambiciosas y malas. Nos arrodillamos ante su dinero y después la maltratamos cuando no lo tenía... Pero ella se comportaba como una princesa aun cuando era una mendiga. ¡Y era de verdad una pequeña princesa! —La señorita Amelia lloraba y reía al mismo tiempo, mientras la señorita Minchin la miraba perpleja—. Ahora la hemos perdido —continuó Amelia y seguía llorando—. Alguna otra escuela se quedará con su dinero. Si ella llega a contar cómo la hemos tratado, todas nuestras pupilas se irían y nosotras quedaríamos en la ruina. Nos serviría de lección. Ahora me doy cuenta de que eres mala y egoísta.

Amelia lloraba y gritaba tan fuerte, que su hermana le dio sales para tranquilizarla.

A partir de entonces, la señorita Minchin comenzó a mirar con más respeto a su hermana que le había dicho grandes verdades que hasta ahora se había negado a oír.

Aquella tarde, cuando las internas estaban reunidas delante del fuego en la sala, como era su costumbre antes de ir a acostarse, Ermengarda entró con una carta en la mano y una expresión de asombro, encanto y alegría en su cara.

—¿Qué ocurre? —preguntaron algunas.

—¿Tiene algo que ver con la discusión de la señorita Amelia con su hermana? —preguntó Lavinia con ansiedad.

Ermengarda respondió lentamente.

—Acabo de recibir es... esta carta de Sara —dijo, agitando el papel para que viesen cuán larga era.

—¡De Sara!... —gritó un coro de voces.

—¿Dónde está Sara? —inquirió Jessie, a voz en grito.

—En la casa de al lado —respondió, todavía sin aliento la gordita—, con el *caballero venido de la India*.

—¿Dónde...? ¿Dónde? ¿La han echado? ¿Lo sabe la señorita Minchin? ¿Por qué escribe? ¡A ver... cuéntenos!

Era la perfecta Babel, y Lottie empezó a llorar sin saber por qué.

Ermengarda no encontraba palabras, como si en ese momento hubiera olvidado todo lo que le parecía ser lo más importante y que por sí sólo despejaba las dudas y las interrogantes:

—¡Había minas de diamantes!... —espetó por fin sin rodeos—. ¡Había! ¡Las hay! ¡Existen de verdad!

Las niñas se quedaron sin aliento, atónitas.

—¡Eran de verdad! —repitió Ermengarda—. Hubo un tremendo error. Pasó algo y el señor Carrisford pensó que estaban arruinados.

—¿Quién es el señor Carrisford? —gritó Jessie.

—El *caballero venido de la India*. El capitán Crewe también lo creyó... y se murió, y el señor Carrisford tuvo un ataque cerebral y por poco se muere también. Y él no sabía dónde encontrar a Sara. Había millones y millones de diamantes en las minas, y la mitad de eso era propiedad de Sara y le pertenecía y, sin embargo, ella estaba viviendo solita en la buhardilla de arriba, sin más amigo que *Melquisedec*, y todo el día maltratada por la cocinera. El señor Carrisford la encontró esta tarde y ahora la tiene en su casa, y... y no volverá aquí... jamás. Ahora es más princesa que nunca, cien y cincuenta mil veces más y yo voy a ir a verla mañana por la tarde... ¿Eh...? ¿Qué os parece? Eso voy a hacer.

Ni la propia señorita Minchin hubiese sido capaz de contener el alboroto, pero aunque bien lo oyó, se abstuvo de intervenir. No estaba de humor. Su hermana seguía llorando desconsolada en su habitación. Sabía que cuando se enteraran de la situación, en el internado todo el mundo no haría más que hablar del tema.

Las alumnas permanecieron reunidas alrededor de Ermengarda hasta medianoche. Leían y releían la carta que contenía una historia tan maravillosa como las que solía inventar Sara, pero ésta tenía el encanto de haber sucedido de verdad.

Becky, enterada también de todo, trató de escaparse al altillo más temprano que de costumbre. Quería estar sola y contemplar el pequeño cuartito mágico una vez más. Y ahora, ¿qué era de esperar? No era probable que dejaran las cosas para la señorita Minchin; se lo llevarían todo y otra vez quedaría la buhardilla desmantelada, sucia, inhabitable.

Estaba feliz por la buena suerte de Sara, sin embargo, subió el último tramo de la escalera con un nudo en la garganta y las lágrimas nublándole la vista. Esa noche no habría fuego en la chimenea, ni lámpara encendida, ni cena, ni una princesa leyendo o

contando cuentos... sobre todo... no estaría la princesa...

Ahogando un sollozo, empujó la puerta del desván y, al hacerlo, casi lanza un grito de sorpresa.

La lámpara iluminaba el cuarto como de costumbre, el fuego chisporroteaba alegremente y la cena la esperaba. Ram Dass estaba allí de pie, sonriendo al notar asombro de la niña.

—La señorita se acordó de usted —dijo—. Contó todo al *sahib* Carrisford. Deseaba que usted se enterase de su buena suerte. Aquí sobre la bandeja hay una carta para usted, escrita por ella, porque no quiere que se vaya usted a dormir sintiéndose triste. El *sahib* manda que vaya a verlo mañana; quiere que usted sea la señorita de compañía. Esta noche me llevaré estas cosas de vuelta por el tejado.

Después de darle tan buena noticia a Becky, le hizo una pequeña reverencia y se escurrió por el tragaluz ágil y silenciosamente.

XIX

ANNE

Nunca había reinado tanta alegría entre los miembros de la pandilla de *la familia grande*. Nunca habían soñado siquiera con tantas maravillas como las que conocieron al hacerse amigo de «la niña que no era mendiga». El sólo hecho de conocer sus sufrimientos y aventuras la convertía en una persona inapreciable para ellos. Todo el mundo quería escuchar, una vez y otra, el relato de sus tribulaciones. Sentados en rueda junto al fuego acogedor, en un salón amplio y bien iluminado, para los niños resultaba cautivante escuchar lo fría que podría ser una buhardilla.

Por supuesto, el episodio que más les gustaba a los niños era aquel del banquete y el sueño que se hizo realidad. Sara lo contó por vez primera el día siguiente de haber sido hallada. Varios miembros de la pandilla fueron a tomar el té con ella y estaban unos sentados y otros medio tumbados en la alfombra, mientras Sara se dejaba llevar por su imaginación. El *caballero venido de la India* escuchaba sin dejar por un momento de mirarla, disfrutando también de la historia de la niña. Esa vez, cuando hubo concluido, alzó la vista hacia él y puso la mano en su rodilla.

—Ésta es mi parte —insinuó—. ¿No querrás contar la tuya, tío Tom? —Él había pedido que le llamase siempre tío Tom—. No conozco todavía en detalle tu parte en esta historia, quisiera oírla.

Así, pues, el *caballero venido de la India*, contó a los niños que cuando estaba solo, enfermo, melancólico e irritable, Ram Dass intentaba distraerlo describiendo los transeúntes que a través de la ventana veía pasar por la calle. Entre ellos llamaba la atención una niña que pasaba muy a menudo. Había señalado que su aspecto, no coincidía con su humilde posición entre la servidumbre. Poco a poco, Ram Dass había ido descubriendo nuevos pormenores relativos a la infortunada existencia de Sara. Y, confiando en lo fácil que le resultaría escurrirse por esos pocos metros de tejado hasta el tragaluz, propuso al *caballero venido de la India* realizar esa aventura. Eso había sido el punto de partida de todos los sucesos ulteriores.

—Sahib —había dicho un día—, yo podría cruzar el tejado y preparar un buen fuego para cuando la niña regrese de hacer sus encargos. Al volver mojada y tiritando de frío, lo encontrará ardiendo y pensará que algún mago ha hecho esa buena acción.

La idea había sido tan fantástica que el rostro apenado del señor Carrisford se había animado con una sonrisa y Ram Dass, entusiasmado, había sugerido a su amo realizar muchos otros sueños de la chica. Con complacencia e inventiva de niño, se había dedicado a los preparativos para llevar a cabo el plan, invirtiendo en ello muchos momentos felices. En la noche del banquete frustrado, Ram Dass había

montado guardia, con todas las cosas preparadas en su propio cuarto, y la persona que había de ayudarlo aguardó allí con él, interesada por igual en la aventura.

Ram Dass, tendido cuan largo era sobre las tejas para atisbar por el tragaluz, había sido testigo del desastroso final de la fiesta, y después de cerciorarse de que Sara dormía profundamente, con una linterna tapada se había introducido en el cuarto, mientras su ayudante permanecía a la espera para alcanzarle los objetos.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Sara rebotante de dicha cuando el anciano terminó su relato—. ¡Cuánto me alegro de que mi amigo desconocido fueras tú!

Por su parte, Becky también se sentía feliz, luciendo buenos vestidos como nunca soñara poseer, tenía una habitación amplia y acogedora, comida rica y abundante, y, sobre todo, seguía contando con el sincero cariño de Sara a quien desde el primer día llamaba cariñosamente «princesita».

El cariño y la amistad entre el señor Carrisford y Sara se fue consolidando. Jamás hubo amigos tan verdaderos como llegaron a ser ellos dos. Sus caracteres congeniaron de modo admirable. El *caballero venido de la India* en su vida había tenido un camarada cuya compañía le complaciese tanto como la de Sara. El anciano era un hombre nuevo al cabo de un mes, tal como pronosticara el señor Carmichael. Dejando atrás su tristeza y su amargura, ahora mostraba interés por todo, incluso por su inmensa fortuna, que hasta entonces había considerado una carga abrumadora. Proyectaba maravillosos planes para Sara. Le divertía mucho mantener la idea de que él era un mago, y uno de sus mayores deleites era inventar cosas para sorprenderla. Aparecían flores en la habitación de la niña, pequeños regalos bajo la almohada, algún libro nuevo colgando del marco de la puerta...

Una tarde, cuando ambos se hallaban sentados junto al fuego, escucharon unos rasguños en la puerta. Sara se levantó y fue a ver de qué se trataba. Era un perro. Un espléndido mastín con un gran collar de oro y plata con una inscripción: "Soy Boris. Mi dueña es la princesa Sara".

A veces se reunían con *la familia grande* o con Ermengarda y Lottie y pasaban tardes enteras jugando y conversando. Pero las horas que Sara y el señor Carrisford pasaban solos, poseían un encanto especial.

Una tarde, el señor Carrisford, como de costumbre, permanecía sentado en su sillón leyendo un libro y al levantar la vista, observó que su amiguita desde hacía rato estaba reconcentrada mirando el fuego.

—¿Qué estás imaginando, Sara? —le preguntó.

—Recordaba a una niña mendiga que vi una vez que yo tenía mucha hambre.

—Pero muchas veces sentiste mucha hambre...

—Creo que me he olvidado contártelo. Fue uno de los días en que el sueño se hizo realidad.

Entonces Sara le contó la historia de la moneda de cuatro peniques que había encontrado en la calle llena de barro, de los buñuelos que había comprado y de la pequeña mendiga que tenía más hambre que ella. El relato fue sencillo, con pocas palabras, pero el señor Carrisford tuvo que bajar la vista para disimular las lágrimas.

—Cuando estaba mirando las llamas, estaba imaginando algo que me gustaría hacer.

—Puedes hacer lo que desees, princesa.

—Ya que usted dice que tengo mucho dinero —dijo Sara, vacilando—, quisiera ir a ver a la panadera y pedirle que cuando vayan niños pobres... sobre todo en esos días fríos y lluviosos... a sentarse en el umbral o a mirar la vidriera... ella les de algo de comer. Después yo le pagaría la cuenta. ¿Puedo hacerlo?

—¡Lo harás mañana! —respondió el caballero venido de la India—. Ahora, tranquilízate, ven a sentarte a mi lado y recuerda que eres una princesa.

A la mañana siguiente, la señorita Minchin sintió un terrible disgusto. A través de la ventana vio el magnífico carruaje del *caballero venido de la India* con sus hermosos corceles, que estaba detenido frente a la puerta de la casa vecina. Casi inmediatamente vio salir al señor Carrisford y una pequeña figura abrigada con lujosas prendas, que le hizo recordar algo de los tiempos pasados. Todavía fue mayor su irritación, al reconocer a quien les seguía: era Becky, que con su rostro ahora saludable, feliz y con bonitas ropas, acompañaba a Sara al carruaje.

Al llegar a la panadería, la panadera ponía en la ventana una bandeja de buñuelos calientes. Dejó la bandeja y se dirigió a Sara, a quien miró fijo unos instantes y luego su rostro se iluminó con una bondadosa sonrisa.

—Estoy segura de que la conozco, señorita. Pero...

—Sí —dijo Sara—. Usted una vez me dio seis buñuelos por cuatro peniques y...

—... y usted le dio cinco a una pequeña mendiga —continuó la mujer—. Siempre lo he recordado. Aunque al principio me costó reconocerla.

Luego se dirigió al *caballero venido de la India*, para comentar que ella nunca había visto que un niño se preocupara de ese modo de una niña hambrienta y que era algo en lo que había pensado muchas veces.

—Perdóneme señorita, —continuó la mujer dirigiéndose ahora a Sara— se la ve mucho mejor que antes... y... eh... mucho mejor...

—Sí, ahora estoy bien, gracias —la interrumpió Sara— y realmente feliz... He venido a pedirle un favor.

—¿Yo, señorita? —respondió la panadera sonriendo solícita—. ¡Por supuesto! ¡Bendita sea! Pero... ¿qué puedo hacer yo por usted?

Sara explicó a la panadera su deseo de dar de comer a los niños hambrientos. La mujer la miraba con asombro.

—¡Claro que sí! —dijo entusiasmada la panadera cuando terminó de escuchar los planes de Sara—. ¡Estaré feliz de hacerlo! No es mucho lo que gano con mi trabajo, tampoco es mucho lo que puedo hacer por mi propia cuenta, aunque veo tantos niños con frío y con hambre por estos lados. Pero, quisiera contarle que desde aquella tarde de lluvia torrencial y fría, he ofrecido unos cuantos panes, sólo pensando en usted. ¡Estaba usted tan mojada, tenía tanto frío y tanta hambre que se notaba en su carita! Y a pesar de eso le dio a la niña cinco buñuelos calientes como si fuera usted una princesa.

El *caballero venido de la India*, sonrió al oír estas palabras y también sonrió Sara, al recordar lo que ella había pensado cuando le dio los buñuelos a la mendiga.

—La niña tenía mucha hambre, más hambre que yo —dijo.

—Hemos hablado muchas veces de aquel día —agregó la panadera.

—¿Usted la ha vuelto a ver? —preguntó Sara con ansiedad—. ¿Sabe dónde está?

—Sí —respondió la mujer con una misteriosa sonrisa—. Hace un mes que vive aquí y trabaja conmigo. Es una muchachita buena, muy buena y me ayuda en el negocio y en la cocina.

La panadera llamó hacia el interior de la trastienda y pronto apareció una niña tras el mostrador. Era la pequeña mendiga que vestía limpia y con prolijidad y parecía no haber sufrido hambre desde mucho tiempo. Se llamaba Anne. Su expresión era tímida y tenía una linda cara con alegres ojos. Reconoció a Sara inmediatamente y se quedó mirándola con asombro durante largos minutos.

La panadera le había dicho que fuera a su negocio cuando tuviera hambre, entonces ella le encargaba algunas tareas. La niña las desempeñaba con prolijidad y rapidez. Así se ganó la simpatía y el cariño de la panadera, la que le proporcionó un empleo y un lugar para vivir.

Sara tomó las manos de Anne y las dos niñas se contemplaron un largo rato.

—Me alegro mucho de verte así —dijo Sara y después de un silencio, agregó—: Se me ocurre que la señora Brown te permitiría que te encargues de proporcionar pan y buñuelos a los niños pobres que anden por aquí. Me parece que te gustaría hacerlo, porque sabes lo que es tener hambre.

—Sí, señorita, —respondió Anne entusiasmada por la idea.

Sara sintió íntimamente que Anne la comprendía.

El *caballero venido de la India* y Sara se despidieron y subieron al carruaje. Anne, de pie en la puerta, callada, miraba y miraba cómo se alejaban...